

CRISTINA MERAKI

Hay magia en el país del hielo



Click
EDICIONES

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Treinta y dos
La primera señal
El que la sigue, ¿la consigue?
Hace seis años
La noche de mi cumpleaños
La segunda señal
Confirmamos conexión
Hace veintidós años
Dosis de realidad
El comienzo del verano
«Summer time»
Hace siete años y medio
No podemos prometernos nada
Hola, Islandia
Período de adaptación
Vienen turbulencias
¿Magia o casualidad?
Impaciente
Juntos en Islandia
Mientras tanto, en España
Y la bomba explotó
Hace tres años y medio
Vuelvo a casa por Navidad
Una llamada inesperada
Presentaciones, despedidas y reencuentros
Islandia, parte II
Hace un año
Epílogo. La verdadera magia del país del hielo (un año después)

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Ediciones Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

HAY MAGIA EN EL PAÍS DEL HIELO

Cristina Meraki



A Ellos, por traerme al mundo y apoyarme siempre.

A Él, por toda una vida juntos.

A Lucía, por ser lo más bonito que me ha regalado este mundo.

Treinta y dos

Me levanté contenta. A pesar de que los treinta y dos se asomaban a mi vida de golpe el día anterior, en ese momento me sentía plena, feliz, como hacía tiempo que no experimentaba. Ayer fue ayer y eso ya es pasado. Pero qué día el de ayer... Fue un viernes con sabor a domingo de manual: me sentía perezosa, desganada y algo apática. Pero el ser humano es así, capaz de pasar de la amargura total al buen humor de una manera inexplicable y sin que nada en concreto tenga que ocurrir para lograr la transición de un estado a otro. Aunque, bueno, eso no era del todo cierto.

Quizás tenía algo que ver el hecho de que me había abierto una cuenta en una de esas redes sociales de ligoteo y más de uno me subía el ánimo sin apenas conocerme. Y aunque sea así, gratuitamente, e incluso rozando la mentira, a nadie le amarga un dulce. Yo sabía que todos esos tíos que me acechaban cual presa tenían un único objetivo: mojar. O al menos la mayoría, por aquello de no generalizar. Sí, mojar el churro, resolver su calentón o pasar una bonita noche de pasión desenfrenada, si lo queremos poner con palabras bonitas. Pero no me importaba, hacía mucho tiempo que yo tampoco me daba ese capricho y ellos podían pensar lo que quisieran, tener la meta que les viniera en gana, que al final, si yo no consentía, no iba a pasar nada más allá. Pero mientras tanto, ese interés me daba subidón. La verdad es que nada más abrir la cuenta me escribieron cuatro chicos. Y eso que ni siquiera había puesto ninguna foto en mi perfil. Mi estrategia era otra. Cuando empezara a mantener una conversación con algún chico, si me caía bien, accedería a mandarle una foto en la que tampoco se me reconociera bien del todo. Imagínate que algún amigo de Alberto estuviera también en ese espacio virtual, qué bochorno. Qué iba a pensar de mí. Hace pocos meses casada y, ahora, protagonista de un catálogo *online* de flirteo. No, no. No podía permitir exhibirme de esa manera, todavía no.

Pero ¿a quién estaba tratando de guardar luto? ¿A un tío que directamente me dejó por otra? O me dejó, y se fue con otra, como le gusta matizar a él. Lo mismo me da que me da lo mismo. El caso es que yo me quedé en mi casa tirada como un trapo viejo, hecha un ovillo y llorando por las esquinas, y él estaba, al menos, acompañado. Que no digo que para él estuviera siendo fácil. Pero, joder, más fácil que para mí, sí. ¿No? La sensación de sentirte la peor mierda insignificante de todo el universo ¿la habría tenido él?

Mi móvil vibró y aparté de mi pensamiento a mi exmarido. Todavía me costaba decirlo. Exmarido. Tardé en coger el hábito de novio a marido, pero esto, sin duda, era peor. Era como recordarme a mí misma mi propio fracaso. Ex, ex, ex. No funcionó, rompisteis. Gracias, mente.

Abrí la *app* y tenía un mensaje de Mario, uno de los chicos con los que empecé a hablar la noche anterior. La conversación había empezado con el protocolario saludo de reconocimiento. Llevaba pocas horas en este mundo del cortejo *online*, pero había comprendido que en unas pocas palabras puedes saber si alguien tiene opciones de caerte bien o si te parece lo más extravagante y lejano a ti del planeta. Y Mario me pareció medianamente normal. Al menos en comparación con el que me abrió conversación para proponerme directamente un trío con él y su novia y explicarme que estaban buscando experiencias nuevas. O con el que me dijo que quería compañía para ir a comer los domingos a casa de su madre. ¿Hola? ¿Alguien cree que hablar de su madre en las primeras dos frases con una chica, a la que ni siquiera conoce, es una buena idea?

Pero Mario fue, digamos, más tradicional. Me preguntó mi nombre, mi profesión y se interesó por saber lo que estaba buscando en esa aplicación. Y yo, cual mojigata absoluta, le dije avergonzada que era mi primera vez y que solo quería probar este tipo de contactos. Quería conocer gente, pero no le di más explicaciones. Tampoco me iba a poner a contarle que hacía pocos meses que mi marido me dejó por otra, que desde entonces me veo más fea que nunca, que me siento tonta, estúpida y que he llegado a la conclusión de que moriré sola con cinco gatos a mi alrededor porque jamás podré gustar a nadie de nuevo. Creo que caló mi timidez e inexperiencia, porque estuvimos un buen rato hablando de cosas mundanas. Nuestros *hobbies*, nuestros trabajos, nuestros viajes. Y así, por seguir con la conversación, le comenté que al día siguiente era mi cumpleaños. Me había caído bien y en su foto salía guapísimo. Moreno, montañero (lo deduje por el paisaje de fondo y su indumentaria), con media barbita y con esos hoyuelos en las mejillas que vuelven loca a cualquiera. No tardó más de media hora en pedirme una foto, lo cual entendí. Estábamos en desigualdad de condiciones. Así que accedí y le mandé una en la que salía más o menos mona para mi gusto, pero con gafas de sol. No quería descubrirme al completo. Y pensé que eso sería lo último que hablaríamos, porque, claro, cómo iba a interesarse aquel chico tan atractivo por mí. Pero su respuesta me inquietó y, lo reconozco, me enganchó al mismo tiempo.

Mario

Lo que veo me gusta, pero me encantaría descubrir lo que esconden tus ojos.

Vale, llevaba mucho tiempo fuera del mercado y probablemente sería una de esas frases típicas que los tíos como él usan para conseguir su propósito. Pero surtía efecto. Me gustó. Así que seguimos hablando un rato más y me acosté de mejor humor del que había tenido durante el resto del día.

Sin duda, la decisión de abrirme aquel perfil tras un viernes de mierda había arreglado mi día precumpleañero en el que el paso del tiempo resonaba en mi interior como una muestra más de mi vida insulsa. Los años pasan, el tiempo pasa, ¿y qué he hecho yo que pueda recordar con una sonrisa? Obviamente mi boda no cuenta, porque una sonrisa no es precisamente lo que me sale al

revivirla, a pesar de que fue uno de los días más felices de mi vida, pero ahora mismo solo podía llorar al pensar en él. ¿He sido protagonista de una gran hazaña, de alguna aventura que llevarme a la tumba, esperemos que dentro de mucho tiempo? No lo creo. Me había entrado la crisis tardía de los 30 y se había juntado con la de la soltería después de un divorcio traumático. Quería volver a encontrarme, probar experiencias nuevas, descubrirme o, mejor dicho, redescubrirme con mi nueva vida y comprobar que estaba llena de cosas que me hacían feliz. Pero por más que buscaba, no encontraba nada semejante a eso en lo que me rodeaba en ese momento.

Así que sonará superficial, distante, o lo que sea, pero me sentía mejor tras un poco de contacto humano con el sexo opuesto, aunque ese contacto fuera solo virtual. Lo de percibir interés de un chico hacia mí también ayudaba. Desde el divorcio había estado con un par de tíos, pero nada del otro mundo. Encuentros vacíos y puramente físicos que no me aportaron nada más que un rato placentero. Y, aunque ni mi cabeza ni mi corazón estaban preparados todavía para la palabra novio, tenía la necesidad de algo más que una noche loca.

Abrí el mensaje y leí:

Mario

Feliz cumpleaños, chica del antifaz. ¿Y si te quitas hoy las gafas para poder mirarnos a los ojos? ¿Hay trato? Si te animas y además quieres que tomemos algo, invito yo y brindamos por tus... ¿27? Un besazo.

Dios mío, yo no estaba acostumbrada a estas cosas. Nos conocíamos desde hacía menos de doce horas. ¿Esta confianza en estas aplicaciones era normal? Qué gracioso con lo de los veintisiete, cómo se percibía su intención (certera) de halagar. Por su mensaje, parecía alguien mucho más cercano a mí de lo que en realidad era. Pero lo cierto es que no me incomodaba. Y entonces me planteé que, igual que conectamos con alguien en persona, en un bar, en un *pub* o donde sea, ¿sería también posible esa conexión a través de una pantalla? Recuerdo, antes de conocer a Alberto, cuando una noche de fiesta loca con alguna de mis amigas (normalmente con Eli) me brindaba la oportunidad de conocer a decenas de chicos. Era como un catálogo Tinder en vivo. Sabías que la mayoría estaban interesados en conocer, superficial y más bien sexualmente, a una chica esa noche. Y yo, con una primera impresión, ya decidía a quién podría seguir el juego y a quién no. Pues supongo que en el cortejo *online* ocurría lo mismo. Te llegaban señales que te hacían sentirte más o menos cerca de cada una de las personas. Lo cierto es que habían sido varios chicos los que me habían escrito la noche anterior y yo era capaz de aceptarlos o rechazarlos tras pocas frases intercambiadas.

Por supuesto, los que tenían más faltas de ortografía de las que una misma palabra podía sostener estaban fuera. Que no digo yo que tuvieran que ser Cervantes, no. Pero las *h*, las *v* y las *b* en su sitio, por favor. Soy capaz de perdonar algunas tildes, pero ahí está mi límite. Además, los que directamente me escribían pidiendo vernos, fuera también. Esos me demostraban que no tenían ningún tipo de filtro. ¡Recordemos que no había subido ninguna foto de perfil! ¿Y si yo

era un orco terrible? Que, a ver, no lo soy, pero ellos no lo sabían. Creo que puedo pasar por mona, incluso, pero no podría calificarme como guapa del todo, no sé si porque realmente no lo soy, o porque mi carácter modesto me lo impide. Mi metro sesenta y cinco me salva de ser de las más bajitas de cada grupo, pero algún que otro centímetro más tampoco me hubiera importado. Mi pelo moreno, castaño casi negro, me ha dado mucho juego a lo largo de mi vida. Unas veces corto (las menos), otras largo (normalmente), con capas, sin capas, con flequillo, sin flequillo, ondulado, liso... Me encanta variar y cambiar de *look* cada año, aunque siempre siendo fiel a mi estilo. No soy de las que de repente se hace mechas moradas o se rapan un lateral de la cabeza. No soy tan atrevida. Pero un cierto cambio de aires de vez en cuando me sienta de maravilla. Ahora es el turno de las ondas largas con melena larga y castaña. En cuanto a mi aspecto físico, siempre creo que me sobran tres kilos, hasta que me veo en fotos de épocas pasadas y me pregunto cómo podía pensar entonces que me sobraban tres kilos, si es ahora cuando realmente debería quitármelos para gustarme del todo. Pero es todo tan subjetivo que ya no sé si me sobran tres, me sobran cinco, o no me sobra ninguno. El caso es que me siento más o menos conforme con mi aspecto según el día de la semana, la época en la que me encuentre o el pie con el que me levanto. Y, ahora, la verdad es que parece que llevo semanas, incluso meses, levantándome con el izquierdo, porque me veo sosa, insulsa y con más defectos que nunca.

Retomando el tema de la aplicación, y si nos ponemos un pelín, pero solo un pelín, más profundos: ¿pueden todos esos tíos querer quedar con una chica de la que no saben absolutamente nada más, ni su nombre, ni su edad? Un poquito de criterio, por favor. Los que no pasaban del «je, je», fuera también. Si quedaba con un desconocido algún día (cosa que aún no estaba nada clara en mi mente), al menos que fuera con alguien con una pizca de conversación y picardía.

Así que la verdad es que el único candidato que había superado mis pruebas de acceso había sido Mario. Y doce horas después, no me arrepentía de mi decisión. Su felicitación me había gustado, aunque también me había parecido algo precipitada su propuesta de vernos. ¿O era yo, que no tenía ni idea de cómo funcionaba este mundo? Tampoco íbamos a estar tres meses festejando por Internet, ¿no? Estaba claro que yo me había inscrito en una *app* para ligar, y no en un club de lectura. Así que se suponía que yo estaba receptiva a conocer gente. Y como mejor se conoce a alguien es en persona, aunque la cibercomunicación sea una realidad cada día más asentada entre la sociedad. Pero yo no era muy de tener un rollo por chat.

Aun así, esta reflexión solo me sirvió para evitar salir huyendo de aquella situación, cerrarme la *app* y no saber nada nunca más ni de Mario ni de ninguno de los otros chicos que había allí metidos. Pero no quedaría con él, y menos ese día. Ese era mi día, MI día.

Cogí el móvil y empecé a escribir.

Irene

Ey, ¡muchas gracias! Me tomaré una cerveza a tu salud esta tarde. ¡Que tengas buen día!

Así, entre fría y clara, dejé cerrada la puerta a cualquier tipo de encuentro físico con él. Me notaba a mí misma más distante que la noche anterior. Pero cómo no iba a estarlo, si no sabía nada de ese chico. Y, probablemente, él tendría el chat lleno de conversaciones sugerentes con vete a saber cuántas más. Me repateaba el estómago sentirme una de tantas, la verdad. Pero qué podía esperar, no había nadie especial en ese momento en mi vida. Y eso era precisamente lo que me atormentaba. Estaba intentando buscar mi equilibrio mental y no podía dejar de pensar en mi necesidad de tener a alguien en la retaguardia. Qué dependiente soy, por favor. Así que, entre frustrada y cabreada, cerré la aplicación y volví a mi vida real. Me había levantado de buen humor y había que aprovecharlo.

Sin embargo, la alegría en mi rostro me duró bien poco. Sonó de nuevo un mensaje en mi móvil, pero esta vez no me dejó la misma sensación que la felicitación de Mario. Se acabó el *happy birthay to me*. Mierda.

La primera señal

Cuando llegué a casa de Eli intenté aparentar dignidad y entereza, pero el paripé me duró apenas unos segundos. Ella me había propuesto desayunar juntas y empezar con mucha fuerza el día de mi cumpleaños. «Te mereces un día para ti, cariño, y qué mejor momento que tu cumple para pensar únicamente en lo que quieres y en lo que te apetece, y dejar a un lado todo lo demás», me había dicho hacía unos días. Y a mí me pareció buena idea. Ya habían pasado casi cinco meses desde el divorcio y yo no conseguía encontrar mi hueco en el mundo. ¿Cuánto duraría esta sensación de inseguridad e inestabilidad?

No me faltaban apoyos ni compañía, y eso era toda una suerte. Si quería llorar, gritar, salir de fiesta, emborracharme, ponerme una película moñas y agotar los clínex de la casa, ponerme hasta arriba de comida basura para luego lloriquear sobre mi aspecto o, simplemente, estar, tenía con quién hacerlo. Quisiera lo que quisiera, tenía a quienes me sostenían y me mantenían erguida. Ellas siempre mostraban su apoyo y su sinceridad más real. A veces dolía, pero era necesario. Así que en ese sentido no tenía problemas. De hecho, había hecho algunos planes en las últimas semanas, varios de ellos casi agarrada de los pelos por alguna de mis amigas o por mis padres y a la fuerza, pero lo cierto es que luego acababa agradeciendo su insistencia. Vacaciones de Semana Santa en la casa del Pirineo con mis padres, fines de semana locos con las chicas, tardes de compras, cervecitas en nuestro bar preferido, cenas en garitos de comidas del mundo, cine o sesiones de belleza en casa de Iris... Pero muchas veces, cada vez más, me preguntaba por qué estando tan arropada me sentía tan sola. Seguramente porque las heridas, para sanar, deben secarse primero. Y las mías estaban todavía muy húmedas.

Así que después de recibir una calurosa felicitación y ver que la mesa de casa de Eli estaba llena de todo tipo de alimentos de desayuno habidos y por haber, me derrumbé. Así sin más, empecé a llorar. Y cuando se acercó para comprobar el motivo, yo solo le enseñé el móvil y leyó:

Alberto

Feliz cumpleaños. Nunca pensé que fuéramos a celebrar por separado ninguna fecha importante. Espero que algún día puedas perdonarme. Pásalo bien y disfruta, te lo mereces.

—Cabron. ¡Será cabrón! ¿Qué más quiere el idiota este? ¿Removerte, marearte? Bórralo, bloquéalo. ¿Le llamo? ¿Le canto las cuarenta? Este no sabe con quién está tratando, voy a llamarle ahora y a decirle que...

—Eli, para. Ya está. Él también tendrá momentos de debilidad, de dudas. Y hoy es mi

cumpleaños, se habrá acordado de mí. No es su culpa, es que no logro superarlo.

—Pero que no le defiendas, ya está bien. No tiene derecho a escribirte, no tiene derecho, de hecho, a recordarte. Primero monta el tsunami y luego te muestra una barquita con la intención de ofrecerte un refugio. No, perdona, las cosas no son así.

Eli tenía razón, pero yo había querido tanto a Alberto que no era capaz, ni siquiera en esta situación, de juzgarle ni criticarle. Era yo quien debía tomarme las cosas de otra manera. Debía aprender a vivir sin él y no depender de lo que él hiciera o dejara de hacer para sentirme mejor o peor. Pero era complicado, claro que lo era. Los últimos ocho años habían sido maravillosos. Viajes, planes, sueños. Todo juntos. Y ahora solo quedaban un montón de recuerdos dolorosos y un puñado de proyectos vacíos.

Pero, sin embargo, la verdad es que en ese momento me di cuenta de que algo estaba cambiando. Recibir su felicitación había sido un golpe bajo y me había derrumbado, sí, pero me veía capaz de remontar más rápido que otras veces. Con el abrazo y la comprensión de mi amiga, al menos ese día, era suficiente.

Conozco a Eli desde los 5 años. Nos tocó juntas en clase de 1.º de primaria y desde entonces nada ha podido con nosotras. No sé si le pedí una goma de borrar, me prestó una pintura o, sencillamente, conectamos. Pero llevábamos casi tres décadas compartiendo etapas, vivencias y momentos.

Eli es una tía con curvas y rasgos muy marcados. Lleva, desde hace ya varios años, el pelo corto, casi a lo chico, lo que demuestra su fuerte seguridad en sí misma. Fue después de una mala época en la que quiso quitarse las malas vibras cuando decidió cambiar radicalmente de aspecto, y creo que le funcionó. No sé si soy yo o es un pensamiento generalizado, pero creo que las mujeres que son capaces de renunciar a su melena para probar con un corte tan atrevido son verdaderamente valientes. Desde luego, a mí me quedaría como el santo culo. Su color castaño oscuro se convierte en verano en una tonalidad más clara, incluso le salen algunos reflejos casi rubios que le quedan realmente bien. Tiene la nariz ancha y los labios gorditos, y unos ojos con una mirada penetrante que parecen de la típica andaluza morena cuya imagen tienen en mente en el resto del mundo cuando piensan en una mujer española. Su tez es morena, de la que da envidia todo el año, especialmente en invierno, cuando el resto de los mortales rozamos la transparencia cutánea. Eli es alta, lo cual envidio bastante. Su metro setenta y pico y sus pechos y trasero bien marcados le otorgan un cuerpazo que cualquiera lo querría.

Ella es una mujer fuerte, que arrasa por donde pasa. Recuerdo que, de pequeñas (y no tan pequeñas), cuando conocíamos a gente nueva, ella acaparaba todo el protagonismo. Lo lleva innato, tiene fuerza, es intensa. Pero nos complementamos genial. Somos algo así como el yin y el yan. Ella tan segura y yo tan comedida. Ella la noche y yo el día. El Sol y la Luna, el negro y el blanco, el mar y la montaña, la locura y la cordura. Lo bonito es que a veces todos esos conceptos se fusionan y ambas compartimos un pedacito de cada uno de ellos. Y cuando eso ocurre, soy sencillamente feliz.

Lo cierto es que yo siempre he sido el punto de cordura en su vida, si es que hay algún resquicio de ello en su permanente locura. Si soy sincera, sé que parte de esa fortaleza que emana Eli es pura coraza. Sé perfectamente de sus inseguridades y sus miedos. Conozco al dedillo sus traumas y cómo los gestiona. Y la quiero por todo y a pesar de todo. Pero a veces su intensidad me abruma. No, no quería que llamara a mi exmarido. Por Dios, ¡no tenemos quince años! A esa edad, por cierto, ella iba amenazando a mis ligues de que me trataran bien o se las verían con ella. Era algo así como una prima de Zumosol matona / amiga del alma. La verdad es que me pongo a recordarlo y es tronchante.

Pero lo que sí quería era sentarme a desayunar, cambiar de tema y contarle mis nuevas experiencias por los mundos del ligoteo *online*. Algo, por cierto, que ya sabía que le iba a encantar y que me iba a pedir todo tipo de detalles de conversaciones y posibles encuentros. Insisto, posibles, porque eso de que yo fuera a quedar con un desconocido por Internet no estaba nada claro todavía. Así que me propuse con todas mis fuerzas sacar a Alberto de mi cabeza, aunque solo fuera por un día. MI día. Y empecé a contarle a Eli mis conversaciones con aquellos chicos de la *app*.

—Y entonces, el Mario ese, ¿cómo es? ¿Edad? ¿Empleo? ¿Vive aquí?

—Eli, para el carro, ¡yo qué sé! Te digo que he hablado poco con él.

—Bueno, algo sabrás, ¿no? Te ha felicitado de los primeros.

—Claro, porque me tiene reciente en su memoria de anoche.

—¿Hablasteis de guarrerías?

—¡No! Eli, no estoy en ese punto. A ver, se llama Mario, es ingeniero industrial. Bueno, se presenta a un montón de concursos de no sé qué diseños, trabaja con unos amigos, que se han montado algo. Ha vivido en diferentes países por el Erasmus y algún máster que ha hecho, pero ahora está en Zaragoza, sí.

—Nena, ¿un ingeniero industrial? Sí que has apuntado bien. Si en esas aplicaciones suele haber friquis, fracasados, y algún que otro militar o policía infiel.

—Muy bien, gracias por la parte que me toca. ¿Yo soy de las friquis o de las fracasadas? Porque, desde luego, ni policía ni militar.

—Que no, cari, que tú eres la excepción que confirma la regla. Y por lo que parece, hacéis *match* dos de las pocas excepciones que conozco en esa *app* —intentó arreglar.

—Ya, claro... Bueno, que la excepción sea yo vale, pero él, no sé... Igual está loco, es un chiflado o algo así. Me ha dicho que si nos vemos, pero le he dicho que no. ¿Y si es un imbécil? Paso, de hecho, creo que me voy a borrar esa cuenta.

—A ver, a ver, a ver, Ire... Que ni estás obligada a quedar con él, ni a contestarle, ni a tener esa cuenta, ni a nada. A ti, por lo que dices, te hace sentir bien conocer a gente de esta forma en estos momentos, ¿no? Pues hazlo. ¡Que eres libre, joder! ¿Te pongo un cartel en la frente que te lo recuerde todo el rato? Hazlo, y si en algún momento te deja de apetecer, pues te la cierras.

Pero vamos, parece un chico interesante, con mundo. Yo hablaría un poco más con él y luego quién sabe, quizás cambies de opinión con respecto a lo de quedar o no.

Y vaya si cambié de opinión. Pero en ese momento esas palabras de mi amiga Eli me parecieron una marcianada. Así que agarré una palmerita de chocolate e intenté ahogar mis penas en cantidades ingentes de azúcar. Que a mí la ansiedad me da hambre de toda la vida. Así me va, que a veces quepo en una 38 y otras veces parece un chiste querer ponerme unos pantalones de talla media.

En ese momento volvió a sonar mi teléfono. Lo miré y era un *e-mail*. Un *e-mail* que cambiaría mi vida para siempre, y lo intuí en cuanto lo leí.

Había pedido a mi amiga y compañera Carmen, también profesora de español para extranjeros en la Escuela Oficial de Idiomas donde yo trabajaba, que me mandara la convocatoria de puestos perfilados en el extranjero. Qué habría sido de mí sin ella cuando llegué a mi plaza definitiva al aprobar las oposiciones. Carmen me acogió con los brazos abiertos y me lo puso todo tan fácil que a veces llegué a pensar que no podía ser real. En un mundo en el que las rencillas profesionales están a la orden del día, en el que la envidia es la protagonista muchas veces de insanas comparaciones laborales, en el que perder un minuto para ayudar al prójimo es casi una utopía, ella me daba esperanza y serenidad. Las dos habíamos fantaseado alguna vez con la idea de pasar un tiempo fuera, aunque ella en eso me llevaba ventaja, pues había vivido en Italia, Francia e Inglaterra durante y después de terminar la carrera.

Yo, por mi parte, no había tenido nunca la oportunidad de vivir una experiencia similar, pero sí conocía algunas personas que habían pasado un tiempo fuera trabajando de profesores de español, y la idea se me había metido en la cabeza con cierta ilusión. Todas las personas con las que había hablado sobre el tema en el trabajo me habían animado a embarcarme en dicha aventura y vivir la experiencia, pero no había sido capaz de verbalizar mi ocurrencia a nadie de mi entorno personal ni familiar. No se lo había contado a mis padres, porque se habrían echado las manos a la cabeza. Yo era hija única y me tenían demasiado sobreprotegida. Siempre había sido así. Mi madre sufría cuando me iba de excursión en el colegio o de convivencias en el instituto. Mi padre, aunque hacía como que no, también lo pasaba un poco mal. Procuraban no sacarme mucho de su burbuja y mimarme como si me fuera a romper, pero la cosa es que yo tenía ya treinta y dos años. T r e i n t a y d ó s, así, con todas sus letras. Y estaba inmersa en una crisis existencial y vital tremenda. Pero a pesar de que tenía todo el derecho del mundo a coger las riendas de mi vida y buscarme en cualquier lugar del mundo, preferí esperar y no crear una alarma que podía ser falsa. Primero me informaría de todo el proceso, sopesaría pros y contras y, después, si seguía encontrándome con ganas y me apetecía lanzarme, se lo contaría. Con suficiente tiempo para que pudieran reaccionar antes de mi partida, claro. Mis padres necesitaban que las cosas no fueran «de repente». Tenían que procesar bien toda la información para poder crearse un juicio crítico sobre cualquier cosa que pudiera ocurrir en el planeta. ¡Si ni siquiera les gustaba que me presentara en su casa a comer un domingo sin avisar! Que digo yo que qué más

les daba. A ver, no para hacerlo de costumbre, pero si algún día decidía en el último momento que mi nevera estaba vacía, que quería comer casero y recibir algún que otro cariño parental, ¿por qué una no podía simplemente ir a casa de sus padres, con toda la confianza del mundo, llamar al timbre y reclamar mimos y un plato de comida caliente? Bueno, quizás exagere. Por poder, podía. De hecho, una vez se me ocurrió, y lo hice. Pero la cara de angustia y de agobio de mis padres y el mal rato que les hice pasar al no tener nada preparado para su hijita única me quitaron las ganas de repetirlo. Así que no quiero ni imaginar si les digo que me voy a otro país, sin fecha de vuelta, a crearme una nueva vida desde cero.

El caso es que no habérselo contado a mis padres me parecía lo más sensato entre todas las opciones. Pero ¿por qué no les había mencionado a Eli, a Iris o a Claudia nada, absolutamente nada de mi (¿disparatada?) idea? Igual era porque en el fondo sabía que no lo haría. No me iba a atrever a dejarlo todo atrás e irme sola a un país extranjero a forjar una nueva vida. Primero, porque era una absoluta locura. Esas cosas se hacen con 22 años, cuando que tu vida sea un caos es lo normal, cuando quieres probar cosas nuevas, cuando no te da miedo nada y solo sabes comerte el mundo, pero eso no te preocupa porque no quieres hacer otra cosa. Segundo, porque creo que me estaba montando películas en mi cabeza y, como dice la gran Vecina Rubia, me están quedando preciosas. De esas fantasiosas que únicamente provocarían que las expectativas de aquella hipotética idea loca fueran demasiado altas. Mi mente fantaseaba con una gran aventura en la que sería ultrafeliz, conocería gente superdivertida, haría amigos internacionales modernísimos, hablaríamos en inglés perfecto y fluido y, seguramente, conocería al hombre de mi vida. Claro, Irene, seguro que ocurría todo eso, sin lugar a dudas.

Así que, cuando intuí la información que contenía el correo electrónico que acaba de recibir, lo abrí con desgana, como se abren los *e-mails* de propaganda o la factura virtual de la luz. Carmen me había mandado la convocatoria que le pedí de las plazas que ofertaban en diferentes partes del mundo en colaboración con el Gobierno de Aragón y que iban dirigidas a los profesores de ELE de la comunidad. Me sorprendí porque vi muchas plazas y muchos destinos interesantes: Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Francia, Bélgica, Noruega e Islandia. Abrí los ojos como platos. Islandia. Esto sí que no me lo esperaba. Dos plazas de español para extranjeros en Islandia. Todo en mi interior se me removió y se me aceleró el corazón en un instante.

Alberto y yo nos fuimos de viaje a Islandia el año después de nuestra boda. Elegimos el destino casi por casualidad, no era un lugar al que lleváramos tiempo queriendo ir, ni mucho menos. Pero vimos en un blog de viajes una buena reseña, nos informamos un poco y nos pareció un sitio interesante. Y tanto que lo fue. Hicimos un precioso y divertido *road trip* en una *campervan* diminuta en la que todavía no me explico cómo podíamos comer, viajar, dormir y, en definitiva, vivir. Hay que ver lo que puede dar de sí una Citroën Berlingo. El caso es que fueron dos semanas inolvidables en las que vimos paisajes que nunca creí presenciar: cascadas, volcanes, llanuras, glaciares, lagos enormes de icebergs que desembocaban en el mar, leones marinos en su estado más puro y, todo ello, lleno de vida. La verdad es que los dos volvimos

enamorados de aquel mágico país que nos había aportado tanto. Al recordar aquello me di cuenta de que quizás mi vida sí estaba compuesta por alguna que otra aventura que evocar con una sonrisa. Pero Alberto seguía siendo el coprotagonista de aquella historia y quería tener mis propias experiencias vitales, sola, independiente, libre.

Resulta que la convocatoria incluía dos plazas de profesor de español para extranjeros allí, en Islandia. Una de ellas en Reikiavik, y la otra, en Húsavik. Requisitos: C1 de inglés (lo tenía), máster en profesorado (lo tenía), al menos cinco años de experiencia como docente de español como lengua extranjera (lo tenía). Vaya, cumplía los requisitos. Y volví a la realidad.

—Ire, ¿me oyes? Te llevo llamando un rato desde la cocina. ¿Estás bien? Alberto es imbécil, ¿eh? Menudo peso te has quitado de encima. Venga, disfrutemos de una mañana de compras por tu cumple, que te lo has ganado. ¡Vamos a quemar el centro comercial, y nuestras tarjetas, aprovechando que es sábado!

Y aunque ella creía que mi mente estaba pensando en Alberto, lo cierto es que, paradojas una vez más del ser humano, había pasado de sentirme una mierda gigante con su desafortunada felicitación a fantasear con una nueva vida en el país del hielo, lugar que por cierto conocí junto a él. Pero no dije nada y acepté de inmediato su plan de *shopping*. Cerré el correo, bloqueé el móvil y le di el último bocado a esa palmerita de chocolate que me estaba comiendo. Empecé a visualizar los vestidos que quería comprarme y miré el reloj para asegurarme de que llegaría puntual a comer a casa de mis padres, tal y como les había prometido. Las diez y media. Perfecto, a las dos en punto estaría en su casa.

El que la sigue, ¿la consigue?

La mañana de compras y la comida en casa de mis padres me habían sentado rematadamente bien. Amor de amiga, amor de padres, ¿qué más se le puede pedir a las primeras horas de tu cumpleaños? Bueno, eso sin contar que había recibido felicitaciones oportunas, inoportunas y correos que atisbaban un rayo de luz a mi futuro incierto. Pues sí, vaya intensidad, y solo llevaba medio día de celebración. Debía descansar, porque esa noche mis amigas me habían obligado, literalmente, a ponerme requeteguapa y a salir a cenar y bailar por mi cumpleaños. Y yo tampoco me había resistido mucho, la verdad. Me hacía falta.

Así que mi plan era descansar, echarme una buena siesta y elegir modelito para esa noche. Claudia e Iris se pasarían por mi casa antes de la cena a tomar una cerveza, mientras que Eli acudiría directamente al restaurante.

Claudia y yo estudiamos juntas Filología Hispánica, y desde el primer momento hubo buenas vibraciones entre nosotras. Recuerdo que la primera vez que la vi, tan conjuntada, tan rubia, con ese pelo tan liso con un coletero grande que ligaba estupendamente con sus zapatillas de lona verdes, pensé que esa chica debía de ser muy perfeccionista. Hay veces que las primeras impresiones no tienen nada que ver con la realidad, pero en ese caso acerté de pleno. Hacer trabajos juntas nos unió más y comprobé que la perfección y el espíritu de superación son máximas que trabaja en todos los ámbitos de su vida. Las fiestas universitarias de los jueves, además, nos hicieron uña y carne, por qué no decirlo. Ella me aportaba (y me aporta) una serenidad tremenda. Es una tía inteligente, con una sabiduría que cultiva y adquiere interesándose mucho por el funcionamiento de la sociedad y de todo en general. No para de estudiar, es la viva imagen de la expresión «el saber no ocupa lugar». Le gusta luchar por lo que cree y es capaz de conseguir siempre lo que quiere.

Es una negociadora nata, si algo no le parece bien, lo lucha hasta que te convence por completo de su postura de una manera tranquila y pausada, pero completamente segura y argumentada. Qué barbaridad. Cuando vivimos juntas un año en Madrid fue capaz de convencer a un casero intransigente de que nos cambiara el sofá de mierda que había en aquel salón precioso por uno nuevo, blanco, impoluto, comodísimo. Eso y que nos rebajara la mensualidad. Yo le avisé de que no se esforzara, que sus dotes comerciales no servirían con aquel señor que rozaba la antipatía. Pero comenzó por alegar que aquel sofá, del cual salían pinchos de no sé dónde y la estructura se tambaleaba por segundos, era totalmente insalubre. Que podría causarnos cualquier accidente o lesión y que, en tal caso, él sería el único responsable. No sé

cuántos más argumentos fue capaz de darle, pero en menos de media hora teníamos el compromiso por su parte de que en una semana nos llegaría el nuevo sofá y de que, en vez de 1000 euros al mes, nos dejaba el alquiler en 930. Punto para Claudia: Claudia 1 - 0 Casero.

Y con ese sofá como punto de encuentro de nuestro nuevo hogar, pasamos un año maravilloso en Madrid estudiando un máster. Ella, sobre periodismo, y yo, sobre la enseñanza virtual y la utilización de las nuevas tecnologías. Un año que, por cierto, me cambió la vida hasta hacía cinco meses, porque allí conocí a Alberto. Fueron unos meses preciosos, llenos de primeras veces. Dos jovencitas de veintidós años en un mundo nuevo. Pateamos Madrid, nos divertimos, hicimos fiestas en casa (sin manchar, en ninguna ocasión, ni un centímetro del sofá blanco que considerábamos un auténtico triunfo y, por tanto, cuidábamos más que a nada en este mundo). Fuimos a espectáculos, a teatros, a nuevos restaurantes. Conocimos Malasaña, Chueca y la calle Fuencarral, fuimos a la Warner y nos aprendimos cada rincón de la ruta de nuestro trayecto de metro, que recorríamos cada mañana para ir a la Universidad Complutense. La teníamos un poco lejos, porque vivíamos en el sur, en la zona de Embajadores. Pero bendito metro, qué deprisa iba. A nosotras, procedentes de una ciudad sin ese medio de transporte, aquello nos parecía un mundo nuevo y de lo más avanzado.

Disfruté muchísimo de aquel año con Claudia, y eso nos unió todavía más. Además, aunque ya anteriormente ella congeniaba genial con Iris y Eli, estas nos visitaron unas cuantas veces y entre ellas también reforzaron lazos y vínculos, por lo que Claudia pasó a ser parte de nuestro trío de mejores amigas, que ahora se había convertido en un cuarteto. Y a mí me encantaba.

El caso es que así, entre fiesta y fiesta, en Madrid, conocimos a mucha gente. Y entre toda esa gente estaba el que había sido, hasta ahora, el amor de mi vida. Sí, conocí a Alberto en Madrid y fue un auténtico flechazo. Una compañera nuestra de la facultad de Zaragoza también estaba pasando aquel año en Madrid. Nos invitó a una fiesta que organizaba con sus compañeras de piso y en la que había muchas más personas. En cuanto llegué, nos miramos. Qué guapo. Rubiazco, más o menos 1,80, fuerte pero no demasiado, que a mí eso de que en cualquier momento la camiseta de un tío pueda explotar y hacer saltar todo por los aires me da mal rollo. Una sonrisa preciosa. «Hola, guapa. Soy Alberto», recuerdo perfectamente que me dijo aquel joven de veintitrés años, con un tono atrevido, decidido y juguetón. Yo, algo más tímida, también me presenté. Y a partir de ahí, no nos separamos en toda la noche. Reímos a carcajadas, bailamos, nos divertimos y nos emborrachamos. Acabamos jugando a bebernos los culos de los vasos de todos los invitados. Vaso medio vacío que veíamos, nos lo bebíamos. Ahora lo pienso y me muero del asco, pero aquella noche nos hizo mucha gracia. Es una de esas bromas que solo se entienden en el propio contexto y que únicamente saben apreciar las personas que lo viven, sí, así que entiendo que para el resto del mundo parezca una auténtica guarrada. Y entre tontería y tontería, nos besamos por primera vez. Nos besamos mucho, mientras bailábamos en garitos pequeños llenos de gente, en el barrio de Chueca. Los bares estaban abarrotados de personas, pero parecíamos los únicos habitantes del planeta en cualquier rincón de Madrid. No queríamos

que la noche acabara nunca. Cuando nos cerraron los *pubs*, paseamos durante un buen rato por el centro de Madrid. Y aquella fue, probablemente, la mejor noche de mi vida. No pasó nada más, no llegamos a acostarnos ni ninguno de nosotros lo insinuó. Teníamos bastante con habernos conocido y habíamos congeniado tan bien que rebosábamos felicidad. Esa fue la primera de muchas noches locas, mañanas tranquilas, tardes divertidas y días llenos de planes en Madrid.

Lo mejor de todo es que Alberto era un amigo de Zaragoza de mi compañera de clase, la que organizó la fiesta. Así que entre sus planes también estaba regresar a su ciudad natal. Y tres años después, nos estábamos prometiendo amor eterno ante todos nuestros amigos y familiares. Una eternidad efímera que duró hasta hace unos meses, cuando todo se rompió.

En realidad, todo se había roto bastante antes, aunque ninguno de los dos nos atreviéramos a verlo. Pensándolo bien, quizás él sí lo vio venir un poco antes que yo, porque, de hecho, me juego una mano a que su novia ya estaba en su vida antes de mi divorcio. Pero para qué voy a seguir dándole vueltas a aquello. Avanza, Irene, avanza. Y entonces vibró mi móvil. Lo miré esperando una felicitación de mi primo, mi tía o cualquier amiga lejana. Pero una sonrisa se dibujó en mi cara de repente.

Mario

Hola, cumpleaños. ¿Qué tal llevas el día?

Vaya, parece que este chico es insistente. O le pone que no le deje las cosas en bandeja. O ambas, no sé. Respondí correcta.

Irene

¡Hola! De momento muy bien. Una mañana de compras y una comida familiar no está mal para empezar el día con fuerza.

Mario

Mmmm..., ¿y eso es todo? ¿No tienes *party tonight*?

Esperé unos segundos antes de responder. ¿Me estaría preguntando eso con alguna intención? No, no creo. Así que contesté sincera. Ingenua de mí...

Irene

Of course. Los ¿27? no se cumplen todos los días. Tengo cena y lo que surja con mis amigas.

Mario

Guau. ¿Y en la parte de «lo que surja» no me puedes hacer un pequeño hueco? O uno grande, lo que veas ;-)

Zas. Pues sí, alguna intención llevaba. ¿Y ahora qué? ¿Quería realmente conocer a Mario? ¿Quería verle en persona? Lo cierto es que la presencia de mis amigas me ayudaba a sentirme más segura. Ya no era una cita a dos. Era un encuentro, más o menos casual, en el que podría huir con gran facilidad si la cosa no iba como yo esperaba. Y me sentía algo más cómoda con el

método tradicional. Chica conoce chico en un bar, hablan y, si se gustan, bien, y si no, cada mochuelo a su olivo. Así que en el fondo me pareció incluso una idea estupenda, pero no quise mostrar tanto interés en mi respuesta.

Irene

Vaya, veo que no pierdes oportunidad. Saldremos por el Casco, si haces planes con algún amigo y te animas, igual hasta nos encontramos.

Mario

¿Y por qué hay que dejar pasar las oportunidades? Hay trenes que no pasan dos veces, aunque creo recordar que en menos de 24 horas yo llevo ya dos paradas en tu estación, y no pareces convencida de querer subir. ¿Me das tu móvil y así puedo localizarte mejor? Creo en el destino, pero lo de encontrarnos sin conocernos no lo veo claro.

Y le di mi móvil, sin pensarlo demasiado. Un cosquilleo invadió mi estómago y me sentí afortunada. Dejé a un lado todas mis desgracias e hice balance. Un día de cumpleaños rodeada de mi gente, con una fiesta esa noche por celebrar y un posible ¿amigo?, ¿amante?, insistiendo en verme. La noche prometía y yo debía descansar, así que puse en silencio mi teléfono y me dormí.

Me despertó el timbre de mi casa. Mierda, ¿qué hora era? Miré el reloj. Las 7. Joder, se me había ido de las manos lo de la siesta. En mi favor diré que cuando me dormí eran más de las 5. La conversación con Mario se había alargado un poco y habíamos estado comentando lo deprimente que es la vida de la gente sin sueños ni ambiciones. Me gustaba ese tema de conversación y, ¿me gustaba él? Qué locura, si lo conocía desde hacía un día. Pero la conversación entre nosotros fluía bastante bien y eso me parecía positivo.

Abrí la puerta y la cara de Iris pasó de la alegría a la decepción e incluso rozaba el enfado.

—Tía, menuda jeta de dormida. ¿Te he despertado? Habíamos quedado.

—Lo sé, Iris, perdona. Me he quedado dormida. Pero pasa, es pronto. Tengo tiempo de darme una ducha, despejarme y ponerme bella para la cena.

—Te quiero ver a tope, ¿eh?

—Sí, además tengo algún que otro aliciente para esta noche... —dije algo vergonzosa.

—¿A qué te refieres? —me preguntó sin intuir en absoluto el motivo de mis ganas repentinas de salir.

Y le conté lo de mi perfil en aquella aplicación y mis conversaciones con Mario. Pareció no emocionarle mucho la idea. Iris es así. Diría que su lema es algo como: «Mejor no hacerse ilusiones en la vida, que luego te das el hostión y es peor». Le pega bastante, sí.

Mi amiga Iris es de las que provocan que tanto hombres como mujeres la sigan con la mirada allá donde esté. Es una muñeca y fijarse en ella es inevitable. Su pelo rizado y pelirrojo la convierte, ya de serie, en un ser especial. Suele llevarlo a la altura de los hombros, recogido en

un moño o en una pequeña coleta parcial que deja parte de su melena suelta. Adoro su pelo y las posibilidades que tiene para modelarlo. Jamás se lo ha teñido y jura que jamás lo hará. Venera su color pelirrojo más que a muchas otras cosas en el mundo y está orgullosa de pertenecer a esa escasa fracción de la sociedad con un aspecto de tales características. Las pecas que se abarrotan en su cara, a pesar de no haber espacio para todas ellas, son otro de sus rasgos de identidad. Y no solo en la cara, sino que parece que se multiplican como setas y que cada vez tiene más por prácticamente todo el cuerpo. Su nariz respingona le da, además, un aire divertido. Es una nariz chiquitita, que acaba en punta y hacia arriba y que pega absolutamente con su carácter risueño y desenfadado. Es bajita y delgada, muy proporcionada y con una tonalidad de piel muy clarita, acorde con su aspecto. Pero esa sensación de fragilidad que puede transmitir en un primer golpe de vista no tiene nada que ver con su verdadero carácter. Ella pisa fuerte y tiene las ideas más claras que nadie que yo conozca ni haya conocido nunca. También tiene una gran personalidad y unos principios muy claros. Es feminista, ecologista y, dicho sea de paso, una gran amiga, de esas a las que no les importa hacerte mil favores y acudir a tu encuentro en cualquier momento que puedas necesitarlas.

El caso es que Iris, con mucho tacto, me dijo que se alegraba del paso que había dado al crearme aquel perfil en esa aplicación, porque eso tenía un significado mucho más profundo de lo que parecía. Eso quería decir que estaba en fase de superar lo de Alberto y de aceptar mi soltería, que es justo y precisamente lo que tenía que hacer. Pero me advirtió de que no me hiciera ilusiones de ningún tipo con ese chico.

—No me malinterpretes, Ire. Seguro que es un chico majísimo y, por la foto que me has enseñado, está cañón. Pero este tipo de tíos solo van a lo que van. Incluso aunque parezca que no, sí. Hazte a la idea y, mejor, disfruta de un buen polvo sin más pretensiones.

—No me tengo que hacer a la idea de nada porque lo último que necesito en mi vida son más problemas. Es solo una distracción agradable.

—A ver, cariño, de verdad que no quiero amargarte la ilusión. Pero ¿cuándo has tenido tú eso que llamas «una distracción agradable»? Llevabas ocho años con Alberto y, antes de Alberto, fueron Íker y Sergio. Eres, lo que se dice, una mujer dependiente de relaciones estables.

Eso me fastidió bastante. Y me puso un poco de mal humor. De hecho, estuve a punto de mandar a Iris a la mierda un ratito, pero me contuve. ¡En los últimos cinco meses me había liado con dos tíos! Era perfectamente capaz de no esperar nada más de un ligue, ya que no esperé nada de ninguno de esos dos. Pero, muy en el fondo de mi ser, sabía que, en realidad, tenía razón. Yo no era chica de rollitos de una noche y ya está, porque no sabía hacer eso, y no estaba mal empezar por reconocerlo, cada uno es como es. Me gustaba hablar con la otra persona, saber de su vida, contarle la mía, y eso provocaba un cierto enganche. Y si el chico en cuestión resulta que me parecía interesante, solía colarme demasiado. Siempre había tenido algún noviete, o al menos algún rollete duradero. Ese tipo de casos en los que yo iba bastante detrás del chaval y él

no, pero yo siempre pensaba que la cosa cambiaría aunque estuviera clarinete que la historia no iba a ninguna parte.

—Iris, que sí, que ya lo sé, que soy dependiente y un puto desastre. Pero si podemos hablar de esto en otro momento, mejor. Hoy quiero celebrar a gusto mi cumpleaños. Y no me hago ninguna ilusión con Mario, simplemente es el primer chico con el que hablo desde que me separé de Alberto y, oye, tengo derecho a estar un poco contenta. Nada más, ni siquiera lo he visto en persona, igual es lo peor.

—Que sí, perdona. Sabes que me parece una idea genial y que apoyo cien por cien que estés abierta a conocer gente. Pero con tiento, Ire, que tienes el corazón todavía muy desmenuzado.

Era esa dosis de realidad que solo te dan las amigas que te conocen de verdad y que duele, pero que agradeces. Sonó el timbre, eran ya las siete y media y Claudia acudía a nuestra quedada precena. La puse también al día de mis novedades y nos tomamos una cerveza mientras charlamos y nos arreglamos. Aquella noche sería memorable.

Hace seis años

Si hay una constante en mi vida, esa es mi pasión por la gastronomía. Yo de pequeña no entendía a los niños que separaban alimentos de sus platos o rechazaban propuestas tan succulentas como una buena fideuá de marisco o un plato de verduras a la plancha con salsa romescu. Mis amiguitos, en las comidas grupales o en los cumpleaños, eran mucho más cerrados: macarrones con tomate, croquetas y sándwiches de nocilla o mortadela. Pero mi paladar estaba abierto a la comida en todas sus formas y variedades y a mí me parecía todo un placer de la vida. Alberto lo sabía, y por eso me había avisado aquel mismo día de que intentara no merendar, ya que nos esperaba una cena contundente. Así que ahí estaba yo, frente a mi armario, eligiendo modelito y elucubrando sobre cuál sería el lugar elegido por mi chico para esa noche, ya que me había querido dejar con la duda para mantener el suspense.

Cuando me vi frente al único restaurante con estrella Michelin de mi ciudad, casi me da algo. Llevábamos queriendo ir varios meses, pero el elevado precio y las listas de espera siempre nos hacían posponer el momento. Ahora, allí estábamos, los dos, bien guapos y arreglados, dispuestos a disfrutar de aquella velada juntos. La verdad es que me encantó la sorpresa, pero me encontraba algo inquieta porque ni era Navidad, ni San Valentín, ni ningún cumpleaños, ni, por supuesto, nuestro aniversario. Que sí, que las sorpresas no tienen por qué darse en una fecha marcada en el calendario, pero no dejaba de preguntarme si había alguna intención tras este movimiento de Alberto. Llevábamos juntos dos años, él había vuelto hacía medio año a Zaragoza tras su etapa de estudiante universitario en Madrid y llevábamos tres meses viviendo juntos en un precioso dúplex de alquiler. Las cosas nos iban bien, él tenía un trabajo decente en su sector para su poca experiencia laboral y yo era correctora de textos en una editorial mientras estudiaba las oposiciones para profesora de español. ¿Que si me sentía dependiente de Alberto? Puede ser. Pero supongo que es lo que acaba ocurriendo cuando sales con alguien. Empiezas a estar más tiempo con esa persona y pasas de ser alguien individual a vivir en pareja, con todo lo que ello implica: tomar decisiones juntos, compartir momentos, amigos y espacio, contar con su opinión para la mayoría de cosas... A ver, que no es que me anulara como persona ni mucho menos, pero me acostumbré a que estuviera ahí, a contarle mis historias, a que me escuchara y me aconsejara, y eso, al final, te genera una cierta necesidad que, en su justa medida, no veo negativa.

Notaba a Alberto diferente, su mirada brillaba más que nunca y su gesto parecía nervioso. Después de dos años juntos, ya sabía cuándo algo se salía de lo habitual, y cada vez estaba más convencida de que ahí ocurría algo. Nos sentamos en la mesa y empezaron a servirnos el menú

de catorce pases con maridaje que él había escogido, y yo estaba disfrutando como una enana. Alberto era caprichoso y detallista, le gustaba la ostentosis y disfrutaba exhibiendo sus lujos. La ropa de marca era imprescindible en su armario y siempre pecaba de excesivamente generoso con sus amigos. Y conmigo también, la verdad. Todo lo que tenía de pijo lo tenía de buena gente, vamos.

En un momento determinado, Alberto me sacó un tema de conversación que no esperaba:

—Irene, ¿cómo te ves en cinco años? —me preguntó.

—No sé... Qué pregunta, así de repente —me quedé pensativa—. Con un trabajo decente de profesora, y no con estas mierdas que cojo por cuatro duros —respondí intentando quitarle hierro al asunto.

—¿Y a nivel personal? —insistió él.

—Contigo —contesté sin pensar—. Contigo, con mis amigas de siempre, igual hasta nos ha dado para ahorrar y comprarnos un piso. ¿Te gustaría?

—Claro. Me gustaría eso y mucho más. Me gustaría que en todos mis planes, siempre, estuvieras tú. Me gustaría despertarme siempre a tu lado y ver a nuestros hijos crecer. Irene, para eso hay que seguir avanzando, y me gustaría empezar etapas nuevas contigo.

—Y a mí, cariño. Te has puesto muy romántico, ¿eh?

—Es que quiero preguntarte algo, algo muy importante —me avisó.

Yo, nerviosa perdida y con un huracán de ideas y posibilidades en mi mente, me quedé callada, esperando a que formulara su pregunta, y le escuché decir:

—¿Quieres casarte conmigo?

Empecé a llorar. De los nervios, de la emoción. Qué momentazo. Yo amaba a Alberto, le quería con todo mi corazón y sabía que él a mí también, pero la verdad es que habíamos mencionado pocas veces el tema de la boda. Yo sí quería casarme y sabía que él, en un futuro, también. Pero no sabía que se lo planteaba para un futuro tan cercano. Desde luego, aquello no estaba en mis planes, aunque se me pasó algo por la cabeza mientras entraba en el restaurante y empecé a atar cabos: sorpresa, restaurante de categoría, sin nada en concreto que celebrar, su nerviosismo, su mirada... Sin embargo, no estaba segura, e igual solo estaban siendo cosas mías, pensé. Pero no, no eran cosas mías. Estaba ocurriendo. Todavía con lágrimas en los ojos, asentí con la cabeza y le cogí muy fuerte de la mano. Me daba vergüenza levantarme y darle un abrazo con un besazo enorme, que era lo que pegaba en ese momento, porque en ese restaurante tan protocolario creía que íbamos a dar un poco el cante. Pero acerqué mi silla hacia su sitio y llegamos a besarnos. Los abrazos vinieron después, y la celebración, también. Aquella noche cenamos de once sobre diez, como podréis imaginar, y salimos bastante embriagados de emoción y, por qué no reconocerlo, de vino. Porque el maridaje había sido también de matrícula de honor. Así que no nos apetecía irnos a casa, sino bailar, reír y saltar de ilusión porque... ¡nos casábamos!

La noche de mi cumpleaños

La cena con mis amigas en uno de nuestros restaurantes favoritos fue genial. Era una apuesta segura. Un local moderno, con un tinte hípster, decorado como si fuera un jardín interior que alberga ocho mesas de diferentes tamaños y que da una sensación divertida y alegre. Habíamos estado allí muchas veces y, aunque la comida no es especialmente barata, nos gusta y se respira un aire de buen rollo allí dentro. Además, hay que contar con las rarezas de Eli para la elección del restaurante. Digamos que no es muy abierta de mente en lo que a gastronomía se refiere. Nos cuesta sacarla de las croquetas, el jamón serrano y la sepia a la plancha. Y cuando conseguimos que pruebe algo diferente, lo hace con esa cara de asco previa a meterse el trozo de lo que sea en la boca, que nos anima, a veces, a decirle que no es necesario que lo haga si supone un trago tan horrible para ella. Pero así es Eli, y hay que quererla tal cual.

Las dos botellas de vino que nos bebimos durante la cena nos desinhibieron bastante y la velada se convirtió en una mezcla de risas, gritos y recuerdos de anécdotas que nos hacían estar cada vez más a gusto. Tanto que, cuando quisimos darnos cuenta, éramos la última mesa ocupada del local. Habíamos cogido el segundo turno de la cena y todo el mundo había pagado y se había marchado ya, menos nosotras, que, ajenas a la realidad, parecíamos inmersas en historias interesantísimas que no acabarían jamás de ser relatadas, como si estuviéramos en el salón de mi casa y aquellos camareros no tuvieran derecho a dar por finalizada su jornada laboral. Así que, pasadas las doce y cuarto de la noche, la chica que nos llevaba sirviendo toda la cena nos trajo amablemente la cuenta sin que ninguna de nosotras la hubiera pedido y fue entonces cuando miré a mi alrededor y me di cuenta de la situación.

—Perdona, nos hemos quedado solas. Pagamos y nos vamos —le dije algo avergonzada a aquella chica amable pero agotada y deseosa de perdernos de vista de una vez.

—No pasa nada —dijo falsamente y, que conste, con toda la razón del mundo, la camarera.

Y no debió odiarnos tan fuerte como yo pensaba porque incluso nos dio unos vales de descuento para tomarnos una copa en un local propiedad de la misma cadena que el restaurante, que estaba allí mismo y que nosotras ya conocíamos. O quizás simplemente nos vio con ojos de dólar y supo que seríamos buenas clientas y que consumiríamos copas a mansalva. No se equivocaba.

Caí en ese mismo instante en que había ignorado el móvil durante toda la cena. Buena señal, de las que ya apenas ocurren en quedadas de amigas. Y es que ahora todo el mundo está obsesionado con su Smartphone, con sacar fotos a los platos, hacerse selfis e immortalizar cada

momento de sus festejos, cerrándose así la puerta a disfrutar con todos los sentidos de lo que viven. Odiaba eso, llamadme nostálgica, y me odiaba a mí cuando me veía actuando de esa manera, así que me había prometido hacía ya un tiempo que ofrecería cada minuto de mi presencia a las personas con las que quedara, a no ser que hubiera una muy buena excusa para no hacerlo. Por eso, al levantarme, me acordé de mi teléfono y, al sacarlo, lo vi lleno de notificaciones. Cuatro llamadas de felicitaciones de última hora a las que no había atendido, claro; 31 mensajes de 5 chats en WhatsApp y varios *stories* en Instagram de amigas que me felicitaban a través de alguna foto antigua. Abrí el chat de mensajes e hice una lectura rápida: mi madre, mi primo, el chat de los amigos del trabajo, mi tía y un número desconocido. Y entonces me dio un pequeño vuelco el estómago. No me había acordado apenas de Mario en toda la tarde, la verdad es que había estado muy distraída con mis amigas entre risas y recuerdos. Pero, de repente, quise con todas mis fuerzas que ese número que no tenía guardado fuera el suyo y abrí rápidamente la conversación.

Mario

Hola, veinteañera. ¿Conseguiré esta noche conocer a la chica del antifaz pero sin antifaz? Si me dices un local que os guste, acudo allí en un rato... Dime, ¿cómo vas vestida?

Sonreí. Me gustaba su juego y, después del vino que había ingerido, se me habían quitado las vergüenzas y habían aumentado mis ganas de, al menos, conocerle. Iríamos a tomarnos esa copa al garito para el que nos habían dado el descuento y después, probablemente, acabaríamos en el Viva la vida, un *pub* de fiesta que se había puesto muy de moda en la ciudad en los últimos meses. Así que le contesté.

Irene

En algo más de una hora nos pasaremos por el Viva la vida. Busca a una jovencita con tejanos ajustados, tacones negros y camiseta ceñida roja. Los labios, a juego con la camiseta.

Mario

Mmmm, me gusta la descripción de la jovencita. Haré lo posible por encontrarla e identificarla. Nos vemos en un rato.

A partir de ese momento, no voy a mentir, no lo pude sacar de mi cabeza. Estaba nerviosa y distraída, mirando hacia todos los sitios por si lo reconocía, a pesar de que habíamos quedado en otro local y dentro de un rato. Pero quizás también había pensado tomar la primera copa allí mismo. Quién sabe. La cuestión es que Iris se percató y sacó el tema, y las tres chicas empezaron a cotorrear sobre la situación. Que si tranquila, que si a por todas, que si cautela, que si no me hiciera ilusiones, que si cuántas expectativas le había puesto al momento, que si cuanto más lo piensas más decepciona, que si las fotos que se mandan en esas aplicaciones son siempre mentira... La cabeza me iba a explotar.

—Igual es muy guapo pero es enano. A mí me ha pasado un montón de veces. Quedo con un tío que parece estar tremendo y luego, ¡pum! No llega al metro setenta. —relató Iris con soltura.

—O está chalado. Anda que no me ha pasado a mí veces —empezó a contar Eli. Está bueno, es alto, pero luego llegas y habla de cosas superraras, o es aficionado a vete a saber qué gilipolleces.

—Lo mejor, supongo, es no crearse muchas esperanzas con respecto a que va a ser el hombre perfecto entonces, ¿no? —añadió Claudia aportando ese punto de cordura que la caracterizaba y evidenciando que no estaba muy puesta en el asunto.

Y es que Claudia tenía la vida perfecta, aunque eso era ahora, porque su infancia y su juventud no siempre fueron fáciles. Un novio desde el instituto con el que había conseguido superar todas las etapas que supone pasar por la universidad, la mudanza a Madrid durante un año, buscar trabajo y demás episodios. Eran el uno para el otro, y se notaba. Llevaban unidos más de quince años y siempre que estaban juntos seguían rebosando amor y admiración el uno por el otro. Era lo que se llamaba una relación sana y perfecta. Porque además ambos disponían de su parcela de intimidad, de sus ratos con sus respectivos amigos, de sus salidas nocturnas por separado y de sus escapadas independientes. Pero, además, también disfrutaban de cenas en pareja, fines románticos, viajes por el mundo y un montón de etcéteras que, lo reconozco, daban una envidia cochina de la buena que te mueres. Eran la típica pareja de amigos que te hace seguir creyendo que el amor eterno y verdadero existe.

Así que Claudia, como yo hasta ese momento, nunca había tenido que lidiar con ligues de chat ni se había abierto jamás una cuenta en ninguna aplicación para conocer gente porque no le había hecho falta. Por lo tanto, no sabía muy bien cómo funcionaba aquel mundo en el que yo me acababa de adentrar y que nuestras otras dos amigas parecían dominar a la perfección.

La cantidad de historias raras que estaban contando procedentes de relaciones o chicos que habían conocido *online* me empezaba a agobiar. Algunas las contaban en primera persona y otras eran fruto de experiencias de amigas o conocidas. Pero todas ellas tenían un factor en común: rozaban lo surrealista y a mí me estaban quitando las ganas de conocer a nadie de ese modo. Así que me levanté, bastante angustiada, y me fui al baño a disponer de unos segundos de soledad para tramitar toda esa información. Y entonces, de camino al lavabo, bajando unas escaleras solitarias que me daban el aire que necesitaba en ese momento, lo vi. Un chico guapísimo empezaba a subir las escaleras mirando hacia el suelo, pero dejaba entrever algunos rasgos que le identificaban perfectamente. Su pelito medio rizado, esa media barba y el lunar que había atisbado en su mejilla a través de las fotos que me había mandado lo delataban. Era él, y sí, estaba en ese mismo local. No donde le esperaba ni donde habíamos quedado, sino enfrente de mí y en ese momento. Por un instante deseé con todas mis fuerzas que no subiera la cabeza, que no me viera y, sobre todo, que no me reconociera. No me apetecía enfrentarme sola ni en ese momento a aquella situación. Pero la ley de Murphy es caprichosa y justo lo que no quieres que ocurra, ocurre. Levantó la vista y se paró en seco. Me miró, dudó unos segundos, y sonrió.

—Camiseta roja, *jeans* y tacones negros. Y una banda cumpleañera muy adolescente que te delata. Eres Irene, ¿verdad? —me preguntó suelto y sonriente.

Mis amigas me habían hecho ponerme aquella cinta horrible de tela de «Feliz cumpleaños» para hacerme pasar un poco de vergüenza y, para contentarlas, lo hice, aunque pensaba quitármela antes de salir de aquel garito. Pero en ese momento no recordaba ni llevarla puesta, así que mi cara se tornó roja como un tomate de la vergüenza en cuestión de segundos.

—Ehhh..., sí, hola, bueno, mis amigas, ya sabes... —atiné a decir.

—Sí, claro, no te preocupes. Es gracioso. Por fin conozco a tus ojos. Y a ti en persona, claro. ¿Me vas a dar dos besos o te vas a quedar cinco escalones por encima durante toda la conversación? —me preguntó gracioso.

—Claro, encantada. ¿Llevas aquí mucho rato?

—De hecho, acabo de entrar, tengo a un par de amigos pidiendo arriba.

—Genial. Si quieres, bueno, podemos tomarnos algo más tarde.

—En un rato voy a buscarte, y te secuestro unos minutos. —Y me guiñó un ojo.

Sonreí y seguí bajando las escaleras sintiéndome la persona más ridícula del planeta. El encuentro me había pillado por sorpresa y esto había sido un desastre. Si alguien hubiera visto desde fuera la escena me hubiera dicho: «No, cariño, no esperes que te busque y te secuestre, más bien estará arrepintiéndose de haber venido». Tierra, trágame. Pero qué pánfila. ¿Tengo doce años, o es que me he vuelto tonta de remate? Entré al lavabo y me miré al espejo. Todavía se notaba el rubor en mi rostro y el corazón me iba a mil. Como para no. Qué guapo, qué agradable, qué desenvuelto y qué hoyuelos en las mejillas. Y yo qué pava, qué insegura, qué torpe y qué inoportuna.

Esperé unos segundos, respiré hondo, me tranquilicé e intenté consolarme a mí misma repitiéndome internamente que no había sido para tanto, que la conversación había sido tan corta que no había dado tiempo a hacer demasiado el ridículo. Cuando me calmé un poco subí de nuevo intentando adoptar una postura normal, porque, probablemente, me vería pasar de camino a mi mesa, ya que estábamos en la entrada del garito. Y así fue, la verdad es que sentí que me comía con los ojos, a pesar de todo. Pero me hice la despistada y acudí directa a mi sitio.

—Ire, estás blanca, ¿has visto un fantasma? —me preguntó Iris.

—Peor, he visto a Mario, nos hemos saludado, he quedado como una imbécil y he vuelto. Un trayecto al baño muy productivo.

—¿A Mario, el cañón de la *app*? —preguntó Eli con cara de sorpresa y ganas de carnaza para marujear.

—El mismo. Y no te pienso decir quién es ni dónde está, así que ni lo intentes. La cosa se ha resumido en un saludo muy simpático y coqueto por su parte, una bochornosa reacción y respuesta por la mía, y un «tierra, trágame» inmediato, también por mi parte, claro. Pero ha sido breve, he logrado recortar el tiempo de ridículo. Algo es algo.

—Qué exagerada eres, seguro que no ha sido tan horrible —me tranquilizó Claudia, por

cortesía, y con una mirada condescendiente que me indicaba que, tal y como me conocía, sabía perfectamente que lo que yo estaba contando se ajustaba bastante a la realidad.

Sin embargo, paré el tema y cambié de conversación. Necesitaba relajarme un poco, y tener a Mario en el mismo bar vigilándome desde su posición no ayudaba. Casi podía sentir sus ojos clavados en mi espalda. Así que, a pesar de intentar ser supernatural y simpática con mis amigas, es posible que pareciera forzada y artificial. La verdad es que medio cerebro estaba con ellas y, el otro medio, haciendo cábalas sobre los posibles escenarios en mi futuro más próximo. Uno: el tío se piraba de aquel bar y no volvía a saber nada de él. Extremo pero no imposible. Dos: se acercaba, se despedía con alguna excusa y tampoco volvía a saber de él. Más cortés y más probable. Tres: le gustaban las panolis como yo y mantenía su promesa de tomarse algo conmigo más tarde. Y justo cuando estaba imaginando un posible cuarto escenario que prometía ser más cursi que un vestido repollo y rosa de bebé lleno de lazos y puntillas, la pantalla de mi móvil se iluminó encima de la mesa y adiviné en un segundo que me avisaba de un mensaje de Mario. Lo cogí rápido y con disimulo para que las chicas no me preguntaran y leí:

Mario

¿Me acompañas a echarme un cigarrito a la puerta?

Me giré y lo vi a lo lejos, mirándome con descaro. Me guiñó un ojo y comenzó a caminar hacia la salida, seguro y decidido. Y sin dar muchas más explicaciones, me levanté y, con un «ahora vengo», cogí mi teléfono y salí detrás. Me había prometido ser normal y estaba dispuesta a conseguirlo.

Cuando llegué afuera él estaba allí, apoyado en la pared, con su botellín de cerveza y esperando a que apareciera, completamente convencido de que yo le seguiría a pesar de no haber mirado ni una sola vez hacia atrás. El tío tenía tablas, desde luego.

—Bueno, Irene, ¿cómo va tu noche? —me preguntó divertido.

—Bien, Mario. ¿Y la tuya? —respondí coqueteando.

—Ahora creo que está mejorando —me dijo con seguridad.

Y le conté, con toda la naturalidad del mundo, nuestra cena en el restaurante, cómo nos habíamos quedado solas en el local y que habíamos acabado allí por unos vales de descuento que nos habían ofrecido al salir. Ese tema enlazó con cómo había ido su día, lo que le había costado convencer a sus amigos para salir y las ganas que tenía de conocerme.

—No entiendo tanta ilusión, hasta ayer no sabías de mi existencia —le solté con la intención clara de ver por dónde salía.

—Pero ayer te conocí y me pareciste interesante. Diferente al resto de chicas con las que me suelo encontrar virtualmente. Natural, sin pretensiones.

—O sea, que te pasas el día buscando pececitos en el mar —se me ocurrió decir.

—Bueno, tampoco es eso, ya me entiendes. —Conseguí incomodarle un poco.

—Oye, ¿no salías a fumar? No he visto que encendieras ningún cigarrillo —le pregunté

extrañada.

—En realidad no fumo, era solo una estrategia para cumplir mi promesa del secuestro exprés. Y ya llevamos diez minutos. Pero creo que tus amigas se preocuparán si no entras. El siguiente secuestro será más largo —me advirtió.

—Igual no quiero ser raptada, simplemente. No lo des por hecho.

—No lo doy, pero pondré todo mi empeño en que sí quieras.

Se fue con media sonrisa y sabiendo que podía permitirse esa actitud chulesca y dominante. La verdad es que a mí su iniciativa me venía genial, para qué vamos a engañarnos, y a él parecía divertirse mi inseguridad y timidez iniciales, que por cierto ya iba venciendo poco a poco.

Regresé a mi mesa y mis amigas me miraron boquiabiertas. Por supuesto, se habían percatado de la situación, porque, al salir a la puerta del bar, Eli se había asomado y me había visto hablar tímidamente, pero con picardía, con Mario. Así que cuando volví, además de haberle hecho una radiografía completa al susodicho, me pidieron que les contara cómo había ido. Tampoco quise aspavientos y les pedí, por mi integridad moral y mi orgullo, que se controlaran, explicándoles que probablemente estaría mirando y rogándoles que no me hicieran quedar aún peor de la impresión inicial que con toda seguridad se había llevado Mario de mí. Creía que mi segundo encuentro con él había conseguido arreglarla y no quería volver a caer en picado. Lo entendieron y me hicieron caso, algo no muy habitual, pero debe ser que se pusieron realmente en mi lugar y se apiadaron de mí. Les resumí lo ocurrido y se quedaron impactadas con las dotes seductoras de Mario. Pero les pedí de nuevo comprensión y naturalidad y seguimos con nuestra velada intentando no darle importancia al suceso y, al mismo tiempo, expectantes sobre cuál sería su próximo movimiento. Sobre todo yo, claro, que me tenía enganchada a ese juego tan interesante que habíamos comenzado. Pero la escena siguiente sería en un escenario distinto, por lo que hasta que no cambiamos de local no supe nada de mi nuevo amigo.

Mientras tanto, nos acabamos la copa entre confesiones. Y es que Iris tenía un bombazo para nosotras: Iván, el chico con el que llevaba quedando ya un tiempo y del que no paraba de decir que solo era un amigo especial, le había propuesto formalizar su relación. Iris estaba radiante y feliz, aunque ella juraba y perjuraba que no necesitaba a ningún hombre en su vida para ser feliz. Pero se notaba en su cara un aire diferente. Estaba pletórica. Iris solo había tenido una relación realmente estable, y de eso hacía ya varios años. Su carácter independiente gustaba a muchos, pero asustaba después a los mismos. En el fondo, parece que si una mujer tiene las ideas claras y un extra de personalidad, la mayoría no están dispuestos a embarcarse en la aventura. Y yo creo que eso es más o menos lo que le había pasado a Iris con su vida amorosa. Con Lucas fue diferente, porque él la quería con todas sus locuras, con sus decisiones espontáneas, con sus parcelas de intimidad y con todo su ser. Pero una succulenta oferta de trabajo de él en Berlín les separó cuando llevaban un par de años de relación y no lograron entenderse para decidir quién cedía por quién. Fue algo así como una lucha de egos, ninguno quería renunciar a su vida y a sus oportunidades. Y las de Lucas, en ese momento, estaban en Alemania, pero Iris decía que no

pintaba un churro en un país en el que no conocía a nadie y, por no conocer, no conocía ni el idioma. Así que, con mucha pena y resignación, sus caminos se separaron, aunque siguen teniendo muy buena relación y se guardan un gran cariño. Y sí, las primeras veces que él regresaba a España, se seguían viendo, pero ambos dejaron muy clara su postura y ninguno mantenía ilusiones de una posible reconciliación. Así que la noticia de ese comienzo de relación, que en realidad era una continuación en toda regla porque Iván y ella llevaban casi un año quedando «de manera informal», me alegró mucho y deseé que le fueran bien las cosas. Claudia, sin embargo, estaba más seria y distante de lo habitual, pero, al preguntarle por ello, lo achacó al cansancio. Cosa que ninguna nos creímos, aunque tampoco insistimos en ese momento. Nos lo contaría cuando le surgiera de manera natural, si es que quería hacerlo o si es que realmente había algo que contar.

Yo, por mi parte, ya empezaba a pensar que Mario se habría aburrido de su propia creación y se habría largado a casa cuando, en el *pub* Viva la vida donde supuestamente habíamos quedado en un inicio, lo vi de lejos entre cabezas que se movían al son de la música. Vi cómo, poco a poco, se acercaba a mí con aires de interesante y me gritó al oído que me invitaba a un chupito. Sus amigos le miraban de lejos, y yo solo esperé que no fuese objeto de ninguna apuesta ni nada parecido, porque iba a mandarle a la mierda bien rápido. De hecho, la sola idea de que así pudiera ser me puso un poco borde y acabé soltándole un par de cosas para que no se viniera tan arriba.

—Este juegucito de aparecer y desaparecer como si dominaras la situación tiene su punto, pero espero que no te pases de listo.

—Es que domino la situación, ¿no crees?

—Puede, pero insisto, no me cabrees.

—Vale, vale, señorita. Entendido. Juego finalizado, si así lo desea. ¿Tequila?

No me dio tiempo a responder que ni hablar, porque ya los estaba pidiendo.

—Lo has vuelto a hacer. Decides por mí —le advertí bastante seria.

—Venga, no seas así. Déjate llevar.

Y en ese preciso instante me pregunté cuándo fue la última vez que, efectivamente, me dejé llevar. Ni me acordaba. Así que me relajé y dejé que todo fluyera. Y vaya si fluyó. La chispa acabó por encenderse entre nosotros y nos besamos, mucho y muy bonito, durante un buen rato en medio del local, justo después de bebernos aquel chupito que estuve a punto de rechazar. Con la garganta y el pecho todavía ardiendo, nos miramos y ambos entendimos que la tensión sexual entre nosotros era evidente, pero creo que desde ese preciso instante también comprendimos que había algo más que pasión entre los dos. Sin embargo, y a pesar de que me moría de ganas de entregarme a él por completo y pasar acompañada la noche, algo dentro de mí me dijo que no era el momento. Entre nosotros había atracción, estaba clarísimo, y había que resolverla. Pero no del todo, esa noche no. Y no porque estuviera en contra de acostarme con un chico en la primera cita, ni mucho menos. Simplemente no era mi *modus operandi*, o, más bien, ya no tenía claro

cuál era mi *modus operandi*, o si acaso yo tenía de eso. El caso es que, por mucho que el cuerpo me pidiera marcha, mi cabeza me pidió reposo y, cuando cerraron el bar y mis amigas decidieron que se iban a casa, yo me fui con ellas.

Creo que no se lo esperaba, o quizás no estaba acostumbrado a ello. Él debía de tener en su cabeza la película montada de que accedería sin problema a dormir en su casa aquella noche, y así igual hasta ganaba esa supuesta apuesta que yo había creado en mi imaginación. Aun así, aunque se notaba que no se esperaba mi despedida, la situación no fue nada violenta. Los dos coincidimos en que lo habíamos pasado muy bien y en que había merecido la pena conocernos, y quedamos en llamarnos. Aunque Iris ya se ocupó de repetirme en el taxi de vuelta a casa que me quitara eso de la cabeza. Pocos, y pocas, devolvían las llamadas que prometían después de esos encuentros fugaces y nocturnos. Pocos, y pocas, estaban dispuestos a ir un paso más allá de una noche loca. Pocos, y pocas, estarían pensando en un plan de cine y cena, y prácticamente ninguno, y ninguna, estaría abierto al compromiso. Bienvenida al cortejo y a la búsqueda del amor en plenos años 20 del siglo XXI, toda una odisea muy complicada de atravesar. Los términos «amor», «compromiso», «novio» y similares parecían estar vetados entre la juventud, como si diera miedo el simple hecho de pronunciarlos. Y aunque yo no buscaba exactamente vivir ninguno de esos conceptos, de hecho, no sabía si buscaba algo o no, sí me gustaba fantasear con la idea de que, si se cruzaban en mi camino, no huiría de ellos como quien escapa de algo que le aterra.

Pero yo, sin embargo, tenía la sensación de que no sería la última vez que vería a Mario, y no me equivocaba. Lo que sí tenía claro, clarísimo, es que había sido un gran día y una gran noche, y me acosté en mi cama satisfecha, feliz y dispuesta a demostrarme a mí misma que volvería a encontrar, poco a poco, mi sitio en el mundo. Pero todavía me quedaba mucho por vivir para conseguirlo por completo.

La segunda señal

Me desperté antes de mediodía, resacosa y con la sensación de que me había pasado por encima una apisonadora. Qué mal cuerpo... Y aquí es cuando me juro y perjuro que nunca más beberé así, que con un par de cervezas tengo suficiente y bla, bla, bla. Pero ya tengo una edad y me conozco la cantinela. La próxima será igual, pero con más sufrimiento posterior, porque cada día que pasa me cuesta más recuperarme de una celebración loca como la de mi treinta y dos cumpleaños. Así que decidí saltarme esa parte y hacer un repaso mental de la noche anterior.

Lo primero que me vino a la cabeza fue Mario. ¡Menudo romance más divertido y fugaz! De repente, me acordé de uno de los momentos en los que Mario y yo, después de comernos enteritos dentro del bar, salimos divertidos a tomar un poco el aire. En una de esas ocasiones me encontré a mi excuñado. Sí, al hermano de Alberto, que se quedó bastante alucinado de verme en aquella situación. Y fue un momento raro, incómodo. Me saludó, como con miedo a acercarse y vergüenza al mismo tiempo. Me consta que sabe perfectamente que Alberto no hizo la cosas bien y yo no lo merecía, y también sé que su nueva novia no es precisamente santo de su devoción. Alberto y yo todavía tenemos mucha gente en común, y sí, me llega mucha información al respecto, muy a mi pesar, si soy sincera. Seguro que menos detalles sobre su nueva vida me dejaban sacarlo de mi cabeza con mayor facilidad. Sea como fuere, en aquel momento de la noche, cuando vi al que fue mi cuñado durante ocho años mientras parecía una adolescente con noviete nuevo, quise meterme de primeras en algún agujero y pasar desapercibida, pero el efecto de las copas resurgió de repente y me vine arriba, puse mi mejor sonrisa y mostré mi mejor faceta. Le saludé con desparpajo y soltura. Le informé de que estaba celebrando mi cumpleaños, me dijo con sorna que parecía una buena celebración y me deseó lo mejor. Y me acordé de todo ello porque en el fondo de mi ser (y un poquito en la superficie, también), mi mente se preguntaba qué pensaría y sentiría Alberto cuando su hermano le contase el episodio de aquella noche, si es que lo hacía. ¿Celos? ¿Dolor? ¿Indiferencia? ¿Enfado? ¿Lástima? Mi cabeza no paraba de dar vueltas y yo ya me había metido otra vez en ese bucle insano en el que llevaba viviendo los últimos meses. De repente, todo el subidón de la noche anterior se estaba convirtiendo en una cierta angustia, ¿arrepentimiento?, y sensación de vacío en mi interior, y no me estaba gustando. Ya se sabe, noches alegres..., mañanas tristes. Y los domingos de recién divorciada son lo peor del mundo.

Mientras mi cabeza parecía una batidora de recuerdos y emociones, me levanté para ir al baño y me topé con aquel maldito cuadro que no había sido capaz de descolgar de mi pared. Me

detuve ante él cuando pasé por delante intentando recuperar mi ser aquella mañana. Un cuadro que compramos Alberto y yo en uno de nuestros viajes al sur de España, en esos puestecitos que montan en los paseos marítimos de los pueblos costeros y que a mí me vuelven loca. El cuadro nos encantó a los dos porque había un mensaje muy prometedor sobre una pequeña tabla de surf de madera que decía: «La felicidad está en el camino del viaje y no en el destino». Ahora que lo pienso, queda muy guay ir de bohemio y soñador por la vida con los bolsillos llenos y la cuenta corriente con más ceros de los que puedo asimilar, pero, si somos sinceros, Alberto es todo lo contrario a esta filosofía de vida. Es más bien caprichoso y materialista, y aunque le encanta moverse por el mundo, viajar y descubrir sitios nuevos, a él sí le da la felicidad un buen reloj o unos zapatos caros, y no se conforma precisamente con la banalidad de los pequeños detalles. Pero en ese momento nos pareció precioso, lo compramos y él no se lo quiso llevar cuando hizo la mudanza, así que lo dejé puesto donde estaba.

Una Irene resacosa y despeinada lo miraba y le recordaba a él, a nuestros viajes, y, en ese momento en el que yo solo quería que me cortaran la cabeza del dolor y el mareo que tenía de la noche anterior, me vinieron también a la mente la cantidad de noches que habíamos llegado a casa de madrugada después de una velada loca con nuestros amigos. Llegábamos más bien borrachos, riéndonos, e incluso a veces nos tomábamos la última copa en casa comentando lo bien que lo habíamos pasado o alguna anécdota de la salida nocturna. Y así, haciendo memoria, y todavía algo paralizada por el dichoso cuadro, me dio por pensar en cuándo comenzó el principio de nuestro fin.

Alberto y yo nos casamos enamorados y fue el mejor día de nuestra vida. Los siguientes dos o tres años transcurrieron con normalidad, aunque quizás yo estuve demasiado centrada en mi trabajo. Iba ocho horas a una editorial a hacer correcciones de textos y ensayos y llegaba a casa y me metía en mi habitación toda la tarde a estudiar las oposiciones, que, por cierto, aprobé a la primera. Es cierto que aquella larga temporada debió hacer mella en nosotros, pero, sinceramente, pensé que no acabaría con lo nuestro. Una de las cosas que más impotencia me da de toda esta situación es que jamás me ha dado un motivo convincente para romper lo nuestro. Yo me había querido agarrar a eso de que la gente se enamora y se desenamora, a que a lo mejor su nueva novia le aportaba más cosas que yo o eran más afines, pero en el fondo sabía que tenía que haber algo que se me escapaba porque todo me parecía superfluo en comparación con el amor que nos habíamos profesado el uno al otro. Sin darme cuenta de cuándo ni por qué, simplemente las cosas empezaron a estar frías entre Alberto y yo, cada vez nos contábamos menos cosas sobre nuestro día a día y, por supuesto, las relaciones sexuales brillaban por su ausencia. Yo pensé que sería una mala racha, a todo el mundo le pasa. Pero cuando vi que se prolongaba en el tiempo no tuve margen para reaccionar. Al darme cuenta y ser realmente consciente de la situación, ya no había marcha atrás y, tras varios meses de discusiones constantes y apatía absoluta entre nosotros, Alberto me dijo un jueves de enero, después de las fiestas navideñas, que no podíamos seguir así. Recuerdo perfectamente sus palabras: «Irene,

tenemos que hablar, no podemos seguir así. Me he pasado todas las comidas y cenas familiares de esta Navidad intentando fingir que somos la pareja perfecta, pero no me sale, porque no lo somos. No estamos bien y creo que no tiene solución».

Me quedé blanca y muda ante su templanza y seguridad al pronunciar aquellas palabras y supe que hablaba en serio, pero no lo podía creer. Hasta que no lo escuché de su propia boca, no me planteé de verdad la posibilidad de que lo nuestro pudiera acabar algún día, aunque reconozco que ahora lo pienso y, si me miro con un poco de distancia, era evidente. A partir de ahí tuvimos la que fue, quizás, la conversación más profunda de nuestra vida y, a pesar de que sigo teniendo claro que no me dijo todo lo que realmente sentía, cuando acabamos de hablar estaba casi segura de que aquello había sido una propuesta de divorcio. Nos dimos unos días para pensarlo tranquilamente y valorar todas las opciones, pero él estaba muy convencido de que separarnos era lo mejor para los dos y no tuvo en cuenta ninguna de las alternativas que le ofrecí. Creo que lo de darnos un tiempo fue únicamente para que yo lo fuera digiriendo poco a poco, pero la decisión, por su parte, ya estaba tomada. Así que tres semanas después él estaba sacando todas sus cosas del piso para irse a su nuevo alquiler y yo sentí cómo el mundo se venía abajo mientras le veía entrar y salir con cajas llenas, no solo de objetos, sino también de recuerdos. Pero de eso hace ya casi seis meses, Irene, no te regodees más en la mierda.

Cogí mi móvil y tenía un montón de mensajes sin leer. Felicitaciones que coleaban con algunas horas de retraso, mi madre (cómo no), preocupada por mi supervivencia, mis amigas diciendo que habían llegado bien a casa (menuda ayuda era yo para eso, que llegué a la mía y ni avisé ni me preocupé por nada porque solo me dio tiempo a caer redonda en la cama) y... Mario. Me puse nerviosa de nuevo.

Mario

Buenos días, preciosa. ¡Qué buena noche! ¿No? A mí sí me lo pareció. Espero que lo disfrutaras igual que yo. Aunque para mí no fue un punto y final. ¿Aceptas que proponga que sea el punto y seguido de más momentos que relatar?

No contesté. Al menos no en aquel momento. Necesitaba reposar bien todo. Hacía cuarenta y ocho horas era una pobre infeliz que se lamentaba de sus fracasos y ahora venía de un día de cumpleaños bastante bueno con un comienzo de ligue incluido, en el que este me dejaba entrever que quería volver a verme. ¿Estaba yo preparada para esto? ¿Esta era la forma en la que quería reorientar mi vida? Entonces, de repente, recordé el correo que mi compañera de trabajo me había enviado la tarde anterior. Y mi mente viajó automáticamente a Islandia. Ya había decidido hacía tiempo que me apetecía probar suerte con esa experiencia de dar clase en el extranjero durante unos meses, pero el hecho de que el país del hielo fuera una de las opciones a las que aspirar me había llamado la atención y le había aportado fuerza a mi idea de marcharme. Busqué el correo y abrí el documento. Revisé todos los plazos y documentación necesaria y repasé mentalmente si disponía de todos aquellos papeles que necesitaba. Me sorprendí al ver que el

plazo de presentación de solicitudes terminaba en pocos días, por lo que debía tomar una decisión más pronto que tarde si quería tener oportunidades de aspirar a alguno de los puestos. Y automáticamente me dije a mí misma que sí. Me sentía poderosa al ver que podía decidir hacer con mi vida lo que quisiera, y esa experiencia me apetecía cada vez más. Imprimí toda la información y la dejé encima de mi mesa, pero en ese momento, antes de ponerme a hacer ninguna gestión, lo único que necesitaba era un vaso de leche bien fría, un ritual que se había convertido en mi gran aliado para superar la resaca, seguido de una ducha para despejarme.

El chat de grupo de mis amigas echaba humo. Las tres comentaban la noche anterior, especialmente Eli e Iris, y me insistían para que apareciera de una vez y les contara cómo me sentía. A mí, sin embargo, me apetecía todo lo contrario. Desaparecer un poquito y ordenar mi cabeza, así que les di los buenos días y les dije que luego hablábamos. Me seguía extrañando lo distante que parecía Claudia, que normalmente era la líder de los *diverdomingos*, que es como nosotras llamamos a la mañana del día posterior a una noche de juerga. Sin embargo, aquella mañana se había limitado a decir «Hola», comentar que estaba todavía muy cansada y que tenía que preparar algunas cosas para su viaje de trabajo del día siguiente, además de recalcar que le apetecía estar un ratito a solas con Raúl. Parecía lógico, pero no me lo tragaba, sus palabras decían una cosa y su actitud, otra. Así que decidí escribirle por privado:

Irene
Si necesitas hablar de cualquier cosa, Clau, sabes que estoy aquí.

Claudia
¿Puedo pasarme por tu casa en un rato?

Su respuesta, tan rápida y aceptando a la primera mi ofrecimiento, me sorprendió. Pero, por supuesto, accedí y supe que algo más serio estaba ocurriendo, sin imaginarme en aquel momento qué podría ser.

Mientras esperaba la visita de Claudia, me duché y, un poco más recuperada, rellené decidida todos los formularios necesarios para esa plaza de profesora de ELE en el extranjero. Estaba todavía dudosa sobre si hacerlo o no hasta que Facebook me mandó una notificación, de esas que parecen dardos envenenados en ciertas ocasiones, de un recuerdo de hacía exactamente tres años. Y... ¡tachán! Una preciosa imagen de una pareja enamorada en la cascada de Godafoss, en Islandia. Alberto y yo rebosando felicidad por todos los poros de nuestra piel. Qué casualidad, justo ese día hacía tres años que estaba allí, en el mismo instante en el que me planteaba regresar, sola esta vez, para quedarme una buena temporada. Así que pensé que podía ser algún tipo de señal. Yo, la verdad, no creo en ningún Dios en concreto ni practico ninguna religión. Soy más del karma, de las energías, del destino. Y eso debía de haber sido, sin duda, una señal del destino,

que me avisaba de cuál iba a ser mi camino. Cuanto más lo pensaba, más me ilusionaba. Por ello, cogí el boli y empecé a introducir datos, marcar equis y firmar papeles. Había indicado como primera opción Reikiavik, como segunda, Húsavik (me la jugué mucho, porque tiene que ser un lugar muy inhóspito para vivir en invierno, por la nieve y el frío), y, como tercera opción, Dublín.

Y mi mente voló de nuevo a esa fantasía. Me sentía libre tomando aquella decisión y la verdad es que creo que lo necesitaba. Me vendría genial ponerme a prueba, irme un tiempo lejos, sin estar en palmitas de familiares y amigos. Yo y mis recursos. Yo y mis circunstancias. Y de paso, sí, yo y mi soledad. Necesitaba sentir la soledad, pero necesitaba sentirla en un lugar nuevo en el que pudiera crecer como persona. Igual terminaba siendo una auténtica mierda y me convertía en una de esas personas que tachan los días del calendario para llevar al dedillo la cuenta del tiempo que queda para que acabe una pesadilla. Pero incluso aunque ese fuera el resultado, necesitaba vivirlo. Sentir, en ese caso, que mi lugar es Zaragoza, que aquí es donde mejor me siento y que, después de haber probado otras cosas, es donde más a gusto me encuentro o donde ansío regresar. Pero en ese momento esta ciudad me traía demasiados recuerdos, y la casa en la que vivía, que es la misma que compartía con Alberto, todavía más.

Cuando nos separamos, él se marchó y yo, que tenía unos ahorros, le compré la mitad del piso que aún estábamos pagando. Arreglamos papeles, me hipotequé todavía más de lo que estaba y me quedé aquí. Muchas veces me cuestionaba si eso había sido una buena decisión, porque cada rincón olía a él, entre aquellas paredes habíamos vivido tantas cosas que era una sensación imposible de explicar. Pero en el momento de decidir sobre quién se quedaba con el piso, Alberto parecía tan interesado en ser él que saqué todas mis fuerzas para impedírselo. Me lo imaginaba aquí viviendo con su nueva novia y me entraban los mil males. Ni hablar, si quería buscar un nidito de amor, que fuera otro. Gané la batalla en una guerra perdida que me dejó momentáneamente satisfecha pero que provocó que olvidarle fuera todavía un poco más complicado por todos los recuerdos que este piso me traía constantemente.

Parece contradictorio, porque precisamente estaba eligiendo como destino un país al que había ido con mi exmarido. ¿No me traería eso todavía más recuerdos demasiado dolorosos? Me lo planteé, me lo pregunté y lo sopesé muchísimo. Pero llegué a la conclusión de que, en realidad, con Alberto fueron dos semanas de aventuras. No residimos en un sitio, sino que dimos la vuelta a la isla, quedándonos con los lugares más turísticos y espectaculares. El enfoque, ahora, era diferente. Me establecería en una ciudad fija, forjaría una rutina y, precisamente, donde no estuvimos casi nada fue en las zonas más pobladas de la isla, ya que nuestro viaje estuvo mucho más enfocado en la naturaleza. Y no niego que temía que si volvía a alguna de aquellas cascadas o a alguno de esos maravillosos paisajes de cuento regresaran mil recuerdos a la mente. Pero mi día a día sería mucho menos idílico y mucho más rutinario, así que los lugares que transitaría no serían los mismos. E Islandia se merecía todo el amor que yo le profesaba, independientemente de que mi exmarido y acompañante en mi primera estancia en la isla fuera

un imbécil que me había dejado. Regresé mentalmente de aquellas reflexiones con el sonido del timbre. Claudia.

La verdad es que mi amiga Clau no había tenido una vida fácil, a pesar de la buena situación en la que se encontraba actualmente y al margen de la vida perfecta y de manual que tenía ahora. Sin embargo, es de esas personas que llevan el peso de los acontecimientos clavados en la mirada. Los ojos, por mucho que nos empeñemos, son incapaces de guardar secretos. Cuando la vi por primera vez en la facultad supe que detrás de aquella chica correcta y muy bien conjuntada había una historia muy profunda detrás. Ya sabes, hay gente que emana sensaciones, que su sola presencia te avisa de ciertas cuestiones de su pasado, de su personalidad, de su ser. Llámalo lenguaje no verbal, llámalo aura, según lo místico que quieras ser. Y después, cuando la conocí más a fondo, todas las piezas encajaron y comprendí su serenidad, que rozaba a veces la frialdad.

Su padre había fallecido cuando ella apenas tenía tres años. Un ictus que no superó. Y su madre se quedó viuda con treinta y dos años y con una niña pequeña... Nadie es capaz de afrontar esa situación de golpe y porrazo. Lo pasó fatal, cayó en una depresión y no lograba salir del pozo. Claudia me contó un día en el que hablábamos de esto que se pasó años escuchando a su madre llorar por las noches, después de acostarla a ella en la cama fingiendo entereza y fortaleza. Delante de su hija intentaba aparentar que todo iba bien, pero cuando Clau ha sido más mayor ha ido recordando detalles que la dejan todavía más rota. Su madre hacía todo lo posible para que ella no percibiera su dolor y pudiera tener una infancia feliz. Sin padre, pero feliz. Pero cuando acababa el día, y en su casa reinaba el silencio y la oscuridad, y cuando pensaba y daba por hecho que ella, pequeña e inconsciente de todo a su alrededor, dormía, su madre se rompía en mil pedazos que se recomponían, por obligación, con cada despertar al comienzo de un nuevo día. Sin embargo, unos cuatro años después del fallecimiento de su padre, la madre de Claudia comenzó a resurgir de sus cenizas. Se empezó a hacer de nuevo grande, decidida y poderosa, aunque nunca había dejado de serlo en realidad. Las sonrisas aparecían con mayor asiduidad y las ganas de hacer planes también se multiplicaban. Proponía a mi amiga ir al cine, al parque, a teatros y a todo tipo de actividades con las que empezaron a tener más vida social. Su madre supo dejar atrás aquello y salir adelante con una niña que, por cierto, nunca le dio ningún problema. Estudiante diez, hija diez. Responsable, sensata, madura y coherente. Pero con un agujero interno que nunca podrá llenar: el de su padre al que apenas recuerda y el de aquellos años tan tristes que nunca podrá olvidar.

Sin embargo, yo envidiaba mucho a Claudia, en el buen sentido, claro está. Empatizaba con su dolor y admiraba su fortaleza, ya que cualquier otra niña habría pasado a la adolescencia con la excusa perfecta para convertirse en una mala pieza. Pero ella lo hizo todo bien, no se salió del camino, no se tambaleó en ningún aspecto, lo tenía todo controlado. Y pronto conoció a Raúl, que resultó ser un gran apoyo siempre y con el que llevaba ya más de quince años de feliz relación. Un tío con el que cualquiera soñaría: guapo, me atrevería a decir que incluso atractivo, aunque ya sabes, con los novios de las amigas una no puede ser siempre objetiva; atento,

cariñoso, independiente, le dejaba su espacio, pero no tanto como para hacerla sentir insegura y sola, sino el justo y necesario para dejarla volar a su aire. Ambos tenían un buen trabajo: ella, de responsable de comunicación de una reconocida y exclusiva marca de vino, y él, fotógrafo *free lance* con importantes clientes. Así que, aunque la infancia de Claudia no había sido fácil y su vida estaba marcada por una gran ausencia, se podía decir que ahora tenía una situación muy acomodada, e incluso envidiable. ¿Qué le pasaría entonces?

Cuando abrí la puerta, mi amiga se lanzó a mis brazos, sin mediar palabra y entre sollozos, y me lo soltó de sopetón: «Mi madre tiene cáncer». Yo me quedé petrificada, sin saber hacer mucho más que devolverle el abrazo con todo el amor que le tengo e intentar transmitirle el mayor de mis apoyos en ese momento. Nos sentamos en el sofá y estuvimos un buen rato hablando, me dijo que lo sabía desde hacía varios días, pero que no había tenido la entereza de contárnoslo. Y que, además, con mi cumpleaños de por medio, no quería desviar la atención. La noche de ayer le había venido bien para despejarse, me dijo, aunque, tal y como yo me había percatado, había algo que no funcionaba, pero ella también necesitaba airearse un poco y reposar la noticia.

Estuvimos hablando de que hoy en día, y por mucho que asuste, la maldita palabra cáncer ya no es sinónimo automático de enfermedad terminal y que, de hecho, el cáncer de mama, que era el que le habían detectado a su madre, estaba muy controlado. Pero aun así entendía perfectamente que al vivirlo en primera persona, al ser su propia madre la que iba a tener que luchar contra la enfermedad, el pánico fuera inevitable. La operaban en unos días y después, probablemente, tendría que someterse a varias sesiones de tratamiento, aunque los médicos aún no sabían si sería de radio o de quimioterapia. Quizás ambos.

Claudia y su madre estaban muy unidas por razones obvias. La ausencia de su padre había provocado que su madre tuviera que ejercer de papá y mamá siempre, y ella se había apoyado y volcado en su madre desde que tenía uso de razón. Esto era un palo importante, pero yo estaba segura de que juntas lo iban a superar. Además, la madre de Claudia tenía ahora una actitud envidiable ante la vida. Después de pasar aquellos años tan malos tras la muerte de su marido, cambió por completo el chip y empezó a ver el vaso medio lleno y no medio vacío. Se interesaba por las cosas que sí podía hacer y disfrutar en este mundo y no se paraba demasiado a lamentarse sobre lo que era imposible o no estaba a su alcance. El *carpe diem* se había convertido en su filosofía de vida y las dos se habían pegado unos viajesos de los que te hacen babear al ver sus fotos: Indonesia, Senegal, Costa Rica, el Caribe, Sri Lanka, India... Destinos exóticos y de lo más succulentos para cualquier amante de los viajes. Ambas habían aprendido a dar prioridad a las cuestiones relevantes y a dejar a un lado las nimiedades. Y, desde luego, ahora lo único importante era centrarse en cómo recuperar la salud de su madre, pero eso implicaba una serie de sacrificios que Claudia temía.

—Mi madre vive en el pueblo, Ire. Pero claro, con todo esto, la van a tratar en Zaragoza. Se va a venir a vivir a casa y yo la recibo con los brazos abiertos, pero también me planteo cómo afectará toda esta situación a mi matrimonio. Es mi madre, no la de Raúl, y, aunque me apoya en todo, entiendo que no es lo mismo vivir solos que vivir los tres. Vivir con mi madre, volcarme en ella, que es por supuesto lo que voy a hacer... ¿Lo encajará Raúl todo como se espera del marido de una mujer cuya madre necesita toda su atención porque se debate entre la vida y la muerte? Solo me asaltan las dudas y los miedos, joder. Y me siento una mierda por pensar en todo eso en estos momentos. Mi cabeza va a explotar. Soy una egoísta.

—Claudia, no. No eres egoísta, es una situación muy complicada y, sobre todo, no la esperabas. Nadie la espera y todo esto hay que digerirlo. No te preocupes, encontraremos la manera de que todo vaya bien. Las cosas irán saliendo, poco a poco, paso a paso, te lo prometo.

Al pronunciar esas palabras, que eran justo las que ella necesitaba escuchar en ese momento, temí sin embargo estar prometiéndole algo que no estaba en mi mano cumplir. Pero solo nos miramos y volvimos a abrazarnos durante no sé cuántos minutos. Desde luego, esto yo tampoco me lo esperaba. Claudia se quedó a comer en mi casa y, después, se fue a descansar a la suya. Yo, la verdad, agradecí el momento siesta en soledad, porque, entre la noche de celebración y la noticia bomba del cáncer de la madre de mi amiga, tenía el cuerpo agotado, y la mente todavía más. En ese momento me tumbé en mi sofá y empecé a darle vueltas a la cabeza a todo un poco.

Confirmamos conexión

La vida es impredecible. Te lo cuentan, conoces casos, pero hasta que no te toca de cerca no comprendes realmente el alcance de una enfermedad como el cáncer. «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.» «En un segundo te cambia la vida.» Son frases que he escuchado miles de veces en bocas ajenas, pero ahora lo estaba viviendo muy de cerca, tanto que casi me rozaba, y la sensación era angustiosa y vertiginosa. Es la luz y la sombra de la vida, supongo. No sabes nunca lo que te va a deparar el segundo, el minuto, la hora o el día siguiente. Y es apasionante, pero también da miedo.

Este episodio me hizo volver a darle vueltas a mis planes de futuro para los próximos meses y, sin duda, fue un empujón hacia delante para lanzarme a ello. Era ahora o nunca, estaba segura. A la mañana siguiente enviaría toda la documentación, ya que el plazo para presentarla acababa en tres días. Y en tan solo diez días a partir de ese momento ya saldrían las adjudicaciones de plazas en el extranjero. El comienzo de las clases era la última semana de agosto, pero la llegada al país de destino, por lo que había leído, estaba prevista para una semana antes. Para asentarse, acomodarse y no hacer las cosas de prisa y corriendo. Tenía lógica. Estábamos ya a final de junio, por lo que, en caso de que me asignaran alguno de los destinos solicitados, en dos meses estaría comenzando mi aventura. Sonaba apasionante y a la vez acojonante, pero ambas sensaciones me producían placer y estaba ya totalmente decidida a seguir adelante. Ahora no tenía nada que me atara a este lugar, es más, casi había algo que me animaba a volar muy alto para poder comprender muchas cosas de mí misma que en esos momentos no alcanzaba a dar sentido.

Entre tanto ajetreo, había olvidado por completo el mensaje que había recibido esa mañana de Mario. No le había contestado, aunque tampoco era algo que me agobiara. Había aparecido en mi vida hacía cuarenta y ocho horas, pero parecía que llevaba más tiempo entre mis pensamientos. ¿O serían solo las ganas (o la necesidad, por qué no mencionarlo) que yo tenía de reservar un espacio de mi cerebro a algún lío amoroso? Sea como fuere, lo normal era devolverle aquel mensaje, pero debía pensar si aceptaba su propuesta de seguir escribiendo con él algún tipo de historia, aunque solo fuera un microrrelato. La verdad es que había estado a gusto y su personalidad me llamaba mucho la atención. Tenía algo que me enganchaba y quería seguir conociéndole. Y, oye, me había escrito, que mis amigas no daban un duro por este interés tras el calentón nocturno que, por cierto, ambos tuvimos que calmar con una ducha fría porque no llegó a más. Así que cogí mi móvil, decidida, y respondí:

Irene

¡Buenos días (o mejor, tardes)! Llevo un día intenso...
Domingo, resaca y malas noticias en mi entorno. Pero tu
mensaje me ha alegrado un poco ;-) Lo del punto y seguido...
habrá que verlo.

La respuesta no tardó en llegar.

Mario

Siento mucho leer que algo malo te rodea... Espero de verdad
que no sea nada grave. ¿Y si vamos viendo lo del punto y
seguido mañana para cenar?

Vaya, esto se ponía interesante. Pero una cena me parecía algo demasiado íntimo para dos
personas que no se conocen prácticamente de nada.

Irene

¿Te importa si cambiamos la cena por unas cervezas por la
tarde?

Mario

Sin problema. A las 7 en el Zaragozano. Descansa, bonita. Y
si necesitas hablar, aunque parezca marciano que un casi
desconocido te lo ofrezca, puedes contar conmigo.

Y en ese momento me eché la siesta, pero obviamente nuestras conversaciones no se acabaron
ahí. Seguimos hablando mucho más, por WhatsApp, hasta que nos vimos al día siguiente en un
bar y sentados frente a unas cervezas. Esas conversaciones previas me ayudaron a que en ese
momento fuera más fácil romper el hielo y todo fluyera con una inesperada y, a la vez,
maravillosa naturalidad. Las relaciones sociales no siempre habían sido mi fuerte, de hecho,
recuerdo perfectamente una época de mi vida en la que me costaba horrores conocer a gente
nueva y ser extrovertida con las personas desconocidas. Sin embargo, con él todo era diferente.
Las conversaciones, simplemente, fluían, y las buenas vibraciones parecían flotar en el ambiente.

Yo, que soy asquerosamente puntual, ya estaba en el bar donde habíamos quedado a las siete
menos cinco. Qué pringada, todo el mundo sabe que llegar antes de hora en una primera cita
oficial te hace parecer desesperada. Pero yo no lo puedo evitar, es superior a mis fuerzas. No me
permito llegar tarde a ningún sitio porque odio que a mí me hagan esperar. Me parece una falta
de educación y de respeto tremenda y había discutido con mis amigas en alguna ocasión por ese
motivo. Con todos mis respetos a las personas tardonas e impuntuales por naturaleza, tengo la
teoría de que eso es de gente egocéntrica. Gente que no valora tu tiempo, que para mí es lo más
valioso de la vida, porque es algo que jamás se recupera. Una vez leí que si quieres regalar algo
de gran valor a alguien querido, ofrécele tu tiempo, y estoy completamente de acuerdo con esa
afirmación. Cuando gestionas tu tiempo, automáticamente estás ordenando tus prioridades.
Quedas con tus padres, hermanos, mejores amigos o pareja porque son lo primero de tu lista, y
dejas de hacer otros miles de cosas que podrías estar haciendo por pasar un rato con ellos. En vez

de tomarte esa cerveza con tu prima, podrías estar en el gimnasio. En lugar de una comida en casa de tus padres, podrías estar viendo una peli en el sofá y comiendo *pizza* a domicilio. Si no estuvieras en el cine con tu marido, tal vez estarías de compras, sola o con otra persona. Pero no, estás con tu amiga bebiendo birras, con tus padres en su casa o viendo una peli con tu pareja porque ellos son tu prioridad en la vida y pasar tiempo juntos te llena más que cualquier otro plan. Por el contrario, hace cinco años que no ves a aquella compañera de clase que tan bien te caía, hace ocho meses que no quedas con tu prima o nunca has vuelto a coincidir con aquella pareja que conociste en vacaciones, porque no son una prioridad para ti. No hay falta de tiempo, hay prioridades altas y bajas. El tiempo es continuado y siempre está para quienes formamos parte del mundo, y de cada una de las personas depende gestionarlo de una manera u otra, teniendo claro que, eso sí, cada instante es único y no volverá jamás. Por eso, que me hagan esperar me parece un robo de tiempo y, en consecuencia, de pedacitos de mi vida.

Tras reflexionar sobre todo esto, me di vergüenza ajena al pensar que mi prioridad en el mundo en aquel momento fuera Mario, un chico de ¿cuántos años? Que vivía ¿en qué barrio? Que había conocido hacía tres días en una aplicación para ligar, después de un día de mierda. Vamos, un desconocido en el que la esencia de mi ser pretendía encontrar al chico perfecto que me ofreciera la seguridad y la estabilidad que parecía necesitar. Sin embargo, la prioridad no era exactamente él, sino todo lo que implicaba él, o al menos así quise excusarme. La confianza, la oportunidad de vivir una historia bonita, el coqueteo, el pasar página de una vez. Seis meses no eran muchos para haber superado un divorcio y una relación de ocho años, lo sabía. Pero a mí se me estaban haciendo eternos y necesitaba sentir que algo había evolucionado en mi vida, despegarme de mis sábanas empapadas en lloriqueos patéticos y empezar a pensar que, o me levanto yo, o nadie conseguirá hacerlo. Y no sé si era la mejor manera de ponerme en pie, pero era la que yo había encontrado: comprobar que podía quedar con alguien y pensar, simplemente, en mí. Por algo se empezaba.

Me senté en una de las mesas de la terraza y pedí una cerveza mientras me entretenía con mi móvil, por un lado, para no aburrirme sola esperando a mi cita y, por otro, para hacerme la interesante e intentar calmar los nervios que, reconozco, tenía en ese momento.

—Aquí estoy —dijo una voz realmente atractiva que me supo a sensualidad infinita.

Alcé la vista y lo vi. Tan moreno, tan sonriente, tan consciente de su poder de atracción. Iba vestido con unas bermudas vaqueras y una camiseta verde bastante informal. No sabía, porque no lo había visto nunca en invierno, si ese tono de piel tan dorado y precioso lo paseaba por el mundo solo en verano, pero era algo así como el moreno perfecto. Se había afeitado y ya no llevaba esa media barbita de anoche, parecía algo más joven que el día anterior, aunque seguía sin conocer su edad, era algo de lo que no habíamos hablado, pero yo le echaba más o menos treinta y cuatro. Y cómo olía... De pronto me pareció que seguro que pertenecía al grupo de personas (que yo tanto envidio, por cierto) que se cruzan contigo haciendo *running* en el parque e, inexplicablemente, dejan un rastro de olor a gel y colonia. ¿Cómo puede ser? ¿Solo yo me

pongo a hacer deporte y mi cara se convierte en un tomate, sudo y desprendo un olor que recuerda a cualquier cosa menos a perfume?

Me fijé en sus piernas y vi que no iba depilado. Mejor. No tengo nada en contra de los hombres que se depilan, pero me parece una manera muy absurda de complicarse la vida. Aunque cada uno puede hacer lo que le salga de ahí mismo con su cuerpo, tenemos que reconocer que, socialmente, no está muy aceptado que una mujer vaya por la vida con pelos en las piernas más largos que los de las cejas, así que, muy a mi pesar, tengo que pasarme la maquinilla regularmente. ¡Lo que daría yo por vivir en un mundo donde la gente aceptara mi ausencia de depilación sin mirarme como a un bicho raro! Así que es una cuestión de practicidad. Creo que los hombres que no se depilan son más prácticos, y ya está. Además, a mí, estéticamente, no me parece feo el vello masculino en las piernas, así que estupendo.

—Hola —le dije cuando él ya se había sentado.

—¿Cómo estás, postcumpleañera? —me saludó divertido.

—Bien, ahora, con una cervecita fría y buena compañía, mejor.

—¿Lo de la buena compañía va por mí? —preguntó haciéndose el sorprendido y mirando hacia atrás, como buscando a otra persona a la que yo pudiera referirme.

—De momento te doy el beneficio de la duda y te enmarco en el grupo de personas que podrían catalogarse como «buena compañía», porque así me lo pareció el sábado. Veremos qué pienso en un par de horas.

—¿Tanto rato piensas aguantarme? —siguió vacilando.

—Si no eres capaz de pasar la prueba de las dos horas, te borro de ese grupo automáticamente —le seguí el rollo.

—¿Qué prueba es esa? —me preguntó curioso.

—Bueno, tengo la teoría de que si dos personas que apenas se conocen son capaces de estar dos horas sin momentos incómodos y pasando un buen rato, es que, al menos, se caen bien.

—Me apetece caerte bien —me soltó tan natural.

Y ese fue el inicio de nuestra tarde, que duraría hasta bien entrada la madrugada, porque sí, pasamos la prueba de las dos horas, y de las tres, y de las cuatro... Cenamos juntos y, entre cerveza y cerveza, aquella noche de verano en Zaragoza comenzó algo que creo que ninguno de los dos esperábamos, al menos estoy segura de que yo no. Aunque no parara de montarme películas en mi cabeza. Pero seamos realistas, eso forma parte de mi vida. Sin embargo, nunca hubiera imaginado que ese primer chico con el que hablaba más de tres frases en el primer perfil que me había creado en mi vida en una aplicación de ligar fuera a convertirse en lo que Mario comenzó a ser para mí. La noche acabó, esa vez, en mi casa.

Mario se fue de mi piso tras acostarnos por primera vez, pero no inmediatamente ni con cara de pánico, algo que me gustó. Cuando terminamos nuestro rato de diversión íntima nos

duchamos juntos y, después, le ofrecí una última copa de vino que él aceptó encantado. Sería más o menos la una de la madrugada. Éramos prácticamente desconocidos, pero de verdad que la conexión que había entre ambos no la había experimentado antes ni tan pronto, ni siquiera con Alberto. Y no estoy hablando de amor, claro está. Que yo a Alberto le quise con todo mi corazón, y por este chico, de momento, solo sentía cierta simpatía y muchísima atracción. Pero es cómo nos mirábamos, cómo hablábamos, cómo no hubo ni un solo silencio incómodo en aquella tarde que había empezado en la terraza del Zaragozano tomando una cerveza. Es la facilidad que estábamos teniendo al contarnos episodios de nuestra vida que se nos venían a la mente, de manera desordenada y sin conexión aparente, pero que nosotros convertíamos en escenas completamente coherentes y cohesionadas. Es, también, esa parte atrevida que sacaba de mí. Supongo que la tenía un poco abandonada y acomodada. Ya sabes, cuando la monotonía te come, hay partes de una misma que se adormecen, pero al cambiar de contexto y de situación, resurgen como si nunca se hubieran ido. Me gustaba esa tensión de no tener claro si yo le estaba cayendo bien o mal, si le gustaba o no. Y me encantaba adivinar, conforme pasaban los minutos, que él parecía estar tan a gusto o más que yo.

Esa copa de vino inicial fueron en realidad dos, que nos bebimos a sorbitos lentamente, sin prisa, mientras seguíamos hablando de nuestras cosas. Le conté lo de mi posible experiencia profesional en el extranjero. Es curioso que fuera él la primera persona de mi entorno en conocer esa información, a pesar de que ni siquiera había presentado todavía la documentación. Me animó a vivir esa aventura y yo me sentí aliviada de tener una aprobación en ese tema, aunque viniera de alguien a quien apenas conocía.

Un par de horas después se despidió de mí y me quedé en mi casa tranquila, satisfecha y feliz. Mario, además de proporcionarme buenos momentos, diversión y, seamos sinceros, bastante placer, me ofrecía también algo que yo estaba buscando como una loca desde hacía tiempo: confianza en mí misma.

Me había enrollado con un par de chicos desde que lo dejé con Alberto, eso ya lo he comentado, y fue por puro despecho, dicho sea de paso. Ellos, desde luego, no me transmitieron nada de esto. Así que descarté la teoría de que estuviera buscando agarrarme al primero que pasara por delante. Con esos chicos no solo no hablé de prácticamente nada, sino que no me apeteció hacerlo ni necesité contarles mi vida en ningún momento. No me fastidió no saber nada de ellos ni buscaba tener ningún tipo de contacto posterior a nuestro encuentro. Si fuera tan dependiente como creía, supongo que también hubiera intentado algo así con ellos. Pero no. Era la conexión, las vibraciones que había entre Mario y yo, lo que me impedían medir el tiempo cuando estaba con él. Y esas cosas, por lo que he podido experimentar a lo largo de mi vida, no pasan muy a menudo.

Hace veintidós años

Mientras mis padres terminaban de arreglarse en la habitación, yo observaba desde el balcón el espectáculo nocturno que ya había comenzado en la terraza interna del restaurante, que compartía espacio con la piscina del hotel. Sonaba de fondo la *Macarena* y muchos niños, más o menos de mi edad, y también un gran número de adultos, bailaban la coreografía repitiendo escrupulosamente los pasos oportunos y con bastante alegría en sus cuerpos, en la misma proporción, por cierto, que su descoordinación. A mí me encantaba aquel ambiente veraniego y ocioso que se respiraba en ese típico establecimiento malagueño donde habíamos acudido aquel año a pasar nuestras vacaciones, pero, al mismo tiempo, ya se me había puesto un nudo en el estómago. No era la primera vez que me ocurría, el año anterior también lo había sufrido. Mis padres se empeñaban en que hiciera amigos a toda costa y yo no era lo que se dice una niña extrovertida. De hecho, no sé qué se pensaban, con diez años ya no puedes ir haciendo migas con cualquiera, estaba claro que me infravaloraban. Eso quedó atrás hacía por lo menos dos o tres años. ¿Acaso les exigía yo que se pusieran a hablar con todos los matrimonios de su alrededor en la cena? ¿O que entablaran amistad con las parejas que se sentaban cerca de nosotros en la playa? Sin embargo, parecía que yo sí tenía la obligación de ser esa niña alegre, desvergonzada y simpática con todos esos niños desconocidos a quienes ya estaba analizando desde la terraza de mi habitación. Veía, así a primera vista, un par de hermanas algo estiradas a las que no parecía hacerles mucha gracia esa canción, porque apenas se movían. Otro niño que aparentaba tener al menos tres años menos que yo, menudo renacuajo, a ese ni «hola». No quería que la gente se pensara que me juntaba con los pequeños. Vi otra chica, a la que di por francesa, algo tímida y solitaria, y me inspiró confianza. Desde luego, no me fiaba nada de las niñas que, sin apenas conocerte, iban de mejores amigas y te ofrecían intercambiar pulseras el mismo día que se habían aprendido tu nombre. Sin embargo, a pesar de haber tenido la suerte de mirar por ese agujerito, de lejos, el panorama, el nudo en el estómago seguía ahí y me daba muchísima pereza bajar al espectáculo y que mis padres esperaran de mí que tuviera mis capacidades sociales tan desarrolladas como para hacer amistades a la primera, sin ningún tipo de reparos. Para mí no era tan fácil, pero entre que no quería decepcionarles y que yo también deseaba pasármelo bien, estaba decidida a hacer el esfuerzo. Así que bajamos los tres cuando la canción de fondo había cambiado a la *Mayonesa*, que también tenía su coreografía correspondiente. Y, en el trayecto, me fui repitiendo internamente que sería simpática, agradable y dejaría a un lado mi vergüenza social. Pero al llegar allí, con mis padres ya sentados en una mesa con una copa en la mano cada

uno, mientras me animaban insistentemente a acercarme al «Miniclub» donde estaban todos los niños reunidos, me puse roja como un tomate y me negué en rotundo a socializar con nadie. Es que no quería pasar por ese trago, ¿acaso nadie me entendía? Con seis años, bueno, pero ¿con diez? ¿Alguien entendía que yo era ya toda una preadolescente, que empezaba a fijarme en los niños de doce, y que todo me parecía vergonzante y ridículo? Así que no, esas vacaciones tampoco pasé de unas cuantas miradas con alguna niña que seguro que se encontraba en mi misma situación, pero como no hay mal que por bien no venga, al menos sí pude empezar a ser consciente de cuál era mi carácter y asumí en seguida que la habilidad social no era mi punto fuerte. Ojalá Eli estuviera allí, con ella sí que me lo estaría pasando genial y haríamos amigos más fácilmente.

Mi introversión siguió siendo uno de mis rasgos principales durante toda mi adolescencia, y cuando mis amigas y yo conocíamos a gente nueva, mi carta de presentación era el silencio, al que a veces se sumaba alguna sonrisa tímida y ciertas rojeces en el rostro. Sin embargo, cosas de la vida, cuando pasé a Bachillerato y tuve que separarme de mis amigas porque ellas habían elegido otros caminos diferentes al mío, me transformé. Me vi el primer día de clase suelta y resuelta, habladora, agradable y congeniando con la gente. Así conocí a Iris, con la que supe desde el primer momento que viviríamos muchas cosas juntas, y lo nuestro dura hasta día de hoy. Irene fue una niña vergonzosa y nada extrovertida, pero una parte de su evolución como persona fue vencer esa fobia social y convertirse, conforme fue madurando, en alguien mucho más natural y echada para delante. Tanto que ahora estaba a punto de embarcarme en una aventura que tampoco imaginé que me atrevería a vivir.

Dosis de realidad

Los siguientes días transcurrieron con cierta normalidad, aunque, si soy sincera, el concepto de normalidad en mi vida estaba cambiando sin apenas darme cuenta. Mis jornadas comenzaron a ser de un color más bonito y el pecho no dolía tanto. Dejé de lucir ojeras permanentes y mi mirada ya no era un sinónimo de fracaso y decepción. Me ilusionaba algo, y eso hacía tiempo que no lo sentía. Y no me refiero a Mario, que también. Pero eso pasó de una manera tan natural que ni logré percibirlo, simplemente, lo empecé a vivir. Hablo de las ganas que tenía de emprender mi nuevo proyecto, de esos papeles que había presentado en el Servicio Provincial de Educación de Zaragoza para empezar de cero en un lugar del que me había enamorado años atrás. Así que cuando llegó el momento de abrir el documento que anunciaba el resultado de aquella convocatoria, estaba nerviosa. Todavía no se lo había contado a nadie más, así que solo podía hablar de este tema con Mario, aunque tampoco quería cansarle con mis historias. Además, nos sentíamos bastante a gusto juntos y, aunque estaba claro que éramos solo amigos «especiales» y no había ningún compromiso entre nosotros, aquella inminente aventura que me había propuesto vivir no dejaba de suponer una fecha de caducidad a lo nuestro, si es que me aceptaban en algún sitio y si es que existía realmente algún «nuestro».

Por otro lado, a lo que había entre Mario y yo no quería ponerle nombre, simplemente disfrutaba de aquella sensación y lo haría hasta que durara. Soy completamente sincera si digo que no buscaba algo así el día en el que, de manera impulsiva y sometida por un aburrimiento gigante, descargué aquella aplicación y completé mi perfil en ella. Y en lo que también digo la verdad es en que mis prejuicios ante la gente que podría encontrar ahí dentro eran muy elevados y nada positivos. Entré en esa app por una mezcla entre curiosidad y resignación, mezcla que también he de reconocer que incluía una pizca de ilusión. Pero es que hablar, lo que se dice hablar, era el primer y único chico con el que llegué a hacerlo. Dos semanas después de esto, habíamos tenido cientos de conversaciones, algunas banales, algunas muy profundas. Nos habíamos contado aspectos de nuestra vida y habíamos hablado de nuestros seres cercanos. Habíamos reído y disfrutado, en todos los sentidos. Mario estaba siendo una inyección de energía para mí, que me daba vitalidad y alegría casi permanentemente, y me aterraba pensar nada más allá, me cerraba la puerta a mí misma. Así que leí ese documento con él a mi lado con muchas ganas, aunque también con mucho miedo.

Vi escrito mi nombre, pero quise comprobar varias veces que la columna dentro de la que aparecía era la que yo estaba leyendo. Que lo estaba viendo bien. Sí, me habían aceptado como

profesora de español en Reikiavik (Islandia). Di un grito de primeras y después me quedé muda mirando a la pantalla, con las manos sobre la boca y sin saber muy bien cómo reaccionar. Mario me abrazó con mucha fuerza y me dio un beso muy tierno. Se alegraba de verdad, y yo no sabía si prefería que su reacción fuera de alegría o atisbar, en algún resquicio de su ser, algo de tristeza entremezclada. Pero no, no la vi por ninguna parte. Estaba sinceramente contento por aquella resolución. Y después de unos minutos y de asimilarlo, salió el tema inevitablemente.

—Irene, ¿tú querrás que yo te vaya a ver a Islandia o prefieres pasar esos meses a tu aire?

La pregunta me pilló descolocada, aunque en mi interior sabía que ese tipo de conversación podría salir en cualquier momento y él tenía todo el derecho del mundo a preguntar. Sin embargo, es que yo no tenía la respuesta, no podía decirle mucho más. O eso pensaba, porque lo que me encontré después en sus palabras sí que me dejó como si me hubieran clavado mil puñales a la vez.

—No lo sé, Mario. La verdad es que no lo he pensado, pero bueno, podemos seguir así e ir viendo cómo enfocamos el asunto, ¿no?

—Sí, claro, aunque bueno, la verdad es que me gustaría que pusiéramos las cartas sobre la mesa. Hablar sobre lo que buscamos en este momento de nuestra vida. No me refiero a profundizar en lo que sentimos el uno por el otro, no me entiendas mal. Es pronto para saberlo con certeza. Pero yo sí que tengo claro lo que quiero y lo que no quiero en mi vida ahora mismo.

Su afirmación introducía lo que sería un estallido en mil pedazos de las ilusiones que, inconscientemente, se había montado en su cabeza la Irene de las películas preciosas.

—Vale... Veo que tú sabes de lo que hablas. Empieza tú entonces —le pedí.

—Bueno, Ire, eres genial y nunca pensé que iba a encontrar a alguien como tú en una aplicación como aquella: divertida, sensata, válida, inteligente, cariñosa... No es muy normal conectar así, ¿sabes? Pero debes saber que yo no quiero ningún tipo de atadura ahora mismo. No hemos hablado mucho de esto, pero he tenido dos relaciones complicadas antes y siempre ha salido mal. La monotonía, las rutinas, las obligaciones, la convivencia... matan la relación. ¿Y por qué pasar por todas esas cosas si son el augurio de un fracaso asegurado? Es mejor deshacernos de todas las cuerdas y tener la libertad de tomar cualquier decisión en cualquier momento, sin que nada nos condicione ni nos presione. Y en una relación tradicional, eso se pierde, se acaban poniendo normas estúpidas que solo sirven para mermar todo lo bueno.

Mi cara debía de ser un cuadro, porque, tras unos segundos de silencio, añadió.

—No sé si me estoy explicando bien, sé que puede resultar complejo de entender.

—Ehhh... —No sabía muy bien qué responder—. ¿Quieres decir que somos amigos y que podemos estar con otras personas y que no espere de ti que esto vaya a más?

—Bueno, no exactamente eso. Lo de abrir la relación a otras personas podemos hablarlo si quieres, pero no es una condición. Y sí puede ir a más, pero de una manera libre.

—Entonces no te sigo.

Yo no podía estar más descolocada. Por un lado, yo misma me había repetido mil veces en mi

cabeza que si eso no funcionaba, no me hundiría de nuevo. Que debía tomármelo como un empujón, un soplo de aire fresco, una señal del destino de que mi vida me podía deparar cosas preciosas e inesperadas, como esta. Que mi camino iba a estar lleno de casualidades maravillosas como aquel encuentro con Mario en las escaleras de ese garito la noche de mi cumpleaños. Pero que si estas cesaban o dejaban de generarme felicidad, vendrían otras. Era la prueba de que el tiempo lo va colocando todo en su sitio, de que la vida no se acaba hasta que no te mueres, por mucho que a veces puedas pensar que estás muerto en vida, y de que cuando se cierra una puerta hay cientos de ventanas que se abren, entreabren o, simplemente, están ahí, para que puedas mirar a través de ellas. Pero, al mismo tiempo, sentía que eso que me estaba diciendo dolía. Hubiera preferido, la verdad, que poco a poco se enamorara de mí, que me dijera que no podía evitar sentir eso y que todo fuera más fácil. Una película más de las mías. O, al menos, tener yo la llave para que esta historia pudiera abrirse o cerrarse cuando yo quisiera. Eso era tremendamente egoísta, lo sé. Pero me apetecía serlo e incluso sentía que tenía derecho a ello. Sin embargo, lo que Mario me estaba comentando en ese momento no parecía que fuera a llevar a lo que había en mi cabeza.

—Ire, abre un poco tu mente —me sugirió dulcemente—. Solo estoy diciendo que no quiero atarme, por ejemplo, a cumpleaños familiares de por vida. Que no quiero encadenarme a una hipoteca durante décadas, y menos de manera compartida, con nadie. Que quiero quedarme con los momentos en los que los dos reímos y disfrutamos, sin presiones de ningún tipo. Ya está.

—Mario, te conozco desde hace dos semanas. ¿Crees que te voy a pedir de verdad que vengas al cumpleaños de mi abuela? No entiendo por qué me dices estas cosas.

Me estaba enfadando un poco. Sus palabras me hacían sentir que, de algún modo, le había exigido algún tipo de compromiso, y no había sido así en absoluto. De hecho, no lo quería en esos momentos.

—No, claro que no. Pero eso es ahora, Irene. Ahora no y en unas semanas, tampoco. Pero si esto sigue hacia delante, en unos meses querrás que conozca a tus amigos, después será indispensable que yo acuda al cumpleaños de tu mejor amiga, me apetezca o no, me caiga bien o no. Más tarde, querrás que tus padres conozcan al chico con el que compartes mucho tiempo de tu vida y celebraréis ese cumpleaños de tu abuela, ¿cómo voy a faltar? Y entonces la Navidad se dividirá en comidas y cenas festivas a partes iguales entre tu familia y la mía. Y de ahí, en adelante. Solo quiero dejar claro desde el principio que no quiero volver a eso. Lo he vivido dos veces y no funcionó. Todos esos compromisos, todos esos «deberías...» solo por el hecho de ser tu pareja, todo aquello nos mató. O me agobió a mí y yo asesiné lo nuestro, no lo sé. Eres genial y me encantas, no pensaba que podría conocer ahora a alguien así. Por eso solo quiero proteger lo que somos. Que nada malo pueda colarse a soplar en nuestra llama para apagarla.

Me quedé pensativa. «Proteger lo que somos.» No sabía bien qué decir. Si yo empezaba a conocer a alguien y la cosa iba hacia delante, quizás sí llegaría a pedirle esas cosas de las que me hablaba. Pero aquello era lo normal, ¿no? Lo que hace todo el mundo. Te implicas con la persona

de la que te enamoras, y entras a formar parte de su vida, de su círculo de amigos, de su familia, de las cosas que la rodean. En la vida no se puede andar siempre sobre la cumbre de la montaña, no se puede estar siempre en lo más alto, en las cosas más felices. Porque para llegar hasta allí has tenido que subir cuevas y bajar barrancos, a veces desde lo más bajo del valle y a veces desde mitad del camino. La vida no empieza en una punta de la cumbre y acaba en ese mismo nivel. La vida implica subir y bajar colinas, un camino en el que lo bueno y lo malo se entrelaza, aunque haya etapas en las que predomine alguno de los dos extremos. No podía pedirme solo lo bueno de una relación. No era justo, eso era imposible, nadie lo tiene. Pero al mismo tiempo, estaba diciéndome que estaba a gusto conmigo. No me estaba dando la patada o avisando de que quería terminar esto que habíamos empezado. Y me sentía muy contrariada, aunque las sensaciones predominantes eran el enfado y la decepción. Pero claro, no podía ser todo tan bonito como lo ha sido en estas últimas dos semanas, Irene. Sabía que en algún momento vendría el bajón, algo que me hiciese volver a la tierra, porque la verdad es que los últimos días había estado viviendo más bien en la luna. Esto fue, sin duda, un golpe de realidad.

Así que me quedé unos minutos pensativa mirando por mi ventana y viendo los árboles moverse, los pájaros pasar, la gente paseando y las terrazas de los bares llenas mientras me daba tiempo a reaccionar de una forma coherente para no arrepentirme después. Se estaba adelantando demasiado a los acontecimientos y me parecía algo muy extraño pensar ahora en cumpleaños de amigos o de abuelos o comuniones de sobrinos. Mario acababa de hacerme ver su enorme coraza de la que hasta ahora, por cierto, no era para nada consciente.

—Mario, me estás agobiando ahora mismo tú más a mí, pensando en esas cosas, de lo que yo podré hacerlo contigo en un futuro, en el caso de que esto, que ni siquiera hemos apenas empezado, vaya a algún sitio. Como dices, no pienses en eso, ni pensemos en nada. Disfrutemos el verano y ya veremos qué pasa. En agosto me voy a Islandia para quedarme allí seis meses, hay muchas cosas entre medias antes de llegar a todas las situaciones que tú has imaginado. Vayamos paso a paso y comprobemos si vamos superando cada nivel o, por el contrario, nos estancamos en uno y tan amigos —le dije.

Y parece que mi respuesta le gustó y le convenció, porque su gesto fue agradable, me agarró y me dio un beso apasionado mostrando su aprobación. No pronuncié esas palabras para agradecerle, ni mucho menos. Lo hice porque realmente lo sentía y de verdad quería ir paso a paso, sin presiones de ningún tipo, ni hacia un lado ni hacia otro. Él no quería que yo le insinuara ciertos compromisos, pero yo también estaba en mi derecho de no estar dispuesta a escuchar descompromisos, así que, conociéndonos desde hacía solo dos semanas, lo más coherente era seguir sabiendo más el uno del otro y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Sin embargo, aquella mañana se generó una duda dentro de mi mente insegura que provocó muchos, muchísimos quebraderos de cabeza e hizo que me planteara a partir de ese momento, y en más de una ocasión, si merecía la pena seguir viendo a Mario.

No sé qué fue más difícil, si digerir lo que había hablado con Mario aquel día o presentarme en casa de mis padres esa tarde para contarles que en menos de dos meses me iba medio año a Islandia a trabajar. Vale, exagero. Obviamente, lo de Mario me costó más, pero es que la reacción de mis padres superó mis expectativas. Quedé con ellos una tarde en una terraza cerca de su casa donde a veces tomábamos algo cuando hacía buen tiempo. Y, al llegar, les avisé de que tenía algo que contarles. Yo creo que pensaron en que estaría más relacionado con un nuevo novio, porque la cara que pusieron fue como de esperanza, con media sonrisa y expectación, durante los segundos previos a mi anuncio.

Mis padres me habían apoyado por completo en mi divorcio y entienden perfectamente que estas cosas pasan, y más en los tiempos que corren. Como dice mi padre, hoy en día nadie está dispuesto a aguantar los fallos del otro. Nos hemos vuelto una sociedad muy individualizada y egoísta, y cada uno piensa en su propio interés. Y quizás tenga algo de razón, la verdad. Conozco parejas en las que, a la mínima, lo tiran todo por la borda. Sin embargo, el grado de aguante de las décadas anteriores a la nuestra tampoco me parece lo más sano. No hay que tirar hacia delante si te has dado cuenta de que la persona con la que te casaste no es como pensabas. ¿Cuántas mujeres han soportado, oprimidas o humilladas, a un señor que manejaba su vida, solo por el hecho de haber firmado un papel? ¿Cuántos hombres han mantenido su matrimonio, desamorados de su mujer, mientras tenían una relación paralela con otra? Bueno, sí, eso también pasa en la actualidad, pero la libertad a la hora de poder deshacer un matrimonio, en mi opinión, ha dado más felicidad y más alas al ser humano. Casarse es un acto de responsabilidad muy importante en tu vida, pero es rectificable. Pueden ocurrir mil cosas que hagan que una parte de la pareja, o ambos, determinen que hasta aquí han llegado. Así que a mí lo de la elevada cifra de divorcios no me escandaliza ahora (cómo va a hacerlo, si soy una de las que suben la media), pero tampoco me escandalizaba antes. El ser humano es así, actúa y se equivoca, y debemos ofrecer la oportunidad de que un cambio de opinión, siempre que sea pacífico y consensuado, no suponga ningún problema en absoluto entre dos personas.

Sin embargo, y a pesar de apoyarme en todo, yo sabía que en su cabeza estaba aquello de: qué será ahora de la niña, con treinta y dos años y divorciada. Ellos sí lo veían de otra manera, sí tenían un cierto estigma con respecto a las personas divorciadas, pero no les culpo, pertenecen a otra generación y es la cultura en la que han crecido. Creían que necesitaba a alguien a mi lado para prosperar y avanzar, y pensaban que era una pobrecita a la que había que ayudar porque, en cierto modo, sí veían mi divorcio como un fracaso. Reconozco que todos esos sentimientos habían pasado por mi mente en algún momento durante el último medio año, pero no porque creyera a pies juntillas en ello, sino porque me rompieron el corazón, y eso te hace pensar con poca claridad. Solo ves lo malo de la situación: lo mal que te sientes, lo sola que te has quedado, lo vacía que te encuentras por dentro, la sensación de inferioridad con respecto a la nueva novia de mi exmarido, la rabia, el odio, la pena, la tristeza. Y todo ello te sumerge en un pozo del que,

poco a poco, se sale. Pero ellos no lo pensaban por nada sentimental o por alguna circunstancia que les nublara la vista, ellos lo pensaban porque son sus valores. No iban a cambiar de opinión por mucho que a mí me doliera menos mi separación.

Era algo que me fastidiaba bastante, tenía la sensación como de que me infravaloraban. Sentía que me veían más completa con Alberto a mi lado, que yo, por mí misma, no era suficiente. Tengo una carrera y un máster, un trabajo bien posicionado, un piso del que me hago cargo con mi sueldo, unas amigas, una buena relación con mi familia y una serie de principios, creo, bastante honorables. Pero si estoy divorciada, pierdo valor, pobre de mí, qué haré yo sola, necesito un novio/marido/pareja. Me estaba empezando a cansar todo aquello, así que, en parte, quería demostrarles también con mi decisión de irme a Islandia que puedo forjarme una nueva vida, desde cero, apasionante y ambiciosa, sin necesidad de ningún marido en ella.

—Bueno, os veo esas caras y he de decir que no sé si os vais a alegrar o no, pero os anticipo que es una decisión muy meditada y que a mí me hace mucha ilusión. Espero que me apoyéis.

—Hija, no te irás a inseminar con esas máquinas para quedarte embarazada, ¿no? —preguntó mi madre mientras el gesto de la cara le iba cambiando hacia la preocupación.

—No, mamá, que si lo hiciera sería cosa mía, pero no es eso. Me voy a trabajar y a vivir a Islandia durante seis meses —solté de golpe.

Se quedaron mudos unos segundos, se miraron, me miraron y mi madre empezó a llorar. Lo sabía, es que podía imaginar que se lo tomaría así. Pero ¿cuál es el drama? No entendía que a estas alturas de mi vida siguiéramos así, qué horror.

—Mamá, ¿por qué lloras? Es bueno para mí. Practicaré mi inglés y viviré una experiencia inolvidable. Y son solo unos meses, luego volveré y todo será como ahora.

—Pero, hija, ¿tan lejos? ¿No te podías haber apuntado a una academia de inglés y ya está? Que allí hace mucho frío, y yo es que pensaba que no vivía ni gente en ese país.

—Mamá, por favor, claro que vive gente. No mucha, por cierto, he leído que hay más ovejas que personas en la isla. Pero hay muchos pueblos y ciudades, es un lugar muy hospitalario para vivir, son muy amables. Ya estuve con Alberto hace unos años, ¿os acordáis? Nos fuimos allí de vacaciones. Han salido unas plazas de profesora de español y me han cogido.

—Ya nos podrías haber consultado antes de pedir las, hija. Que esto es muy importante —dijo mi padre.

—Papá, no os consulté porque mirad vuestra reacción. Ni una sonrisa, ni un abrazo, ni una pizca de alegría en vuestro rostro. Os he adelantado que es algo que me hace mucha ilusión, pero añadido que, además, lo necesito. Quiero desaparecer un tiempo, he vivido momentos muy complicados en los últimos meses, como bien sabéis. Quiero tomar aire puro, respirar, pensar y acostumbrarme a mi nueva situación. Y no, no es solo por aprender inglés, no me sirve una academia. Es una experiencia vital que necesito vivir, y necesito que sea ahora. Esperaba otra cosa de vosotros, esperaba, al menos, vuestro apoyo —contesté ahora con cierto enfado en mi actitud.

—Ire, cariño, que nuestro apoyo lo tienes siempre, eso ni lo dudes. Pero es solo que no lo esperábamos. No queremos que estés allí sola y vete a saber cómo, en qué condiciones. Con el frío que hace..., te vas a congelar allí.

—Mamá, viviré en una casa, igual que aquí, no me voy debajo de ningún puente. Me voy con un trabajo, bastante bien pagado, por cierto. Y para el frío existen mecanismos desde hace muchos años como la calefacción, los abrigos, en fin, esas cosas.

—Que sí, hija, que lo asumiremos, y si es lo que a ti te hace feliz, nosotros no vamos a ser un impedimento —quiso dejar claro mi padre.

—¿Por mi aventura en el país del hielo? —propuse un brindis y ellos me siguieron.

—Por ti, por tu valentía. —Y eso me emocionó. Si habían entendido que tomar esta decisión era de valientes, es que no eran tan cerrados de mente como yo pensaba, así que después de unos minutos tensos y un poco desagradables, me dieron finalmente una lección ellos a mí.

Les echaría de menos. A veces me quejaba de sus manías y su control, pero sabía que no existía nada ni nadie en este mundo que quisieran más que a mí. Unos padres son unos padres, y yo les agradecía de corazón cómo eran y los valores que habían conseguido inculcarme desde niña. Por ellos. Y me bebí lo que me quedaba de cerveza de un sorbo sintiendo que me había quitado un gran peso de encima.

El comienzo del verano

Después del picoteo y las cervezas con mis padres, me di por satisfecha con la cena. Le había dicho a Mario que mejor nos veríamos al día siguiente, ya que no sabía a qué hora acabaría el encuentro con mis padres ni cómo se iban a tomar la noticia. Tampoco es que tuviera previsto un desastre para la ocasión, pero un poco de drama sí que había imaginado. Una dosis más alta de amargura por su parte me hubiera llevado un rato más de consuelo y explicaciones más precisas, pero aunque la cosa prometía ser muy negra, al final no fue para tanto y finalmente se quedaron convencidos y algo resignados con la situación. Al fin y al cabo yo era ya mayorcita y dueña de mis decisiones. Así que la velada no se alargó mucho, pero, de cualquier forma, me apetecía disfrutar un rato de mi soledad, tranquilamente y en mi casa. Tenía muchas cosas en la cabeza, en las últimas tres semanas todo había ido muy rápido. Desde luego, se podía decir que mi nueva edad comenzaba fuerte.

Hay que ver cómo son las cosas: hacía menos de un mes estaba angustiada y preocupada por mi sentimiento de soledad a pesar de toda la gente que me rodeaba, y en ese momento, cuando había ampliado aún más ese círculo al haber abierto las puertas de mi vida a una persona nueva, me ponía melancólica y disfrutaba de un rato a solas conmigo misma un viernes por la noche. Pero así es. Y esto ocurre cuando pasas a la fase de lo que llaman «aprender a estar sola». Sí, es cierto y es necesario. Después de una relación larga con una pareja, en la que además se ha convivido en la misma casa durante un buen tiempo, la sensación de soledad es tan grande tras la ruptura que haces lo que sea para pisar tu hogar lo menos posible. Quedas con gente todo el rato, con personas que hace tiempo que no ves, con un grupo detrás de otro, haces planes y más planes, a pesar de estar cansada, porque cualquier cosa es mejor a que te coman las paredes de tu piso. Recuerdo la semana que Alberto se fue de casa, era una sensación claustrofóbica. No me apetecía salir, ni quedar con nadie, ni tomar nada, ni comer en casa de mis padres, ni nada de nada. Pero mi casa solo me proporcionaba más dolor y me retenía en el fondo del pozo de una manera asfixiante. Luego, empecé a darme cuenta de que fuera de mi hogar los recuerdos se esfumaban o no eran tan intensos, y que las distracciones me ayudaban a no pensar demasiado. Hacía planes y encadenaba comidas, café, cervezas vespertinas y cenas e incluso, a veces, copas y bailes. Me percaté de la situación y me reconocí a mí misma que solo estaba huyendo del problema y que esa no era la solución. Hablaba con gente y me repetían esa asquerosa frase de aprender a estar sola. Me daban consejos que implicaban cosas como disfrutar del silencio, de los ratos con una misma. «Y una mierda, que aprendan ellos», pensaba. Yo solo me cabreaba más y

más porque era obvio que nadie me entendía: no quería ni podía estar sola en aquellos momentos. Pero todo lleva su proceso y hay veces que necesitas un pequeño aliciente, un cierto empujón para encaminarte por el sendero correcto. Y Mario me había hecho mucho bien en este sentido.

Así que ahí estaba yo, contenta y relajada, caminando en paz hacia mi casa aquella noche veraniega del 23 de junio, cuando sonó mi móvil. Era él.

—¡Hola! —le saludé con alegría

—Vaya, te noto la voz contenta. ¿Les ha caído bien la noticia? —me preguntó Mario.

—Bueno, no a la primera, pero sí al explicarles un poco cómo me siento. No ha sido tan difícil.

—Genial, me alegro mucho. Entonces vamos a celebrarlo. ¿Ya estás libre?

—Ehhh, sí, pero pensaba que habíamos quedado mañana... Estaba yéndome a casa y...

—Bueno, si tienes otro plan te dejo en paz, pero he pensado que quizás te apetecería venirte de verbenas de San Juan y celebrar nuestra primera noche más corta del año —me propuso sugerente.

—Te espero en mi casa en media hora, liante. —Y le colgué con una sonrisa muy tonta y delatadora en mi cara.

Nuestra primera noche más corta del año. ¿Lo diría porque quería que hubiera alguna más en un futuro? Seguramente le habría salido sin pensar, tampoco había que darle tantas vueltas, pero fue un detalle espontáneo que, la verdad, me gustó. Y yo, que no tenía ningún plan en concreto y que me había hecho una ilusión enorme que pensara en mí aquella noche incluso a pesar de no haber quedado, le dije que sí. Lo único que tenía en mente hacer al llegar a casa era ponerme Netflix, seguir con una serie que me tenía enganchada y comenzar con algunos de los preparativos para mi mudanza a Islandia. Pero eso aún podía esperar y la propuesta era mucho más apetecible que mis quehaceres. Además, nunca en mi vida había ido a ninguna verbenas de San Juan. ¿En qué estaría pensando Mario? Parecía que tenía el plan bastante claro en su mente. Desde luego, menos mal que acepté la propuesta, porque fue una noche inolvidable y mágica.

Mientras me arreglaba y esperaba a Mario en mi casa, no pude evitar que mi mente recordara las palabras que me había dicho hacía unos días. Lo de no querer obligaciones y querer mantener todo lo bueno que había entre los dos. La verdad es que esa conversación me había generado muchas dudas, tanto hacia él como hacia lo nuestro. ¿Pero qué nuestro? ¿Dónde se ha visto que una relación funcione solo con la parte buena de lo que conlleva tener pareja? Siempre hay ciertas cosas que te condicionan, ciertas obligaciones que se sobreentienden al estar con alguien. ¿O en realidad no, y eso es lo que nos hacían creer las normas sociales? ¿No podía alguien tener un novio y, simplemente, no querer ir un año a la fiesta de cumpleaños de su suegro porque tiene un plan mejor, aunque suponga hacer lo políticamente incorrecto? ¿No era posible tener ganas

siempre de hacer locuras, planes inesperados y que la chispa fuera eternamente el motor de la relación? Honestamente, no lo creo. Al principio sí, claro, pero después es injusto pensar así. Es lógico suponer que adquieres una serie de compromisos, con flexibilidad y excepciones, pero compromisos al fin y al cabo, con la vida que rodea a tu pareja. Y que aceptas que no todos los días van a ser buenos, asumiendo que habrá malos momentos, pero que todo ello, puesto en una balanza, compensará siempre en positivo.

Sin embargo, no me había parecido entender que su postura fuera la misma. ¿Sería simplemente una estrategia para ver qué tipo de novia sería si llegara el caso? Igual quería medir mi grado de posesión o algo así. Además, por lo que había dicho, había llegado a esos puntos con sus ex, por lo que conocía el proceso y lo había vivido ya en primera persona. Llega un momento en toda relación en que, si no asumes todo eso, no avanzas. Te quedas en una pareja informal, y nadie quiere formar una familia o compartir la vida eternamente con una pareja informal. Todos, al final, buscamos una cierta seguridad y estabilidad, porque eso nos da confianza y nos hace felices. Matizo, porque seguro que hay excepciones, pero creo que son eso, excepciones que, por cierto, quizás se toman la vida de una manera más acertada que el conjunto de la sociedad.

De cualquier modo, lo cierto es que tras sus palabras nada había cambiado entre nosotros. Nos seguíamos viendo, seguíamos haciendo planes y proponiendo cosas que hacer a corto plazo. En definitiva, seguíamos contando el uno con el otro, nos estábamos conociendo y parecía que nos estaba gustando lo que íbamos encontrando. Así que, Irene, no le des más vueltas. No me podía olvidar de que en menos de dos meses me iba a Islandia y que probablemente, a partir de ese momento, tendríamos que aceptar que cada uno siguiera con su vida, dejáramos o no la puerta abierta a un acercamiento futuro. No podríamos pedirnos, solo tres meses después de conocernos, un compromiso ni una espera por ninguna de las dos partes, no sería justo. Y yo quería hacer ese viaje tranquila y darme la oportunidad de encontrar lo que buscaba: a mí misma.

Así que, cuando sonó el timbre, yo ya había preparado dos copas de un Enate Merlot-Merlot para brindar por la reacción aceptable de mis padres y por la sorpresa que me había dado preparando un plan para la noche de San Juan. Nos la bebimos rápido, se nos notaban las ganas de querer comernos todo: el uno al otro y también la noche. Empezamos por lo primero y, después, me contó su propuesta. Sus padres son de un pueblo que se encontraba a unos ochenta kilómetros de Zaragoza, donde tenían una casa familiar (vacía en estos momentos, ya que sus padres viven en la capital) en la que él solía pasar los veranos de pequeño y había formado un grupo de amigos de toda la vida. Allí festejaban a la vieja usanza la noche más corta del año: desfile, hogueras, verbenas, baile y todo tipo de actividades propias de un pueblo en fiestas. La idea me hubiera gustado más si se tratara de un lugar nuevo y desconocido para ambos, la verdad. No me había planteado conocer a ningún amigo suyo y me daba un poco de vértigo hacerlo, pero, por otro lado, aquello tampoco me comprometía a nada y simplemente me comportaría como una nueva amiga que está pasando con él una noche divertida. Mi enfoque le

gustó y creo que se sintió aliviado de no verme asustada, porque la parte temerosa de ese plan la disimulé bastante bien. Así que en seguida cogimos el coche y pusimos rumbo a su pueblo.

La noche fue preciosa y de lo más divertida. Aunque me presentó a bastante gente, la verdad es que Mario se centró en mí y estuvimos mucho rato a nuestra bola. No eran las fiestas mayores de la localidad, por lo que tampoco acudieron al festejo todos sus amigos. Eso restaba un buen número a las personas de su pandilla presentes en el lugar, lo cual me facilitó bastante la tarea. Un par de amigos suyos me parecieron muy majos y se notó desde el principio que quisieron integrarme y hacerme sentir cómoda, algo que yo acepté de buen grado y conseguí pasar unas horas de lo más a gusto.

Yo, que era más de ciudad que los rascacielos, nunca había experimentado el ambiente de las fiestas de pueblo. Bueno, alguna vez, de más joven, había ido con mis amigas, incluso con Alberto, a las fiestas de ciudades más pequeñas, como Teruel, o a las del pueblo de un amigo. Y mis padres tienen una segunda residencia en un pequeño pueblito del Pirineo, pero la compraron cuando yo era adolescente y no tengo recuerdos aferrados de toda la vida a ese lugar. Sin embargo, aquella noche lo viví de una manera más intensa y especial. Cuando encendieron las hogueras algo antes de que dieran las doce de la noche, me sentía ya totalmente integrada en ese contexto. Habíamos pedido algunas cervezas en la barra provisional que habían montado en el centro neurálgico de la localidad, y ya sentía cierta cercanía con los dos amigos de Mario y la novia de uno de ellos, a pesar de que les conocía solo desde hacía una hora. Últimamente tenía la gran facilidad de conectar pronto con los demás, no sé por qué.

Ese momento, con la plaza abarrotada de gente, el buen rollo en el ambiente y la alegría que sentía al pensar que Mario había querido llevarme allí, con un pedacito de los suyos, me hizo sentir muy muy bien. Algo que, por cierto, no cuadraba nada con su discurso de no atarnos a no sé qué normas, aquello que me había dicho mi amiguito especial hacía solo unos días. ¿O sí cuadraba? Igual es verdad que era un poco cerrada de mente, o simplemente le entendí mal. El caso es que allí estábamos, disfrutando de una divertida noche e inaugurando el verano.

—Irene, eres fuego —me susurró de repente un Mario más profundo del que yo había conocido hasta el momento.

—¿Perdona? —le pregunté incrédula. Aquella declaración me sonó perfectamente sexi y locamente surrealista al mismo tiempo. Si me hubieran pedido que me definiera con alguna palabra, jamás habría elegido «fuego».

—Que eres fuego, como el que hay en esas hogueras. Que eres capaz de arrasar con todo, que tienes fuerza, que me das el calor que necesito, justo el que necesito, ni más, ni menos.

Y yo, todavía boquiabierta y asombrada, solo pude besarle. Cuando lo mío con Alberto se acabó, pensé que jamás podría sentir confianza, cariño, amor, admiración y atracción por un chico al mismo tiempo. Pero qué cosas, Mario me había despertado todas aquellas sensaciones en menos de un mes. Igual se me estaba yendo la cabeza, no lo niego. Igual me estaba pasando como a los concursantes de *Gran Hermano*, que magnifican los sentimientos dentro de la casa en

la que conviven. Quizás mi mente estaba procesando todo más deprisa de lo que debiera, pero entonces lo meditaba y caía en la cuenta de que, en tal caso, la de Mario también debía estar haciéndolo, porque nos veía en el mismo nivel de gilipollez hormonal y sentimental.

Confieso que, una de las veces que Mario fue a rellenar nuestro vaso de cerveza, vi cómo saludaba a una chica, por cierto, monísima. Era todo lo contrario a mí: alta, rubia, arregladísima. Yo, tirando a bajita, morena y con un estilo más bien inexistente, me sentí pequeñita en aquel momento. ¿Sería una amiga o en algún momento fue algo más? Estaba segura, no sé por qué, pero lo estaba, de que al menos una de esas dos exnovias de las que había hablado Mario era de su pueblo. Al final, la gente hace mucha vida allí, los veranos, las fiestas y demás, y es normal que surjan relaciones. Mientras los observaba hablar, ella me miró con cierta actitud altiva y con un pelín de rabia, la verdad. Pero yo no quise darle más vueltas, en seguida él volvió con nuestras cervezas y continuamos la noche sin ningún tipo de incidente. Y así, entre bailes, carcajadas y pasión, comenzó el verano.

Aquella noche dormimos en su casa del pueblo, aunque lo de dormir es un decir, porque nos acostamos a las siete de la mañana y a las diez estábamos acudiendo al almuerzo popular con cara de zombis. Por suerte, era la apariencia de casi todos los presentes, excepto de la chica que saludó Mario la noche anterior, que estaba perfecta, como si hubiera descansado diez horas. Notaba sus miradas puntuales y un gesto de desaprobación en lo nuestro por parte de ella. Pero seguí sin querer darle importancia y ni siquiera le comenté nada a Mario. No quería que pensara que estaba celosa, estaba claro que ese tipo de cosas le agobiaban y, además, tampoco tenía motivos reales para estarlo. Después, comimos y descansamos allí, pero a mitad de la tarde, cuando nos despertamos de la siesta, volvimos a Zaragoza con una sensación de felicidad enorme. Yo le había pedido que me dejara en casa porque quería cenar esa noche con Iris y Eli. Todavía no les había contado lo de mi estancia temporal en Islandia y tenían que saberlo, era el momento. Me despedí de Mario con un «Gracias por esta noche, ha sido genial», a lo que él me contestó: «No tanto como tú». Me derretí un poco (bastante) y salí del coche con una sonrisa de oreja a oreja.

Sí, debía reconocerlo, me gustaba mucho. Cada día más. Y me estaba enganchando un poquito a eso que estábamos creando entre nosotros. Me angustié un pelín al pensar que mi marcha al país del hielo podría alejarnos, pero no quise profundizar en esos miedos porque no me llevaban a ningún sitio. Había decidido, como dice una buena amiga, «que me quiten lo *bailao*». No llevaba a ningún sitio preguntarse qué ocurriría en dos meses cuando, fíjate, hacía uno pensaba que iba a morir sola y rodeada de gatos y, de repente, en una red social de ligoteo, había conocido a un chico genial. Por cierto, al acordarme de esa aplicación me pregunté si Mario seguiría activo en ella. ¿Haría con otras chicas? ¿Se la habría cerrado? No tenía mucho sentido pensar en ello, estábamos juntos casi a diario y, oye, me había llevado a su pueblo e incluso había conocido a algunos de sus amigos. ¿Por qué pensar mal? Pero en ese momento vino a mi mente eso de abrir la relación, una idea que flotó en nuestra conversación más tensa

hasta entonces, así, como una burbuja de jabón. Pasó por encima de nuestras palabras y se desvaneció, pero había estado presente, había sido real. Quizás tenía que aclarar ese tema con Mario porque, sinceramente, a eso no estaba dispuesta. Entendía (o intentaba entender) lo de los compromisos y las normas, lo de no querer que ciertas ataduras pudieran estropear lo nuestro. Entendía, esto sí, porque lo compartía, lo de ir poco a poco y comprobar qué iba pasando. Pero en ningún caso aceptaría, ni de broma, una relación abierta en la que tuvieran cabida otras personas. Ni hablar. Y si esa era su idea, esto tendría que acabar. Tampoco habíamos hablado de ninguna relación, pero no sé, después de ese último mes tan intenso y después de las palabras que me dedicó la noche anterior, ¿qué necesidad había de seguir con ese miedo a elucubrar la posibilidad de que pudiéramos quedar con otros u otras? Yo prefería hacer las cosas despacio y bien, y eso pasaba por centrarme en él y estar segura de que mientras esto durase, fuera una semana más, dos años o toda una vida, él estaría centrado en mí. Pero eso mejor lo hablaría con él otro día, ahora me tocaba reposar lo vivido y darme una buena ducha antes de que llegaran mis amigas.

No había tenido mucho tiempo para preparar una cena digna, así que opté por la opción de comida a domicilio. Después de preguntar por el chat, la democracia habló y decidimos por mayoría pedir *pizza* en un local de mi barrio donde las preparan de una manera tradicional y están buenísimas. Claudia no acudió esa noche a cenar a mi casa por motivos evidentes. En pocos días operaban a su madre, quien ya había venido del pueblo a instalarse en su casa, y preferían estar con ella y dar un paseo tranquilo por la ciudad, e incluso, improvisar y sentarse a cenar en algún restaurante si les apetecía en el momento. Claudia ya había reunido fuerzas para contarles a las demás su nueva situación y tenía, cómo no, todo nuestro apoyo. De hecho, el miércoles, día de la operación, estaríamos todas muy pendientes por si hacía falta hacerle compañía o por si necesitaba cualquier tipo de ayuda. Sabíamos que contaba con Raúl y además con su tía, hermana de su madre, que se encontraba también muy pendiente del asunto. No queríamos molestar ni entrometernos y provocar que su madre se sintiera incómoda, pero tampoco queríamos que no sintiera nuestro apoyo, así que, aunque era a veces complicado, procurábamos encontrar el equilibrio y ser útiles y atentas sin ser pesadas.

Cuando ya estábamos sentadas en la mesa y habíamos hablado de cosas sin importancia, avisé de que tenía noticias relevantes.

—Tengo algo que contaros, chicas —les introduje.

—¿No será que se os ha ido la olla a Mario y a ti y os vais a vivir juntos o algo así, no? —preguntó Eli nerviosa.

—No, no. No tiene nada que ver con Mario. Aunque, bueno, ya os contaré, porque ayer estuvimos en las verbenas de San Juan de su pueblo y fue simplemente perfecto.

—¿Te ha llevado a su pueblo? ¿Has conocido a su abuela? —preguntó Iris con sorna.

—¡Que no! Fue una noche de fiesta, conocí a un par de amigos y bailamos alrededor del fuego con cervezas en la mano y música de verbena. Me lo he pasado genial —maticé.

—Ah, muy bonito. Dos amigos de Mario te conocen pero nosotras no tenemos el gusto de compartir un ratito con el donjuán que te tiene loca —se quejó Eli.

—No nos agobies, que no tenemos prisa. No hay ninguna necesidad de presentároslo ahora mismo. Pero no es eso lo que os quería contar. ¿Me dejáis?

—Sí, sí —contestaron las dos, curiosas, al unísono.

—Me voy a vivir a Islandia —les dije de sopetón.

—Esta se ha dado un golpe en la cabeza. ¿Tú ves sangre? Tiene que haber alguna herida, se ha caído en la ducha antes de venir nosotras, seguro —le dijo Iris a Eli como si yo no estuviera delante. Eli, simplemente, me miraba inmóvil, con los ojos más abiertos de lo que se los había visto nunca.

—¿Qué dices? ¿Cómo que te vas a vivir a Islandia? Desarrolla, por favor, que me va a dar un infarto —acertó a decir Eli tras unos segundos en *shock*.

—A ver, os resumo. Una compañera me pasó una convocatoria de profesores de español en el extranjero. Esto fue hace dos o tres semanas. Al revisarla, vi que dos de las plazas ofertadas eran para Islandia. Ya sabéis que estoy completamente enamorada de ese país desde que fui hace algunos veranos de vacaciones con Alberto. Me pareció una bonita señal de que tenía que lanzarme y hacer algo diferente, algo que me llene, algo que me sirva de experiencia vital. Presenté la solicitud y me han cogido en Reikiavik. Me voy en menos de dos meses. Eso es todo —expliqué tranquila y resuelta.

—¿Cómo que eso es todo? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Desde cuándo te apetece hacer algo así? ¿Cuándo pensabas contárnoslo? —me bombardeó Eli mientras Iris se ponía la mano en la cabeza y negaba al mismo tiempo.

—¡Ahora! Os lo estoy contando ahora y espero que me apoyéis. Serán solo seis meses, en principio. Voy a dar clases de español a alumnos universitarios durante el primer semestre del curso. Me voy a mitad de agosto, y en febrero, más o menos, estaré de vuelta.

—Vale, vale, vale, vamos a asimilarlo. Te vas a Islandia, *okay*. Mi amiga se va a no sé cuántos kilómetros a morir de frío. Correcto —espetó Eli con un tono que parecía casi de enfadada.

—No voy a morir de frío, es una sociedad avanzada, ¿sabes? Tienen calefacción, gratis, por cierto, en su mayoría por la gran cantidad de energía geotérmica que pueden extraer de su entorno, lleno de volcanes. Y también hay tiendas en las que venden abrigos, gorros y bufandas —dije irónica.

—Ya, ya. Venga, vamos a ser más simpáticas —apuntó Iris—. ¿Estás segura de esto, Irene? ¿Lo tienes claro?

—Totalmente, es lo que más me apetece en este momento de mi vida —respondí segura.

—Pues ya está, no hay más preguntas. No las hay, ¿verdad, Eli? —la presionó Iris.

—Bueno, yo sí tengo más preguntas, pero si es lo que quieres, y me aseguras lo de la calefacción y las tiendas de abrigos, solo puedo decirte que iremos a visitarte —me prometió Eli,

algo más calmada y con una mezcla en su rostro entre alegría y tristeza.

Se levantaron de la mesa, vinieron a abrazarme de golpe y supe que también contaba con su aprobación. Así que con mis padres conformes y mis amigas convencidas, lo tenía todo. Y Mario, claro, aunque el tema de Islandia se convertía, a medida que se acercaba el momento, en un quebradero de cabeza en lo que se refería a mi situación con él.

La cena prosiguió con más explicaciones sobre mi viaje: lo que iba a hacer, cómo me había entrado la locura de embarcarme en aquella aventura, dónde viviría, cómo buscaría piso, y fantasías varias sobre cómo sería mi vida allí. También, por supuesto, salió Mario a colación. Qué pasaría entre nosotros si yo me iba justo cuando nos estábamos empezando a conocer, mis miedos, mis deseos y muchas más sensaciones que no caben en un folio de papel. Acaparé toda la atención en aquella velada de amigas, lo reconozco, pero necesitaba transmitir todo lo que llevaba dentro y sacar fuera todo lo que me estaban provocando tantos cambios en tan poco tiempo. Necesitaba esos cambios y los estaba teniendo, ahora solo tendría que esperar para ver de qué manera me ayudaban a encaminar mi vida de nuevo. Y vaya si lo harían.

Summer time

Un día me desperté y caí en la cuenta de que llevaba más de una semana sin pensar en Alberto. A ver, que se me entienda. Me acordaba de él en algunos momentos casi a diario, pero en realidad lo que quiero decir es que llevaba más de una semana sin pensarle, que es diferente. Es decir, sin invertir mi tiempo y mis momentos en darle vueltas a lo nuestro. Sin acordarme de lo que ya me parecían unos lejanos inicios, ni revivir todas las promesas y proyectos que se había llevado el viento. Sin que se me pusieran los ojos vidriosos al viajar mentalmente al verano aquel en Cádiz o sin acabar inmersa en un mar de lágrimas viendo, por vez número ciento cincuenta mil, algunas de nuestras fotos juntos. Simplemente, había dejado de hacerlo. Estaba bastante ocupada en preparar mi viaje a Islandia, tenía que dejar atadas muchas cosas y prever otras. El tiempo que no dedicaba a mi futura aventura lo pasaba con Mario, con mis padres o con mis amigas.

Fue un verano fugaz, intenso y muy bonito. Fue un verano que jamás esperé vivir, y menos aquel año. Dos meses llenos de planes de esos que surgen sin pensar. Me gustaban muchas cosas de las que estaba conociendo de Mario, pero, sin duda, una de las que más admiraba era su capacidad de improvisar. Su actividad permanente, sus ganas de comerse la vida a bocados. No podía estar quieto, cada fin de semana me proponía algo diferente. Hice por primera vez *rafting* y puse mi primer pie en una playa nudista, que por cierto, lo hice, sí, como mi madre me trajo al mundo. Me enseñó rincones preciosos del Pirineo en los que, a pesar de tener una casa muy cerca, jamás había estado. Cuando le conté que mis padres tenían un pequeño apartamento en un pueblo pirenaico y que podíamos ir algún día, casi se vuelve loco de la alegría. La montaña era su gran pasión y no perdía ni una sola oportunidad de caminar entre riachuelos, caminos y vegetación como si pasara por allí por vez primera, aunque ya hubiera estado mil veces. Decía que luego, en invierno, la nieve le impedía hacer muchas de las cosas que le gustaban por allí arriba y que debía aprovechar al máximo la temporada en la que el manto blanco desaparece del lugar y el agua y el color verde ponen en evidencia que la vida en su estado más puro y salvaje domina la zona.

Me encantaba la manera que tenía de enseñarme todos aquellos lugares que él conocía y yo no. Lo hacía disfrutando de mi asombro, viviendo cada resquicio de la emoción que yo le ponía, transmitiéndome, más bien, toda la energía positiva para que cada paso que daba por aquel bosque, cada gota de agua que caía por esa cascada o cada paisaje nuevo fuera apasionante y divertido. Consiguió, en tan solo unas pocas salidas al monte, convertir a una urbanita en una amante de la naturaleza y las nuevas experiencias. No sé cómo lo hizo, pero lo hizo. Bueno, sí, a

través de su empeño por compartir conmigo todos aquellos momentos, haciéndome ver, y demostrándome, que era el mejor plan que podía haber en el mundo.

Así que fue un verano *non stop* que estuvo lleno de primeras veces para ambos. Él nunca había ido a visitar unas bodegas de vino y no había hecho antes una cata dirigida. Yo, además del *rafting* y las playas nudistas, también experimenté cómo era dormir en una tienda de campaña o qué se sentía al dar un paseo en *quad* por lugares inaccesibles para cualquier otro tipo de turismo, en plena naturaleza. Se podría decir que VIVÍ con mayúsculas ese verano, y lo hice aprovechando cada segundo que me estaba brindando la oportunidad de haber conocido a Mario.

Pero no todo fue de color de rosa durante esos calurosos meses. Por un lado, estaba nuestra particular cuenta atrás. No nos gustaba comentarlo mucho en voz alta, pero estoy convencida de que ambos lo hablábamos con nosotros mismos en infinidad de ocasiones. Al menos, yo lo hice. Tenía el 13 de agosto marcado en el calendario con la misma ilusión que agonía. A veces incluso me había planteado que quién me habría mandado a mí meterme en ese berenjenal. Si no hubiera presentado aquella documentación, no se me pondría un nudo en el estómago cada vez que valoraba las opciones que tendríamos, en lo que a Mario y a mí se refería, de cara a mi estancia en Islandia. Pero lo que yo no sabía aún era que si no hubiera hecho lo que hice, hoy, probablemente, nada sería igual. Nuestras vidas están determinadas por las decisiones que tomamos y un simple cambio en ellas puede modificar todo lo demás. Una parte de mí cree en el destino, sí, y quiero pensar que todo lo que tiene que ser será. Las cosas esenciales que cada persona debe vivir llegan en un momento u otro. Pero algo puede tener el mismo final con diferente camino, y en ese camino es donde una encuentra los aprendizajes que la harán una persona más íntegra, más completa. Además, yo necesitaba ese cambio. No me podía permitir el lujo de dejarlo todo de lado por un chico al que conocía desde hacía solo un par de meses, si precisamente lo que estaba buscando era encontrarme a mí misma, saber quién soy no por quién me acompaña a mi lado, sino por mis propios valores, mis propios principios. Así que debía ser madura y afrontar la realidad tal y como era, aunque, efectivamente, la vida no sea pasear por la cumbre, sino que caerse y levantarse forma parte de la aventura.

Por otro lado, pensaba en Claudia, que lo estaba pasando fatal por el tema de su madre. La operación salió perfectamente y los médicos consiguieron eliminar toda la masa tumoral y limpiar bien los alrededores para no dejar nada del maldito bicho dentro, pero, por si acaso, querían asegurarse del todo con unas sesiones de quimio. Y con las altas temperaturas de los veranos en mi ciudad... todo se hace más complicado. Si el infierno existe, debe ser igual de caluroso (o menos) que Zaragoza en época estival. Un auténtico horror. Por lo que si a eso le sumamos una paciente acudiendo a sesiones de quimioterapia, con los efectos secundarios que ello acarrea, el resultado es un verano de mierda en el que la madre de Claudia lo pasó bastante mal. Tanto que pensó que algo no iba bien, pero el equipo médico aseguraba que todo estaba en orden, que eran los efectos habituales de un tratamiento de sus características y que el calor y la sensación de agobio, obviamente, no ayudaban. Y aunque el pronóstico era bueno, no por ello el

proceso era fácil. Claudia se ocupaba día y noche de su madre, que llevaba unas semanas instalada en su casa. Incluso se pidió una excedencia, ya que Raúl y ella se lo podían permitir económicamente. Así podría ocuparse mejor de su madre y no iría tan agobiada con horarios de entrada y salida a su puesto de trabajo. Ella me contaba que estaba muy orgullosa de cómo Raúl estaba llevando el asunto, estaba comportándose de una manera muy madura, aunque, no nos engañemos, no era plato de buen gusto para nadie: ni para Raúl, ni para Claudia ni, por supuesto, para su madre. Pero las cosas a veces vienen así y no te queda otra que afrontarlas. Lo admirable es saber asimilar la situación, mirar al problema de frente y combatir las batallas que sean necesarias hasta ganar la guerra. En eso estaban los tres, pero yo temía que en cualquier momento Claudia diera por perdida alguna batalla, por miedo, por cansancio, por agotamiento mental, por el motivo que fuera, y se viniera abajo. Así que estuve semanas con los brazos extendidos esperando a que cayera, y cayó. Pero yo ya estaba preparada y pude recogerla sin demasiadas lesiones.

Fue un jueves que su madre salía de la sesión de quimioterapia. Llevaba ya dos semanas acudiendo al hospital y las náuseas y vómitos no cesaban. Se le había empezado a caer el pelo, había perdido bastante peso y su aspecto era, a simple vista, demacrado y enfermizo. Claudia tenía ojeras de dormir poco y pensar mucho y desde hacía un mes, momento en el que empezó toda esta locura, no se permitía un respiro ni un momento para ella misma. Le dio un ataque de ansiedad al volver a casa con su madre del hospital y, mientras la dejó, agotada y sin fuerzas, en la cama, se encerró en el baño y rompió a llorar como Raúl no la había visto llorar en quince años de relación. Con rabia, con odio, con pena, con miedo. Con todo junto. Su marido consiguió que le abriera la puerta y logró calmarla, pero Claudia necesitaba un pequeño respiro. Raúl me llamó y yo le propuse que, si él estaba de acuerdo, Claudia podía venirse a mi casa una mañana o una tarde y desconectar un rato. La hermana de su madre se haría cargo de ella en su casa y Raúl también aprovecharía para pasar un rato con sus padres, a los que tenía algo abandonados por estar al pie del cañón con su mujer y su suegra. Así lo hicimos y Claudia pudo, simplemente, descansar, llorar (esta vez de una manera más tranquila), quejarse y desahogarse. Tenía derecho. Lo estaba haciendo muy bien, pero no por ello tenía que ser de piedra. Derrumbarse estaba permitido y, como mis amigas hicieron conmigo en unas circunstancias completamente diferentes, e incluso, si lo pienso bien, anecdóticas e irrisorias comparado con esto, yo también estaría con Claudia para lo que ella necesitara. Fue un día duro, mi amiga estaba completamente rota. Veía sufrir a su madre y no podía hacer nada. Ya era huérfana de padre y no quería serlo también de madre. Y yo no podía hacer otra cosa que escucharla y hacerle ver que, pasara lo que pasara, me tenía. Seguía sin querer prometerle cosas que no podía cumplir, pero sí me basaba en las palabras de los médicos para darle ánimos, porque de verdad estaba segura de que aquello pasaría y lo recordaríamos como una horrible pesadilla que habrían superado una vez más, madre e hija, juntas. El día en mi casa le vino bien y pudo, al menos, tomar un poco de aire y coger

fuerzas para lo que le quedaba por recorrer. De momento, otras dos semanas de sesiones de quimio y luego pruebas para decidir si paraban o continuaban.

Luego estaba Iris, que andaba también algo desaparecida con su nueva relación recién formalizada. Sí, esa que había comenzado hacía más de un año. La nueva parejita se fue de vacaciones un mes a recorrer Europa en tren. Pasaron por Francia, Bélgica, Holanda, Suecia y Noruega. Un viaje, vamos. Se lo merecía y, por lo que nos contaba, les iba de maravilla por esos países. Ella también estaba muy pendiente de Claudia y nos hizo jurar a Eli y a mí que si algo malo pasaba en su ausencia, la avisaríamos y se cogerían el primer vuelo de vuelta. Por cualquier cosa que pudiéramos considerar que requería su presencia en Zaragoza, por más absurda que nos pareciera, ella estaba dispuesta a regresar de inmediato. Iris se sentía un poco mal por irse de vacaciones a disfrutar como una enana en aquella situación, pero es que la vida seguía. No podíamos paralizar el mundo, ella venía de un año laboral muy turbio y estresante en la agencia de publicidad donde trabajaba y se merecía también ese gran respiro. Si no, el remedio iba a ser peor que la enfermedad y, en vez de una amiga agotada, tendría dos, así que Eli, Claudia y yo la animamos a marcharse y a disfrutar de su momento. Si algo habíamos aprendido en los últimos meses todas es que hay que aprovechar las oportunidades de aquello que pasa por tu vida y te apetece hacer. Eso, y que la vida es de lo más inesperada.

Eli, por su parte, no tenía muchas vacaciones durante la época veraniega, ya que prefería normalmente cogerse días en temporada baja, así que durante los meses de julio y agosto compartimos muchas tardes de piscina, cervecitas frías en alguna terraza y una escapada exprés a la playa que nos vino a las dos de lujo. Yo, con ese espíritu aventurero que me había transmitido Mario, le dije un jueves de agosto que si nos íbamos al día siguiente a Tarragona. Así, sin pensarlo demasiado, dormiríamos en cualquier Airbnb que encontráramos aceptable de precio y nos llevaríamos únicamente un par de bikinis, una toalla y una ropa de cambio. Aceptó encantada y disfrutamos del sonido de las olas del mar mientras leíamos un libro, del olor a sal mientras tomábamos el sol, ella totalmente expuesta y yo, eso sí, la mayor parte del tiempo bajo la sombrilla para no achicharrarme. Mi piel blanca y sensible me permitía, como máximo, unos diez minutos a la intemperie, y ya me había quemado demasiadas veces a lo largo de mi vida, por lo que había aprendido a embadurnarme religiosamente de protección 50 y pasar más tiempo a cobijo que al aire libre. También pudimos degustar algún que otro manjar gastronómico: ella fue fiel a su sepia a la plancha y yo me permití algunas almejas, mejillones o chipirones en uno de los bares con más solera de un pueblo cercano a Tarragona. Nos tomamos algunas cervezas en el paseo marítimo y algún que otro *gin-tonic* mientras filosofábamos sobre la vida.

En un momento determinado, cuando estábamos a mitad de nuestra primera copa y las dos reflexionábamos sobre la vida la mar de a gusto, dos chicos bastante aparentes se sentaron en la mesa de al lado y, por su actitud y sus miradas, supe que la elección de su asiento no fue fortuita. Eli también se percató de ello y comenzaron las miradas cómplices con uno de ellos. La verdad es que los dos eran muy monos, tendrían más o menos nuestra edad y, por cómo hablaban entre

ellos y por su actitud, parecían simpáticos. Yo ya me estaba imaginando que allí iba a ocurrir algo cuando me dio por pensar un poco más allá. ¿Qué pasaría si comenzábamos a hablar con ellos y uno de los dos me parecía majó y atractivo y yo a él también le gustaba? ¿En qué punto estaba mi relación con Mario como para tener yo la libertad de conocerle sin remordimientos? No habíamos hablado mucho más del asunto desde aquella conversación tan extraña que me dejó tan descolocada, hacía más o menos un mes. La fecha de mi partida se acercaba y no me sentía con el derecho de sacarle el tema cuando era yo la que me iba a miles de kilómetros a empezar una nueva experiencia desde cero. Y él tampoco movía ficha en ese sentido, así que estábamos en una especie de punto muerto en cuanto a matizar nuestra relación. Que sí, que sé que mucha gente piensa que no hace falta hablar esas cosas. Que todo eso se va viendo, sobre la marcha y en función de los acontecimientos. Pero a mí me haría estar más segura una conversación con Mario y, ya no tanto sobre el punto en el que nos encontrábamos ahora, sino más bien sobre cómo íbamos a gestionar mi medio año en Islandia. El caso es que, al mismo tiempo que caí en la cuenta de todo esto, me percaté de algo más. Acababa de preguntarme qué grado de libertad tenía yo para hablar, coquetear e, incluso, intimar con otro hombre, como si mi libertad dependiera de una conversación con alguien o de un pacto con el chico con el que estaba ahora. Y en ese instante me respondí a mí misma: mi libertad no depende de nada de eso, sino de lo que a mí me apetezca en cada momento. Y, la verdad, por muy amable y encantador que resultara ser alguno de esos chicos o cualquier otro del mundo, en ese momento no me apetecía dar ni un solo paso con ninguno. Mi libertad era mía y yo decidía cuándo sí y cuándo no. En ocho años con Alberto no se me pasó por la cabeza estar con nadie más, pero no por la obligación de nuestro matrimonio, sino porque lo amaba con todas mis fuerzas y no tenía ojos para ningún otro. Bueno, ojos sí, no nos vamos a engañar, que ciega no estoy y no me voy tapando la cara cuando un tío guapo pasa por delante, pero ya se me entiende, todo quedaba ahí, en una simple e inocente mirada. Sin embargo, él parece que sí se tomó la libertad de profundizar su relación con alguien. Ya he dicho en más de una ocasión que sé que su novia entró en nuestro matrimonio antes de que este se acabara, lo tengo claro. Pero no pude ni puedo prohibirle nada, por mucho que la monogamia fuera un pacto explícito que hicimos cuando empezamos nuestra relación y refutamos con nuestra boda.

Así que no, mi libertad de conocer a otros hombres en aquel momento no estaba ligada a una conversación inexistente con Mario, sino a lo que mi instinto me pedía hacer. Y mi Irene interna me decía que no le apetecía un carajo conocer a alguien de esa manera, ni de ninguna forma que fuera más allá que una simple y sincera amistad. No obstante, no estaría de más que, a mi vuelta, habláramos Mario y yo sobre nuestro inminente futuro, ya que el 13 de agosto estaba ya tan cerca que daba vértigo. Eli, sin embargo, se encontraba en otro punto. Ella sí parecía muy receptiva a conocer a esos chicos y yo ya me veía con uno de los dos durmiendo en mi apartamento.

—¿Quieres probar mi copa? Parece que la miras mucho —espetó Eli, atrevida, al chico con el

que se estaba intercambiando miradas y guiños, ya de una manera totalmente descarada. Así era ella, imprevisible y lanzada.

—Pues igual sí que le doy un sorbo, tiene buena pinta —contestó el chico entre risas.

—Sentaos con nosotras, no mordemos —les propuso mi amiga.

Yo, la verdad, me sentí algo incómoda con esa proposición en un inicio, ya que me encontraba muy a gusto con mi amiga, el mar de fondo y una copa entre mis manos. Pero tampoco estaba haciendo daño a nadie ni pasaba nada por hablar con aquella pareja de chicos guapos, así que simplemente accedí, como en muchas otras ocasiones, a que Eli tomara las riendas y me dejé llevar.

Estuvimos un buen rato (y una copa más) hablando con ellos. La verdad es que eran muy agradables y, casualmente, vivían también de Zaragoza. Bueno, lo de casualmente es un decir, porque toda esa zona costera se llenaba de maños en la temporada estival, ya que es el lugar playero más cercano a nuestra ciudad. Así que tampoco me extrañó.

Eli y Óscar (así se llamaba el chico con el que había estado coqueteando media noche) se gustaban, estaba claro. Y aunque Antonio era muy agradable e hizo un amago de acercamiento conmigo, la verdad es que fui bastante clara y en seguida saqué a mi novio en la conversación (qué vértigo me dio decir esa palabra, lo definí así para que quedara suficientemente claro que no llevaba ninguna intención con él). Antonio captó el mensaje y abandonó el intento de inmediato, pero seguimos hablando de nuestras cosas y he de reconocer que fue un rato agradable, pero ni era mi plan soñado ni a él se le veía con ganas de hacer amigas, sin más, esa noche. Yo creo que estaba soltero y le apetecía un poco de ligoteo, pero yo no se lo estaba ofreciendo. Lo siento, ese encuentro no entraba dentro de mis planes, pero está claro que los amigos están también para aguantar mientras tu colega ha pillado y tú no. *C'est la vie...*

Eli y Óscar fueron a más y él le propuso a ella un chupito, ella aceptó, entraron en el garito a tomárselo y, cuando nos quisimos dar cuenta, se estaban comiendo los morros en medio del local. Salieron con cara de satisfechos y, después de un rato, mis cálculos no fueron del todo precisos, porque fue Eli la que me dijo que si me importaba dormir sola esa noche. Antonio llamó a otros amigos que estaban también ese fin de semana en aquel pueblito costero y yo, cansada y contenta por el día que había pasado, me alegré de que mi amiga hubiera conocido a aquel chico y fuera a cerrar la noche con un broche de oro. O no, habría que verlo. La cosa es que no me importó irme a casa sola y tranquila. Al fin y al cabo eran ya más de las dos y mi cuerpo pedía cama. Había sido un día intenso y largo de playa y yo estaba agotada, tal y como demostró el hecho de que me durmiera nada más rozar mis aposentos.

Eli llegó a las nueve de la mañana con el desayuno recién horneado y comprado para ambas. Su cara de felicidad me decía que, efectivamente, el broche a la noche sí había sido de oro. Estuvimos comentando la jugada mientras nos tomábamos un zumo con las napolitanas de chocolate que ella había traído y me confesó que ese tal Óscar era muy divertido y que le había dado su número porque él se lo había pedido. Noté cierta ilusión en sus ojos y deseé que él la

volviera a llamar. Eli había tenido francamente mala suerte con sus relaciones amorosas. Tenía un imán para los imbéciles, así de claro. Y los tres novios más serios que había tenido no merecen ni media línea en esta historia. Solo habían conseguido que su coraza de chica fuerte e independiente se hiciera más gruesa, pero yo la conocía y sabía que se moría por vivir una historia de amor en mayúsculas, de las que te ponen nerviosa, de las que te hacen creer que has entrado en una realidad paralela porque todo te parece perfecto y maravilloso. Algo parecido, ahora que caía, a lo que yo estaba experimentando con Mario.

Habíamos hablado por teléfono varias veces durante mi estancia en la playa y sentía que todo era realmente fácil con él. Tenía ganas de verle y esa noche habíamos quedado en mi casa para cenar, así que después de disfrutar de mi finde con Eli en la playa, estaba deseando regresar a Zaragoza porque él estaba en mi vida allí. ¿Me pasaría lo mismo con mi aventura en Islandia? O peor, ¿empañaría mi experiencia el hecho de tener a alguien al que me había enganchado tanto en Zaragoza, el lugar del que, en cierto modo, estaba huyendo para recomponer mi vida y sanar mis heridas? No quería que fuese así, la verdad. Desde luego, no era la idea y no había aceptado un puesto de trabajo a miles de kilómetros para que una parte de mí se quedara anclada en mi ciudad natal, así que tendría que ser fuerte y fría para vivir lo que me deparaba mi futuro más próximo de la manera más acertada.

Lo que tenía claro, mientras conducía mi coche de regreso a mi casa, es que aquel fin de semana me había enseñado que mi corazón había cerrado las puertas a conocer a nadie más. No me salía, no quería. Y eso es algo importante de lo que me había dado cuenta en las últimas horas, y que sin ánimo de asustar a nadie, quería transmitírselo a Mario. No estaba segura de si aquello le agradaría o le atemorizaría, quizás sintiera ambas cosas. Pero yo necesitaba empezar a tener claro qué pasaría dentro de unas semanas cuando tomara un vuelo al país del hielo y la distancia fuera la protagonista de lo que habíamos creado en los últimos dos o tres meses. Así lo hice y, aunque el miedo no le invadió, tampoco su respuesta fue exactamente como yo esperaba.

Hace siete años y medio

Mientras empaquetaba todas mis cosas y me despedía de cada rincón del que había sido mi hogar durante el último curso, lo hacía con una sonrisa de oreja a oreja. Me entristecía mucho despedirme de aquella casa, pero me pesaba más todo lo que me había aportado ese año en Madrid. Había reforzado mi amistad con Claudia, había vivido un montón de nuevas primeras veces: la de independizarme, la de autogestionarme, la de estudiar un máster, la de un amor como el de Alberto... Cerraba una etapa, pero no lo hacía del todo, porque todo lo había absorbido tanto que se venía conmigo, literal o figuradamente, según el caso.

Alberto todavía estaría un año más en Madrid terminando sus estudios, pero ambos estábamos convencidos de que la distancia no podría con nosotros. Nunca lo habíamos dudado lo más mínimo desde que nos conocimos, ni tampoco habíamos valorado otra opción que no fuera la de continuar con nuestra relación, a caballo entre Zaragoza y Madrid.

—Voy a tener que hacer un hueco a tus cosas en mi diminuta habitación —me dijo Alberto, que me ayudaba a meter todo en cajas—. Este pijama, por ejemplo, ¿por qué no se queda conmigo? Así cuando vengas a verme ahorras sitio en la maleta y cuando no estés lo miraré para recordar lo bien que te queda —me sugirió con una sonrisa.

—Qué gracioso. De eso nada, a saber qué haces con él —le seguí el juego—. Pero mira, estas camisetas igual sí, si es que eres capaz de cederme un sitio en tu impecable armario.

—Desde luego, usted manda.

Y todo era natural y viable, nada se nos interponía ni le veíamos absolutamente ningún problema a probar con esto de las relaciones a distancia. Hacía solo seis meses que nos conocíamos, pero ¿qué podíamos perder? Si salía bien, genial, y si no, al menos, lo habíamos intentado. Benditos veinticuatro años.

No podemos prometernos nada

—Mario, me marchó en menos de dos semanas —empecé a decirle algo nerviosa.

—Lo sé, llevo la cuenta —me contestó entre serio y triste.

—Creo que, por el bien de los dos, deberíamos hablar sobre qué pasará con nosotros cuando yo esté allí.

Se hizo un largo e incómodo silencio. Con esa reacción, tenía más claro que nunca que Mario había querido evitar el tema no por miedo a no saber qué responder, sino por todo lo contrario. Él sabía perfectamente hasta dónde estaba dispuesto a sacrificar por una chica a la que había conocido hacía menos de tres meses, pero no había reunido todavía el valor suficiente para verbalizarlo, por miedo, quizás, a que mi reacción fuera negativa y se rompiera todo el buen rollo que había entre ambos. Sin embargo, estaba claro que no podíamos dilatar más aquel tema y yo acababa de ser bastante directa, así que no le quedaba mucha escapatoria.

—Sí, supongo que es el momento de hablarlo —me respondió mientras su gesto se cambiaba totalmente.

—Entiendo que no quieras que nos prometamos nada, entiendo que quieras seguir con tu vida, ya que, al fin y al cabo, yo me voy a seguir, o más bien empezar, con la mía —le dije sin estar en absoluto segura de por dónde estaba encaminando esa conversación. Sin darme cuenta, yo también evité comentarle el episodio de la playa, la reflexión sobre no querer conocer a nadie más. Me estaba autocensurando de manera inconsciente, no sé si para no parecer idiota o para evitar que el golpe fuera mayor. Yo, en el fondo, y no tan en el fondo, sí quería alguna promesa de que pensaría en mí todos los días, y tenía una pizca de esperanza de que me dijera, por ejemplo, que seis meses pasan volando y que conocerme y seguir compartiendo momentos conmigo era más importante que cualquier distancia en el mundo. Pero no fue así.

—Irene, es que son seis meses y es Islandia. No te vas un par de semanas a Córdoba. Te vas medio año a casi cinco mil kilómetros de aquí. Eso es más del doble de tiempo de lo que hace que nos conocemos. No creo que prometernos un futuro tras tu estancia sea muy realista. Y creo que ninguno nos merecemos dejar de disfrutar durante ese tiempo, ni pasarlo mal por esta situación.

El corazón se me encogió y la tristeza me invadió. Había querido prepararme para una respuesta así durante las últimas semanas, pero no había forma de que esas palabras tuyas no me dolieran. Había tratado de autoconvencerme de que no existía riesgo alguno por tirarme en picado y sin paracaídas de aquel avión que cogí cuando le conocí. ¿A qué teníamos miedo? ¿Por

qué no dejábamos que, simplemente, las cosas fluyeran, en una dirección o en otra? ¿Qué podíamos perder? Supongo que el tiempo. Ya no teníamos veinte años y ahora, con algo más de experiencia, tenemos la capacidad de saber que hay cosas que, de antemano, se ven como una locura. Esperar a alguien a quien apenas conoces es una de ellas. La presión social no ayuda. Empiezas a ver cómo tu entorno construye sus vidas, avanza, y yo en ese momento me sentía en un total retroceso. Si quería aspirar al tópico de pareja, piso, hijos, el tiempo corría ya en mi contra. Y en la suya, aunque no estaba segura de que Mario fuera precisamente de los que están convencidos de ese modo de vida tradicional, aunque al final, si te paras a pensarlo, es a lo que acaba abocándonos la vida en un momento u otro.

El caso es que además de ser consciente de que hacernos promesas vacías no tenía sentido alguno, estaba segura de que controlaba la situación, a pesar de los continuos avisos de mis amigas. «Te estás pillando mucho por ese chico», «Qué vais a hacer cuando te vayas», «Este asunto se te está descontrolando», y un montón más de advertencias que me entraban por un oído y me salían por el otro. Era una paradoja enorme en la que se contraponían dos conceptos esenciales para mí en ese momento: las ganas de vivir ese amor de verano que estaba exprimiendo hasta la última gota y el miedo a que todas esas vivencias me hicieran marcharme de mi ciudad, rumbo a lo desconocido, más tocada todavía.

Tras las palabras de Mario yo entendí perfectamente su enfoque, pero no pude evitar que mis ojos se tornaran vidriosos. Se me pasaron, en cuestión de un minuto, todos esos momentos tan intensos vividos en las últimas semanas. Mis tembleques de miedo y adrenalina bajo el neopreno justo en el momento en el que nuestra barca de *rafting* comenzaba su trayecto; la noche de San Juan en su pueblo; la sensación de vergüenza y libertad cuando acudimos a la playa nudista juntos; las mejillas de ambos sonrosadas después de varias copas de vino en la cata que hicimos en el Pirineo, o todos los momentos de pasión bajo las sábanas en mi piso. Podría enumerar muchos más, pero esos fueron, concretamente, los que vinieron a mi pensamiento en ese preciso instante.

—Así que nos quedan diez días —acerté a decir con voz quebrada.

—No digas eso, Irene. No así. Yo tampoco puedo imaginar que en diez días esto se acabe, pero creo que es lo más coherente.

Y no hubo más conversación. Nos abrazamos, yo eché un par de lagrimillas sin que él se diera cuenta y disfrutamos aquellos días juntos con la misma o más intensidad que lo veníamos haciendo desde que nos conocimos, por casualidad, en un catálogo virtual de ligoteo. Y aunque yo no alcanzaba a entender por qué la vida me puso a Mario en mi camino si no era para quedarse, ahora todo me parece mucho más lógico y coherente.

Hola, Islandia

Los días previos a mi marcha estuve bastante irascible, lo reconozco. Pero es que tenía tantas cosas en la cabeza que pensé que en algún momento me iba a explotar. Había dos cosas, que no tenían nada que ver la una con la otra, que me traían loca. La de España era clara: Mario. No podía creerme que fueran las últimas horas a su lado y que luego, igual que se acaba el verano, se fuera a acabar también lo nuestro. Pero desde la conversación en la que dejamos claro que lo más sensato para ambos sería seguir con nuestras vidas sin compromisos de ningún tipo en cuanto a nuestra relación, no habíamos vuelto a hablar sobre el tema ni habíamos puesto sobre la mesa ninguna otra opción al respecto. De hecho, por no hablar no le comenté ni siquiera nada sobre eso que mencionó una vez de relaciones abiertas, ni me confesé sobre el hecho de que en mi finde playero con Eli me había dado cuenta de no querer conocer a ningún otro hombre. Para qué, si ahora íbamos a tener ambos vía libre. En eso habíamos quedado. La cosa es que mi cabeza me decía que era lo mejor, pero el corazón... El corazón lloraba por dejar pasar la oportunidad de construir algo con alguien como él. Eso sí, hacía unos ocho meses ya había vivido la peor ruptura de mi vida, y esto ahora no me suponía tanto sufrimiento como aquello. Creo que me volví fría y, simplemente, no quise escuchar a mi interior y darme cuenta de todo lo que me dolía no poder compartir con Mario mi experiencia en Islandia. Entre las películas que me había montado en mi cabeza estaba, por ejemplo, que él podría venir a visitarme un par de veces y yo volver a España otras dos. Islandia y España están bien comunicadas en avión y los vuelos no son excesivamente caros, ni el trayecto demasiado largo. Esa sería una opción viable si hubiéramos decidido intentar esperarnos el uno al otro de alguna manera. Pero no lo habíamos hecho, sino que más bien habíamos quedado en todo lo contrario. Y mientras mi cerebro me decía que lo mejor era espaciar los momentos con Mario para no notar, de golpe y porrazo, cómo faltaba en mi vida desde que yo estuviera en mi nuevo destino, las ganas y los impulsos de vernos solían ganar la partida y al final siempre terminábamos quedando con la misma asiduidad. Incluso Mario durmió los últimos días en mi casa como si se hubiera instalado en ella.

Mi otro quebradero de cabeza, que no está nada relacionado con Mario, era mi alojamiento en Reikiavik. No quería aventurarme alquilando ninguna estancia para los seis meses sin haberla visto en persona, pero necesitaba un sitio decente donde quedarme durante los primeros días. Por ello, y tras darle muchas vueltas, decidí reservar una habitación en una preciosa casita a las afueras de la capital por Airbnb para la primera semana. La mujer que vivía allí, por la foto que aparecía en la página web, era una señora que aparentaba tener algunos años más que mi madre y

tenía el aspecto de alguien muy amable y entrañable. Me puse en contacto con ella a través de la herramienta digital y la informé de quién era y mi objetivo para esa semana en su casa, a lo que me contestó que me ayudaría en todo lo que necesitara. Eso me daba seguridad y confianza, así que logré tranquilizarme en ese aspecto.

Mis amigas también andaban nerviosas con mi partida. La madre de Claudia había acabado, por el momento, la quimioterapia, y aunque estaba muy débil todavía, las náuseas y vómitos habían cesado por fin y ya no estaba tan malita, lo que le ahorraba mucho sufrimiento a su hija. Pero después de dos meses dedicada al completo a su madre, mi amiga arrastraba un cansancio y unas sensaciones de encierro y ahogo tremendas. Así que me pareció una idea genial y el mejor favor que podría hacerle la propuesta que le lancé dos días antes de irme, en la cena de despedida que celebramos en mi casa las cuatro.

—Clau, dile a tu madre que se instale en mi casa mientras yo no esté. Seguro que tiene que seguir acudiendo a revisiones, pero así al menos tú podrás recuperar la intimidad en tu casa teniéndola controlada a solo unas manzanas —le propuse.

—Qué dices, Ire. No, no puedo aceptarlo. Es demasiado generoso —me respondió. Se notaba que no esperaba aquello.

—No seas boba y ni te lo pienses. Mi casa va a estar vacía, y ella la puede aprovechar. Lo necesitáis todos, venga, di que sí —le pedí.

—Lo que te ofrece Irene es tremendamente generoso, Clau, pero si te lo ha dicho es porque está segura de ello, para eso están las amigas. Yo también creo que te vendrá bien —me ayudó Iris mientras me guiñaba un ojo y me levantaba el pulgar como señal de que le gustaba mi ofrecimiento. Eli también asintió con la cabeza.

—Bueno..., lo pensaré. Muchas gracias, chicas, y sobre todo a ti, Irene, eres la mejor —me dijo con un tono y un semblante de lo más cariñoso que indicaban sinceridad en sus palabras.

Mientras tanto, a mí los nervios me invadían. Iba a hacer un cambio radical en mi vida y no sabía cómo iba a salir todo aquello. Entre tanta incógnita y con todos los preparativos de por medio, me había parado muy poco a pensar cómo sería mi trabajo allí. ¿Tendría suficiente con mi nivel de inglés como para apañármelas en el ámbito personal y profesional? Llevaba tiempo sin utilizar el idioma, de hecho, nunca había necesitado usarlo a diario, y solo me venía bien en mis viajes al extranjero. ¿Y mi relación con mis compañeros? ¿Me acogerían con los brazos abiertos o pasarían bastante de la española que viene solo para seis meses? Cuando fui de vacaciones a la isla la gente era muy amable, pero no había tenido la oportunidad de tratar codo con codo con compañeros de trabajo, personas a las que vería a diario y con quienes forjaría una relación a medio plazo.

La noche anterior a mi partida la pasé, por supuesto, con Mario. ¿Es posible que fuera la más feliz y la más triste de nuestra corta relación? Juraría que sí. A él se le notaba afectado por lo que nos deparaba la vida a partir de ese momento, y a mí, en cierto modo, eso me consolaba un poco porque quería decir que habíamos sido de verdad.

—Irene, no te miento si te digo que este ha sido probablemente el mejor verano de mi vida —me dijo mientras cenábamos *sushi* con un fresquito vino blanco *gewürztraminer* Viñas del Vero.

—Gracias..., la verdad es que ha sido genial. En cierto modo me siento un pelín culpable de que esto se acabe porque yo me voy mañana —le confesé.

—Ni de broma, bombón. Tú tenías tu vida y tus circunstancias antes de conocerme, y el proyecto de marcharte a Islandia ya estaba en tu mente antes de lo nuestro. Es lo que debes hacer, tu último año ha sido muy intenso, lleno de bajones, pero espero que también de apasionantes subidas. —Y marcó con su sonrisa esos hoyuelos que sabía que me derretían mientras lo decía—. Algo así como una montaña rusa. Necesitas estabilizarte, encontrar tu equilibrio. Jamás podría reprocharte ni un ápice de lo que estás haciendo y lo que estás a punto de comenzar —me comentó.

La verdad es que había entendido perfectamente por qué me iba y cuál era mi objetivo. En realidad, todo su ser parecía comprender a la perfección lo que yo necesitaba en cada momento. De hecho, nuestra conexión no había sido casual.

—Gracias de verdad, Mario... Gracias por todo, eres lo mejor, sin duda, que me ha pasado este verano. Sin ti nada sería igual, me has ayudado a sacar una parte de mí que pensaba que había muerto.

—Nunca olvides que eres fuego, que puedes con todo, que tienes fuerza, que das luz.

Esas palabras me emocionaron y, con todas las emociones que tenía en aquel momento, no pude evitar derramar unas lágrimas. Él, de una manera muy tierna y sexi al mismo tiempo, me las secó con su dedo y ambos nos fundimos en un solo ser. Qué bonito era Mario, por fuera y por dentro. Qué bonita casualidad conocernos, pero debía mirar esto por el lado positivo: si solo medio año después de mi separación de Alberto había podido conocer a alguien tan maravilloso, es que aún había esperanza. El mundo debía estar lleno de gente apasionante por descubrir, y debía centrarme en ello. Pero, de momento, viviría las últimas horas de mi estancia en Zaragoza de la mejor manera posible, y eso solo podía tener su nombre.

Cuando nos despedimos al día siguiente también lloré. Mi vuelo salía de Madrid por la tarde, pero el AVE que me transportaba hasta allí salía a las once de la mañana. Me llevarían mis padres a la estación, ya que iba bastante cargada. ¡Hay que ver lo que ocupa la ropa de abrigo! Así que lo último que hicimos en mi piso fue desayunar juntos. No parábamos de mirarnos, como si no fuéramos a volver a vernos y tuviéramos que quedarnos con cada detalle de nuestra cara, de nuestro rostro, de nuestro cuerpo, para no olvidarnos jamás. Y después de todo ello, me quedé allí en mi casa, sola, con las maletas hechas, tras su última frase de despedida:

—Vive esta experiencia, Ire, te la mereces, eres alguien especial. Brillas con luz propia, como el fuego. Te va a ir genial. Pero no me olvides, sobre todo, no me olvides, porque yo no lo pienso hacer.

Qué dos meses y medio tan bonitos, qué aventura tan inesperada. Yo me iba a casi cinco mil kilómetros en busca de experiencias vitales y, sin embargo, había tenido al lado de mi casa la

más apasionante de mis últimos años. Tan cerca..., y ahora, tan lejos.

Fue un día duro y un viaje largo. Primero, a Atocha. Luego, a Barajas. Y, por fin, a Reikiavik.

Bajé del avión con una sensación de vértigo absoluta, y nada tenía que ver el aterrizaje ni las alturas del propio medio de transporte. El vértigo era interno. Estaba ya a miles de kilómetros de mi tierra y sola. «Sola», me repetí internamente. ¿Qué hacía yo allí? ¿Cómo había llegado a esta situación? ¿Estaba segura de lo que quería? Me moría de miedo y no podía evitarlo. En aquel momento toda esa adrenalina positiva que venía sintiendo las semanas previas a mi partida parecía haber desaparecido y solo quedaba la parte de la congoja, la incógnita, el pánico y la tremenda sensación de soledad. Era como si me pusiera frente a alguna de esas maravillosas cascadas islandesas que recordaba, muy al borde del precipicio, y mirara al vacío. Pero eso era justamente lo que debía sentir en aquella situación, y luego lo comprendí.

Recogí mis maletas y las remolqué como pude hasta un taxi que me llevaría a mi nuevo hogar provisional. Allí me esperaba Frigg, la dueña de la casa y mi compañera de experiencia durante esa primera semana, que fue mucho más difícil de lo que pensaba. Era una señora de lo más adorable, con el pelo blanco, que le llegaba por los hombros, aunque lo llevaba recogido en una coleta casi siempre. Alta y con la piel blanca y sonrojada, muy de aspecto *made in Iceland*. De complexión más bien delgada y con una sonrisa casi permanente que logró tranquilizarme bastante en cuanto la vi. Esa apariencia hospitalaria fue exactamente lo que necesitaba para sentir que algo fluía en aquella aventura que acababa de empezar y que me estaba provocando más miedos, dudas e inseguridades que nunca.

Frigg me recibió con un cálido abrazo en un Reikiavik gélido un jueves de mitad de agosto a las diez y media de la noche. Recuerdo perfectamente que la luz iluminaba todavía la ciudad, debido a ese sol de medianoche que reina en Islandia durante un par de meses al año, desde final de junio hasta mitad de agosto. Cuando fui la primera vez a Islandia viví este fenómeno, conocido como las noches blancas. Se trata de una época en la que en el país apenas hay horas de oscuridad y prácticamente todo el día luce con claridad. Al ir en furgoneta y dormir en la misma, recuerdo los despertares a las cinco de la mañana a causa de la luminosidad del día, que apenas había comenzado para la mayoría de las personas. Además, casi ningún día nos acostábamos con una negrura tajante, propia de las noches que yo había vivido en España desde siempre. De hecho, alguna jornada en la que trasnochamos más, me di cuenta de que no llegué a ver una cerrazón nocturna total. En realidad, las horas en las que el sol se escondía no lo hacía por completo, y aunque supuestamente en horario de once o doce de la noche a tres o cuatro de la mañana tocaba que fuera «de noche», era una noche mucho menos noche de lo que nosotros conocemos. Un fenómeno apasionante que, sin embargo, me impidió ver las famosas auroras boreales que yo tanto ansiaba. Seguro que esta vez mi estancia me concedía ese deseo y podía ser testigo de algún episodio de estas características.

Entré en la casa de Frigg, que por cierto era de cuento. Estaba a solo quince minutos caminando de la parte más céntrica de la ciudad, tal y como había apuntado su dueña en Airbnb.

Pero parecíamos estar muy alejados de toda civilización urbanizada. Era una zona de lo más tranquila que integraba un puñado de casitas preciosas, de color azul y blanco, con su porche, sus escaleras de entrada y su jardín. Las viviendas se estructuraban en tres pisos, qué maravilla de estampa. Cuando me adentré en ella, la sensación de calma que me había proporcionado Frigg unos instantes antes se multiplicó por diez. Aquella casita me hacía sentir cómoda, el ambiente transmitía calma y paz y todo estaba limpio y ordenado meticulosamente. Olía a madera y eso me gustó. Mi nueva casera me acompañó a mi estancia, que no era una habitación para mí sola, sino un piso entero de su hogar. Frigg me enseñó el ático que había acomodado al detalle para que mis días allí fueran lo más agradables posible, y a mí, en ese momento, tan lejos de casa, tan sola pero en un lugar tan bonito, me entraron unas ganas tremendas de llorar por esa mezcla de sentimientos que albergaba en mi interior y que acumulaba, reprimidos, desde hacía ya unos días. Pero me contuve para no parecer una niña blanda y frágil desde el primer momento. La mujer debió intuir en mi rostro esa necesidad, porque me preguntó, en un perfecto inglés, si todo estaba a mi gusto. Le sonreí y asentí, mientras le daba las gracias por todo. Recogí mis cosas mientras ella me esperaba en el salón de la primera planta con algo de cena caliente.

Aquel primer contacto con Frigg me hizo sentir muy bien. Se notaba que ella cuidaba al máximo a sus huéspedes y que pretendía, de corazón, que yo me sintiera a gusto en su hogar. Estuvimos hablando más de una hora, y comprobé con alegría que mi inglés no estaba nada oxidado y que era capaz de comunicarme fluidamente con ella, sin apenas tener problemas de vocabulario ni de comprensión por ninguna de las dos partes. Le conté que era un día complicado, que había dejado atrás toda mi vida hacía menos de veinticuatro horas para embarcarme en aquella aventura y que necesitaba reposar todo lo vivido y afrontar lo que me esperaba a partir de ese momento. Ella me animó y me dijo que había sido muy valiente, que no todo el mundo es capaz de romper con su rutina y sus hábitos consolidados para empezar de cero y que me admiraba de verdad. Agradecí su comprensión y me fui a mi nueva estancia-habitación a eso de medianoche.

Y ahí estaba yo, en soledad, en una habitación nueva, que en realidad era una planta entera con su baño, su dormitorio y un rinconcito precioso que incluía una mesita baja y un pequeño sofá en el que pasaría momentos inolvidables y viviría algún que otro episodio no tan agradable. Era una pena que en unos días tuviera que dejar ese lugar para mudarme al piso que encontrara durante esa semana. Me gustaba mucho el olor a limpio y a madera de esa casa, me transmitía una sensación de hogar absoluta y deseaba con todas mis fuerzas que el lugar definitivo que encontrara para quedarme fuera tal y como Frigg había preparado mi estancia. En ese momento repasé mentalmente qué estarían haciendo en Zaragoza mis seres cercanos.

Mis padres, seguramente, estarían preocupados y angustiados por mi llegada a la isla y les encantaría haber podido hacer un agujero negro por el que poder viajar y teletransportarse, en un segundo, a mi nuevo destino. Ya les había avisado de que estaba sana y salva en Reikiavik, pero no estaba de más dejarles completamente tranquilos con un audio de WhatsApp que relatara lo

cálida que era la casa a pesar del frío que hacía al otro lado de esas paredes. Un mensaje de calma para hacerles saber que todo estaba bien. Así lo hice.

Iris estaría en su casa con Iván, como dos tortolitos de amor, viendo fotos y vídeos de su primer viaje como novios oficiales y sintiéndose nostálgicos por sus divertidas vacaciones. Cuando Iris volvió del viaje le había cambiado hasta el gesto de la cara. Más tranquila, más suave, como con una sobredosis de dulzura que no le pegaba nada, pero que al fin y al cabo todos vivimos alguna vez en la vida cuando nos enamoramos. Sin embargo, esa dosis de dulzura iba acompañada de un matiz que no acababa de cuadrarme, cierta preocupación por algo, quizás, que no llegué a investigar ni a adivinar antes de mi partida. Igual era algo puntual, pero debía seguir pendiente de ella, porque a lo mejor le preocupaba algo y no nos lo estaba contando.

Lo que estaba haciendo Eli lo sabía perfectamente porque me había estado mensajando con ella durante el día y conocía sus planes de ese día: Óscar le había propuesto tomar algo tranquilamente en algún bar del centro para contarse mutuamente cómo acabaron ese finde playero en el que se conocieron. Desde entonces, y no hacía tanto, no se habían visto, pero él le escribió el domingo por la noche al regresar a Zaragoza y habían estado chateando las últimas dos semanas, aunque todavía no habían dado el paso de verse de nuevo. Pero aquel era el día. A Eli le había entrado por el ojo este chico y quién sabe, quizás surgía algo de esta historia.

Claudia, probablemente, ya dormía a estas horas. Habíamos quedado en que se pensaría bien lo de ofrecer a su madre mi casa mientras yo estuviera fuera, para poder tener algo de independencia, ahora que se encontraba mejor. Raúl me había escrito antes de coger mi vuelo para darme las gracias por la oferta y comentarme que estaban estudiando la posibilidad de aceptar y para dejarme claro que, si lo hacían, correría de su parte todo lo relacionado con los gastos de consumo del piso. Ojalá decidieran que sí, porque seguro que les venía genial a todos.

Y Mario. ¿Qué estaría haciendo Mario en ese momento? Nos despedimos en mi casa con mucha impotencia. Lo pasábamos bien juntos y habíamos encontrado un equilibrio precioso entre lo apasionante de la novedad y la comodidad de lo conocido; la energía de la diversión y la calma de la rutina; lo excitante de la pasión y la dulzura del romanticismo. Pero, sobre todo, nos reíamos. Nos reíamos mucho y sentía que podíamos ser transparentes el uno con el otro. Le iba a echar mucho de menos y tenía una mezcla entre miedo a que nunca más pudiera ser y esperanza de que algún día nos volviéramos a encontrar. Pero tenía que concentrarme en mi nueva realidad para disfrutar al máximo esta experiencia que tenía fecha de fin, ya que, si no, me arrepentiría para siempre. Además, tenía que ser fiel a mis principios. ¿No decía yo siempre que el destino provoca que lo que es para alguien acabe finalmente siéndolo? Pues aplícate tus propios dogmas, Irene.

Antes de irme, en aquella cena de despedida entre los dos, habíamos hablado sobre si mantendríamos o no el contacto. Y dejamos la posibilidad abierta. No podíamos cerrarnos la puerta a escribirnos o llamarnos si era lo que nos apetecía en alguna ocasión, ni pautarnos la obligación de contactar el uno con el otro si no nos iba a salir de dentro. Y a mí en ese momento

me apetecía muchísimo contarle que ya estaba instalada, que la casita que habitaba y la dueña eran puro amor, pero que yo estaba agotada y cagada de miedo. Que el viaje había sido muy largo y me hubiera encantado tenerle cerca para quejarme un poco del cansancio mientras me consolaba a besos y caricias. Que le echaba de menos muchísimo. Pero no lo hice. No en ese momento. Era demasiado pronto para un primer contacto con el chico con el que no estás ni tienes ninguna relación y quien tampoco es, en el sentido más fiel de la palabra, tu amigo, por motivos evidentes. Si algo había aprendido con mi divorcio, es que las cosas es mejor reposarlas y madurarlas, aprender a gestionarlas, conocer cómo vas reaccionando a todo lo inesperado de la vida. Pero entonces me sonó el móvil, y aunque fue él quien dio el primer paso, no pensaba muy distinto a mí:

Mario

Necesito saber que estás bien, que has llegado a tu destino y que no ha habido incidencias. Con un simple «Hola» me daré por enterado.

Y puso al lado un emoji del fuego.

Irene

Hola.

Respondí en un solo mensaje, pero seguí escribiendo.

Irene

Me parece demasiado frío un triste «hola» para todo lo que me has apoyado con esto en los últimos meses. Así que te diré, además, que estoy agotada, que ha sido un viaje muy largo, pero que la casita y su dueña son adorables. Estoy segura de que, de alguna manera, iremos estando en contacto. G R A C I A S.

Y le devolví el emoji del fuego y un beso.

Me respondió con otro beso y acabó nuestra conversación. Había sido corta, sí, pero en ese momento me pareció suficiente e incluso necesaria, además de una señal de que él tampoco podía sacarme de su cabeza, como me ocurría a mí. Me dormí así, con Mario en mi mente, y esa noche estuvo muy presente conmigo. Soñé cosas muy bonitas y fue como encontrarnos en el limbo de la consciencia. Como si dos personas que se sueñan mutuamente pudieran, en un universo paralelo, el del subconsciente, juntarse y disfrutar el uno del otro. ¿Sería eso posible?

Período de adaptación

Me pasé toda la primera semana haciendo papeles como una loca. Maldita burocracia. También me acerqué a mi nuevo puesto de trabajo, donde había quedado con el rector de la University of Iceland para conocernos, enseñarme las instalaciones y darme alguna documentación que podría servirme para aterrizar de una manera más ordenada.

Menos mal que mi ya adorada Frigg me echaba una mano cuando algo estaba en islandés y no encontraba una traducción lógica al inglés o al español. Google Translate me salvó el trasero muchas veces, pero no es perfecto, ya sabes. Además, me estuvo recomendando algunas casas y yo fui a visitarlas, pero este tema me traía realmente de cabeza. No encontraba una opción a mi gusto en lo que a vivienda se refiere. La mayoría eran bastante caras, y las que yo me podía permitir eran compartidas con no sé cuántas personas. La verdad, de momento no me apetecía tener compañeros de piso. Ya sé que es la manera más cómoda y sencilla de hacer un poco de vida social, pero es que ese asunto de socializar tampoco me preocupaba en exceso. Recordemos que aunque había hecho grandes avances en esto de conocer gente y mostrarme más extrovertida, nunca había sido mi punto fuerte. En realidad, necesitaba tiempo para mí y tenía pocas ganas de coordinarme con nadie para las cuestiones básicas de convivencia. Solo había compartido piso dos veces en mi vida: con mi amiga Claudia, en Madrid, y con Alberto, claro. Y sabía que yo no era una persona especialmente fácil porque, lo reconozco, soy un desastre. Dejo mis trastos por el medio, no soy demasiado coqueta para el hogar y paso un poco de que todo esté perfecto. Además, prefería intimidad y poder hacer las cosas a mi manera. A las pegas mencionadas de las casas que visitaba había que sumarles contras de ubicación, extensión, características varias... Vamos, que todas tenían algo negativo que me echaba para atrás y me impedía decidirme por alguna. Cuando ya pensaba que me iba a dar algo del agobio que llevaba encima, Frigg me hizo una propuesta:

—Cariño, ¿por qué no te quedas aquí los seis meses? Acordaremos un precio y, si tú estás a gusto, a mí también me vendrá bien algo de compañía —me dijo en su perfectísimo inglés.

Me quedé perpleja unos segundos. La verdad es que no se me había ocurrido esa opción, quizás porque daba por hecho que mi casera tenía el negocio de su vida montado en Airbnb y que le saldría más rentable tener su ático como alquiler vacacional que como un arrendamiento a medio plazo. Pero medité unos segundos su ofrecimiento y solo le vi ventajas: Frigg era un encanto, yo tenía prácticamente un piso para mí sola, con baño, dormitorio y hasta un balconcito precioso desde cuya cristalera se veía mucha naturaleza; estaba en una ubicación muy cómoda

para mis desplazamientos y, además, había podido comprobar que esta señora cocinaba de muerte.

—Vale —respondí pronto—. ¿Tú estás segura, Frigg? No quiero que te sientas en la obligación...

—Oh, no. Me gustas, Irene. Mi hija se marchó a Noruega hace unos años y, desde entonces, tengo pocos quehaceres. Me gustará verte por aquí a diario y ayudarte en lo que necesites. Por mi parte, puedes quedarte.

—Genial, muchísimas gracias. —Y haciendo alarde de mi carácter español, le di un abrazo que creo que no se esperaba, pero que me devolvió de manera automática en seguida.

Asunto del piso: solucionado. Esperaba con todas mis fuerzas que aquello saliera bien y que ambas estuviéramos a gusto durante mi estancia allí. Aquella tarde pasé un buen rato hablando con Frigg, y me contó algunas cosas sobre ella que me enternecieron mucho.

No había tenido una vida fácil. Su marido tuvo una larga enfermedad que comenzó hacía once años y tuvo un fatal desenlace hacía cinco. Ella y su hija cuidaron de él hasta el último minuto, proporcionándole amor, cariño y atendiéndole en sus necesidades básicas, para que pasara ese tiempo lo mejor posible, dentro de las circunstancias. Esto dejó a Frigg hundida y agotada, como es lógico. Así que su hija, que tenía más o menos mi edad, congeló sus planes de marcharse fuera de Islandia un par de años hasta que su madre lograra levantarse del duro golpe. Acababa de terminar su máster universitario y tenía una oferta laboral en Noruega, pero aun así priorizó la familia y permaneció en la isla, trabajando en empleos para los que estaba sobrecualificada, con tal de asegurarse de que su madre no se desplomaba del todo. Qué admirable. Me recordaba un poco a mi amiga Claudia y, desde luego, ole por todas aquellas personas que sacrifican lo más valioso de la vida, el tiempo, para apoyar a sus seres más queridos. Así se lo hice saber a Frigg y ella me respondió, tan natural, que yo hubiera hecho lo mismo que su hija si me hubiera visto en aquella situación. ¿De verdad lo habría hecho? Me lo preguntaba a mí misma con sinceridad, porque no tenía una respuesta rotunda a esa cuestión. Quizás sí, pero solo de pensarlo me entraba un agobio interno tremendo. A ver, que tampoco hubiera dejado a nadie querido tirado como una colilla, pero tal vez hubiera buscado algún punto intermedio, una solución más temporal o algo así. O no. Igual hubiera actuado exactamente del mismo modo y ni hubiera pensado en otra alternativa. Estas cosas solo pueden tenerse claras una vez que las vives.

El caso es que Frigg, que me había contado que su nombre significaba «amor» en noruego, había logrado recuperarse casi del todo de la larga enfermedad y el posterior fallecimiento de su marido gracias al calor de su hija. Cuando esta lo percibió, retomó sus planes profesionales y encontró de nuevo un trabajo en Noruega, que esta vez sí aceptó.

Mi casera me contó que a su hija le costó mucho tomar la decisión porque entre ellas se había forjado una gran unión, pero ella animó a su «pequeña», como ella misma la llamaba en algunas ocasiones, para que tomara de una vez las riendas de su vida y dejara de ser el tronco sobre el que su madre se sostenía. Frigg notó mucho su marcha, claro. Pero empezó a apuntarse a cursos,

a salir con alguna vecina e incluso puso una parte de su casa en alquiler para conocer nuevas personas y vivir experiencias únicas. Le gustaba tener su hogar lleno de gente curiosa y maravillada por este país, y le encantaba recomendarles a los inquilinos sitios que visitar para que todavía quedaran más impactados por la belleza de Islandia. Hasta que llegué yo y el concepto le cambió de nuevo. Ahora me tendría a mí durante seis meses y podría trabajar menos, ya que una de las condiciones que le puse es que se despreocupara de todo tipo de tareas que habitualmente realizaba para sus huéspedes: lavado de sábanas, toallas, limpieza... Me ocuparía yo de mi espacio y restaría trabajo a Frigg, ya que su beneficio económico iba a ser también menor.

Esa tarde de acercamiento y conversaciones con Frigg me sirvió para sentirme un poquito más unida a mi nueva experiencia. Los miedos seguían ahí, dentro de mí y dispuestos a desestabilizarme fácilmente, pero poco a poco empezaba a coger ciertas rutinas y me acostumbraba a mi entorno, algo que comenzaba a darme una cierta calma que necesitaba.

Me quedaban tres días para empezar oficialmente a trabajar y ya había resuelto todo el papeleo pertinente que tenía pendiente, gracias en parte a que el tema de la casa ya estaba gestionado y a que no tuve que trasladarme a ningún otro sitio. Me apetecía aprovechar mis últimos momentos libres para disfrutar un poco de algunos rincones cercanos a Reikiavik que yo recordaba con gran cariño. Uno de mis quehaceres en los últimos días había sido alquilarme un coche. Quería tener la flexibilidad de moverme y en Islandia las distancias son bastante largas, por lo que un coche era la opción perfecta para disponer de esta libertad. Además, la mayoría de los pueblos y lugares turísticos están diseñados para poder aparcar prácticamente en la puerta. En Islandia son muy comunes los restaurantes y bares a pie de carretera con grandes espacios para dejar los coches o con aparcamiento en la propia puerta. Lo mismo ocurre con muchas de las cascadas más imponentes del país: hay un *parking* a escasos metros del lugar. Esto es algo que me sorprendió mucho la primera vez que estuve, y es que si a pie de carretera existen fenómenos de la naturaleza tan maravillosos como los que yo vi, qué no habrá si te adentras en lo más profundo de la isla. En el hielo, en las caminatas, en los cauces de los ríos, en los glaciares. Tiene que ser simplemente mágico. Este es uno de los adjetivos que utilizó para su territorio el joven que nos alquiló a Alberto y a mí la furgoneta en la que pasamos dos semanas rodeando Islandia. Nunca olvidaré que nos dijo: «Este lugar es mágico, disfrutad de su energía», justo antes de darnos las llaves de aquel vehículo que convertimos en nuestro hogar durante quince días. Y vaya si tenía razón. A partir de ese momento descubrí toda la fuerza del país, que parece gritar a los cuatro vientos que la naturaleza es poderosa para decirle al mundo que el planeta es vida y la vida, queridos, no tiene por qué ser solo la humana. Fui plenamente consciente de ello y me paré a pensarlo por primera vez cuando descubrí en primera persona la furia de cascadas cayendo a decenas de metros de altura o cuando presencié a la tierra escupiendo agua hirviendo de su interior. Eso, desde luego, solo puede ser magia, la magia de un mundo tan perfecto que alberga a seres tan diversos como necesarios para seguir girando, un lugar tan especial en el universo que

debemos cuidar y respetar si queremos mantenerlo tal y como lo conocemos. Islandia, en mi primer viaje, me conectó con la naturaleza de una manera que no había experimentado antes y quería volver a sentir aquello.

Cogí mi coche y, tras avisar a Frigg de que pasaría el día fuera, puse rumbo a Gullfoss, una cascada que, lo reconozco, en mi primera visita me emocionó. Literalmente. No pude evitar que unas pocas lágrimas surcaran mis mejillas ante tal imagen. Fue como ver una brecha en la tierra, una brecha repleta de toneladas de agua desplomándose a merced de los saltos creados en las rocas. Una altura y una anchura de caudal para mí desconocidas hasta ese momento. Un verde alrededor precioso, casi brillante, resplandeciente. Y yo, tan pequeña, tan poca cosa... Vi desde unos metros de lejanía y altura los ríos de gente paseando por las orillas de aquella maravillosa creación de nuestro planeta. Parecían, y no exagero, hormiguitas diminutas en aquel escenario. Quería volver allí, necesitaba verlo de nuevo.

Durante el trayecto, que fue alrededor de hora y media conduciendo, tuve tiempo para pensar en Mario. Llevaba ya una semana en la isla y solo había tenido un par de contactos con él vía WhatsApp. Le echaba muchísimo de menos, pero lo hacía de una manera más pausada, más madura, quizás, que la forma que tuve de notar la ausencia de Alberto tras mi divorcio. Es evidente que no puedo comparar el amor estable y la vida en común con Alberto durante ocho años con la pasión y la fugacidad de los tres meses que había estado con Mario, pero, al fin y al cabo, tampoco es una cosa de números ni de proporciones. Es algo del corazón. Y mi corazón estaba muy contento de haberse podido llenar un poco de ese ingeniero entusiasta de la naturaleza que estaba en la aplicación apropiada, en el momento preciso, para poder cruzarse en mi vida. Incluso me había llamado la atención que durante la última semana, y a pesar de que teóricamente Islandia era sinónimo de Alberto y eso debía influirme de alguna manera, mis pensamientos habían estado centrados en Mario. En qué haría, en cómo lo estaría llevando...

Después de nuestra miniconversación el día de mi llegada a Reikiavik, me había mandado por WhatsApp una canción el día anterior a mi escapada a Gullfoss. Ese había sido todo nuestro contacto en los últimos siete días. Insuficiente pero necesario. La canción era *Haz de luz* de Rayden, y en ella se transmite la relación entre lo que vemos y lo que vivimos y sentimos en la vida, un mensaje optimista que da por hecho que lo más especial no es lo más evidente a la vista y que se puede estar muy cerca de algo o alguien maravilloso sin tocarse, sin verse explícitamente, sino simplemente sintiendo. Un canto a la vida. O así lo interpreté yo, claro. Porque cada canción puede ser interiorizada de tantas formas... En realidad, había visto muchas veces el videoclip, cuenta la historia de dos hermanos, el pequeño de ellos, ciego, y el mayor de ambos le hace sentir que puede disfrutar de la vida poniendo el impulso y la fuerza en el resto de sentidos. Así que igual ese significado personal que yo le otorgué era ya demasiado subjetivo. Lo que sí es una realidad es que el estribillo decía: «Quiero que nos volvamos a ver», lo cual sí me tomé como una petición expresa. Mario acompañó la canción con un breve texto:

Mario

Espero que puedas experimentar todas las cosas bonitas que narra esta canción.

Y yo le respondí:

Irene

Si los ojos son de quien los hace brillar, no te resultará muy complicado saber a quién pertenecen los míos. Hace una semana que no brillan como lo llevan haciendo todo el verano.

Mario

Brillarán, Irene. De una forma u otra, brillarán. Disfruta mucho del país del hielo.

No quise entrar en una conversación más profunda, porque solo podía decirle que le extrañaba mucho más de lo que había imaginado. Así que le mandé nuestro tradicional fuego con un beso y ya no respondió, ni yo esperaba que lo hiciera. Entonces tenía la sensación de que necesitábamos reposar un poco todo lo vivido, toda la velocidad que cogió lo nuestro, y el gran frenazo que habíamos dado de golpe con mi mudanza. Como digo, en ese momento lo intuía, ahora tengo la certeza de ello.

Cuando llegué por fin a Gullfoss la sensación fue casi inexplicable. Tenía un revoltijo de nervios y sentimientos en mi interior que apenas sabía desgranar cada uno de ellos. Por un lado, ganas de ver de nuevo aquel lugar. Por otro lado, pena y tristeza por Alberto. Bueno, por él no, sino por cómo estábamos hacía poco más de tres años allí, tan unidos, tan felices, y por cómo habíamos acabado. Es cierto que después de ocho años es difícil acabar una relación de una manera amistosa, porque seguro que, al menos uno de los dos, no está de acuerdo completamente con la ruptura y se agarraría a un clavo ardiendo con tal de no aceptar de primeras la separación. Esa era yo y eso es lo que me había pasado. Pero me daba mucha lástima que todo lo vivido se resumiera ahora en frialdad y un puñado de recuerdos que se irían perdiendo con el tiempo. También sentía miedo a la decepción. La primera vez que vi Gullfoss la sensación fue de absoluta novedad, de grandeza, de sorpresa. Ahora el factor novedad y el factor sorpresa ya no eran los protagonistas, y me daba miedo que ese recuerdo que yo había seleccionado como uno de los mejores de mi vida se desplomara de golpe y me decepcionara. Que no fuera para tanto, que mi mente hubiera engrandecido aquel lugar. Pero no, en absoluto. Cuando, desde lejos, comencé a ver la cascada, fue como reencontrarnos aquel lugar y yo, con mucha ilusión, después de varios años. Sonreí sin darme cuenta y me paré de lleno, saludando internamente a la cascada y comprobando que mi recuerdo era bastante fiel a la realidad y que, desde luego, no era nada exagerado.

Aproveché el buen día que hacía para sentarme en una explanada verde desde la que se veía a lo lejos el agua cayendo y saltando con libertad y pasé allí varias horas. Disfrutando del olor a naturaleza, del sonido ensordecedor del agua, de las vistas inigualables. Me hice una foto con

Gullfoss de fondo y la subí sin pensarlo mucho a mi cuenta de Instagram. Lo que no sabía era la repercusión que aquel acto tendría en mi vida en ese momento.

Vienen turbulencias

A pesar de haberlo vivido sola, el día de Gullfoss fue bonito. La verdad es que nunca antes había viajado sola, y mira ahora, no solo se trataba de un viaje, sino más bien de una mudanza para varios meses, en un país desconocido, con un trabajo nuevo y sin conocer absolutamente a nadie en mi nuevo destino. No negaré que me hubiera gustado más tener con quien compartir aquella maravilla de la naturaleza, pero fue una jornada productiva porque estuve tranquila, pensando, disfrutando de mi entorno y en paz.

Una de las cosas que menos me gustaba de mi etapa de recién divorciada era la sensación de angustia permanente que la separación había dejado en mí. Era como una perturbación constante, un hueco vacío en el pecho que no me permitía alcanzar, en ningún momento, la tranquilidad. Supongo que se llama dolor y que es inevitable ante una situación como la que yo pasé. Pero era una sensación que parecía haber llegado para quedarse dentro de mí y yo ya estaba empezando a resignarme a que así fuera. Simplemente, tuve que acostumbrarme a ella y aceptar que esa especie de amargura formaría parte de mi ser, que igual que las cosas buenas marcan lo que eres, las malas también, y esa era una consecuencia irreversible de todo el sufrimiento que sentí con y tras la separación de Alberto. Pero entonces el tiempo me dijo que estaba muy equivocada y el destino puso a Mario en mi camino. Y supe que el vacío se iría llenando de otras pequeñas cosas, que no tenían por qué ser exactamente el mismo sentimiento. Me veía allí, ahora, en Islandia, después de un verano que jamás imaginé, en un destino que compartí con Alberto, y solo sentía paz. Qué maravilla, qué camino más duro había realizado, pero cuánto había avanzado.

Sin embargo, mientras pensaba en todo ello tumbada en mi cama, escuchando de fondo un mix de YouTube de canciones de *rock* e *indie* españolas, la calma se desvaneció de repente y solo sentí turbulencias y nervios. Una sensación que reconocía. Y otra vez esa angustia que me apretaba el pecho y me disparaba las pulsaciones a mil. Me llegó un mensaje y no, no era de Mario, ojalá lo hubiera sido. Era de Alberto.

Alberto

Irene, ¿cómo estás? Acabo de ver tu Instagram y me ha dado un vuelco el corazón. ¿De verdad estás ahora en Islandia? Si es así, saluda a la isla de mi parte. No he podido evitar escribirte. Espero que lo que vivimos allí no se nos olvide nunca a ninguno. Un abrazo muy fuerte.

Me vi allí, tan lejos de casa de Eli, a tantos kilómetros de Iris y Claudia... Ya no podía ir

corriendo a sus brazos, llorando, para que me consolaran tras ese mensaje que se me clavó en el pecho, justo en ese hueco vacío que se había instaurado de nuevo en mi interior nada más ver las palabras que me dirigía Alberto. Sus ánimos y su fuerza, la de mis amigas, me permitieron no responder a la felicitación que mi ex me mandó por mi cumpleaños. «Que se joda», dijimos todas a la vez en la cena de mi celebración mientras brindábamos por su estupidez, justo algunos minutos antes de conocer a Mario. Me hicieron prometer por lo más grande que no respondería, y les hice caso. Pero ahora, ¿qué? No podía ir lloriqueando a ninguna de ellas y, aunque la tecnología permite que estemos conectados a miles de kilómetros de distancia, a veces es necesario algo más. El contacto humano, el tú a tú, un abrazo, un beso. Ahora me tendría que enfrentar yo sola a esa situación y gestionarla lo mejor que supiera. Y lo hice de culo, la verdad. Porque fui débil y contesté. Con mi mudanza y mi nueva sensación de calma, sí, pero, al fin y al cabo, en soledad, estaba más vulnerable. Acababa de cambiar una vida por otra completamente distinta y ese mensaje no era lo mejor para reforzarme. Así que contesté, aunque nunca debí hacerlo.

Irene

Hola, Alberto. Sí, estoy en Islandia. De hecho, desde hace una semana vivo en Islandia, me he trasladado un tiempo aquí a dar clases de español. Me alegro de que esta imagen te traiga buenos recuerdos, que te vaya bien.

Creo que una parte de mí quiso hacerlo para demostrarle que sin él tenía nuevos proyectos, nuevas ambiciones. Fui algo distante y seca, pero el mero hecho de haber contestado ya era un símbolo de flaqueza por mi parte. Después de ocho años juntos, él me conocía y lo percibió, encontró la rendija por la que entrar y pasó hasta la cocina. No sé muy bien cómo, pero empezamos a entablar una conversación más larga de lo que esperaba.

Alberto

¿Qué dices? ¿Te has ido a vivir allí? ¡Qué pasada y qué locura al mismo tiempo! ¿No? Me alegro muchísimo, Irene, tenía muchas ganas de hablar contigo, de preguntarte cómo te va, de saber de ti, en definitiva. Pero no me sentía con el derecho a hacerlo. Lo siento, nunca me cansaré de pedirte perdón.

Entonces me calentó y tuve que responder.

Irene

¿Y qué es lo que sientes exactamente? ¿Las promesas vacías? ¿Los últimos meses en los que me hacías sentir una mierda? ¿Haberme roto el corazón? ¿O haberme engañado con otra durante vete a saber cuánto tiempo? Ya ves que tienes donde elegir.

Él supo que pedir perdón era su única opción en ese momento, si tenía la mínima intención de mantener algún tipo de relación conmigo.

Alberto

Siento todo, Irene. Todo lo que dices y mucho más. Creo que incluso siento haber tomado decisiones equivocadas. Solo espero que algún día te pese más todo lo que hemos vivido, y consigas quedarte con lo bueno. Entiendo tu odio hacia mí.

Irene

No te odio, joder. No puedo odiarte, ni siquiera puedo olvidarte. Porque cuando estoy a punto de lograrlo vas y me felicitas el cumpleaños o me escribes para recordarme lo bonito que fue nuestro viaje a Islandia. Tomaste tu decisión, asúmela y deja que pase página.

Alberto

Es lo justo, Irene. Pero solo quiero que sepas que estoy aquí, y que siempre voy a estar, pase lo que pase, necesites lo que necesites, cuenta conmigo si así lo deseas. Si en estos primeros días en un nuevo país sientes que quieres hablar con alguien, desahogarte, lo que sea, aquí estaré, siempre.

En ese momento tuve el valor de no responder, pero ya me había tocado la fibra y ya me estaba volviendo loca de nuevo. Sin embargo, empecé a tomar unas cuantas malas decisiones seguidas que casi consiguen hundirme tan hondo como lo estaba hacía seis meses.

Me lavé la cara y me limpié las lágrimas. Ya no lloraba de tristeza, ahora lloraba de rabia, de impotencia, de enfado. ¿De qué va este tío? Se piensa que puede desaparecer, romper con todo y luego aparecer cuando le da la gana porque sus malditos remordimientos de conciencia le impiden dormir tranquilo. O igual ya no está con ella y pretende que todo vuelva a ser como antes. O igual hasta me quiere tener ahora de amante. Su exmujer convertida en amante. Lo que me faltaba. Cuando conseguí calmarme un poco bajé a la cocina y, en cuanto Frigg me vio, me preguntó:

—Cariño, tienes mala cara, ¿estás bien?

Sus palabras fueron la mecha que encendió mi maremoto de lágrimas de nuevo, así que me derrumbé ante su atónita mirada y no tuve otro remedio que contarle mi historia con Alberto, mi fugaz romance con Mario y toda la marabunta de sentimientos que arrastraba en mi interior. Ella me escuchó atentamente, haciendo algún breve comentario entre capítulo y capítulo, y cuando acabé se atrevió a decir:

—Tu exmarido está siendo muy egoísta y debería entender que no puede hacer eso contigo. Pedir el divorcio y después seguir presente en tu vida sin que tú puedas pasar página. Oh, no, eso es injusto. Pero, Irene, debes mantenerte firme, no le des el gusto de verte derrumbada. Sin

embargo, ese Mario que me cuentas... te ha dado alas para venir aquí y te está dejando tu espacio para que encuentres tu camino.

—Pero, Frigg, igual no me está dejando espacio y simplemente se ha desentendido de lo nuestro. Lo conozco desde hace poco, pero ha sido todo muy intenso, y me cuesta no tenerle cerca para contarle todo lo que siento en esta aventura.

—Eso solo lo sabrás con el tiempo, cielo. Pero lo que parece es que tu exmarido se arrepiente de su decisión y necesita saber si puede recuperarte, y ese chico, Mario, simplemente ha dado un paso al lado, pero no atrás, para que logres estabilizar tus sentimientos.

—Gracias, Frigg, no imaginas lo valiosas que son tus palabras para mí. El lado positivo es que ahora estoy aquí, muy lejos de mi país, y tengo la distancia que necesito para aclarar mis ideas.

—Seguro que Islandia te ayuda a poner tu vida en orden, querida Irene —me respondió totalmente convencida de sus palabras. Lo cierto es que no le faltaba razón.

Yo todavía no me podía creer la conversación con Alberto. Si me hubieran preguntado si creía que él me escribiría en esos términos de arrepentimiento algún día, mi respuesta habría sido tajante: no. Fue muy frío en nuestro proceso de divorcio, tanto que llegué a pensar que no le afectaba lo más mínimo lo que nos estaba ocurriendo y que realmente me había dejado de querer por completo. Lo pasé muy mal por su actitud, que, sumada al hecho de que mi vida se desmoronaba, no me dejó muchas cosas a las que agarrarme. Así que sus mensajes ahora me provocaban bastante ira, aunque al mismo tiempo reconozco que me agradaba recibirlos. Pero no sabía si era puro orgullo, que provocaba la satisfacción de ver cómo se estaba, en cierto modo, arrepintiéndose de lo que había hecho hace meses, o es que yo aún sentía lo suficiente por Alberto como para darle una segunda oportunidad. Esto, dicho así, me parecía una locura absoluta, pero yo no podía controlar todo lo que su reaparición en mi vida me removía por dentro. Quizás con Mario cerca esto no hubiera pasado. No hubiera tenido dudas, no hubiera, ni siquiera, respondido a sus mensajes. Pero Mario no estaba ahí conmigo, ni tampoco estaba esperándome en España, aunque igual se encontraba más cerca de mí de lo que yo pensaba. Me puse la canción que días antes me había enviado y dejé mi mente libre por un momento, porque creía que iba a explotar. Y justo en ese instante en el que me concentraba en la letra de la canción y trataba de ordenar, de alguna manera lógica, mis sentimientos y los últimos acontecimientos ocurridos, me sonó de nuevo el móvil.

Mario

Hoy he caminado mucho rato por el Pirineo y me faltabas tú al lado, con tu emoción y tus caras de cansancio y sorpresa al mismo tiempo. Solo quería que lo supieras.

Irene

Ojalá estuvieras aquí y pudiera enseñarte todas estas maravillas. Te pasarías todo el día boquiabierto y sería yo quien disfrutaría de tus caras de emoción.

Y así, a pequeñas pinceladas, Mario y yo nos transmitíamos, a nuestra manera, lo muchísimo que nos echábamos de menos y lo que nos estaba costando hacernos a esta nueva situación. No queríamos ser más explícitos, yo creo, por miedo a quemarnos del todo. El ritmo vertiginoso en el que habíamos vivido durante los últimos meses lo excusábamos, en parte, con mi marcha a Islandia. Hacíamos tantas cosas, nos veíamos tanto, nos comíamos mucho, porque esto se iba a acabar al tener que irme tan lejos. Era como una especie de *carpe diem* al máximo exponente. Pero si ahora, después de todo, nos manteníamos distantes, era porque sabíamos que sería lo mejor para nosotros y la única manera de poder forjar una historia con unos cimientos fuertes y sanos. Sin embargo, mis dudas sobre sus sentimientos siempre estaban ahí, y si tensábamos mucho la cuerda podría romperse. La frialdad propia de la distancia y la ausencia se instauraría y habríamos renunciado a dejarnos la puerta abierta y a que nos uniera algo más que un verano inolvidable.

Las siguientes semanas pasaron rápido gracias a mi nuevo trabajo. He de confesar que tuve la suerte de sentirme realmente cómoda en mi empleo. Tenía varios compañeros de diferentes nacionalidades: Argentina, Francia, Noruega o Albania. La multiculturalidad en la universidad era una realidad y no me costó nada adaptarme ni hacer buenas migas con algunos de ellos. ¡Incluso hicimos una cena de inauguración del curso que me vino genial para distraerme! Así saldría de mi reducida vida social, que se centraba en Frigg, y ampliaría un poco mi círculo.

Por su parte, Alberto empezó a escribirme cada vez más a menudo y, casi sin darme cuenta, yo le contaba mi recién estrenada vida en Islandia con cierta naturalidad. En el fondo de mi ser me gustaba tenerle ahí, preocupándose por mí, interesado en mis rutinas y en esa nueva experiencia que, si hubiéramos seguido juntos, jamás habría vivido. Me había enterado por gente en común que ya no estaba con su novia. Poco les había durado el romance. O mucho, no sé, según el tiempo que llevaran juntos antes de nuestro divorcio. El caso es que, egoístamente, me alegré de que lo suyo no funcionara. Que no es que no le deseara toda la felicidad del mundo, que honestamente sí lo hacía, pero no con ella. Maldad, rencor, despecho. Llámalo como quieras, pero es lo que sentía. Lo que yo sí tenía claro es que no quería volver a tener nada sentimental con él. Las últimas semanas me habían servido para reflexionar al respecto y llegar a esta certera conclusión. Me parecía una bonita forma de seguir en contacto, después de todo lo vivido. Esa sensación que tuve de tristeza al pensar que entre mi ex y yo solo había frialdad y promesas vacías iba desapareciendo y sentía que era capaz de saber de él sin que me doliera, sin pretender una reconciliación, algo que, de hecho, si lo pensaba bien, me causaba rechazo. No sé si él lo tenía tan claro, porque he de reconocer que algunos de sus comentarios me confundían, o la manera que tenía a veces de hablarme me hacía pensar que quizás en su cabeza sí existía la opción de volver a estar juntos.

Tampoco quiero decir con esto que estuviéramos todos los días colgados al teléfono, ni mucho menos. Pero para mí ya era bastante estar en contacto una o dos veces a la semana e ir ganando naturalidad al mismo tiempo que perdía rencor hacia él. Con Mario, sin embargo, la

cosa estaba algo estancada y no pasábamos de alguna frase ambigua cada tres o cuatro días. En realidad, hablaba prácticamente con la misma asiduidad con ambos, pero con Mario me sabía a poco. Yo quería pensar que él, como yo, miraba y remiraba nuestras fotos juntos del verano, que sonreía mientras recordaba bailes bajo la luna o adrenalina bajo el sol y que me echaba de menos más de lo que hubiera imaginado. Pero la verdad es que no tenía la certeza de nada de todo aquello, y solo me quedaba agarrarme a mi nueva vida y evadirme en lo novedoso de esa nueva rutina que estaba creando para no pensar mucho y conseguir mi objetivo con ese viaje: crecer internamente, aprender a ser más independiente, conocerme mejor y saber qué me hacía feliz en esta vida para no perderlo de vista jamás.

Los días eran ya muy cortos en Islandia, era casi el mes de octubre y a las siete de la tarde la oscuridad reinaba en las calles de Reikiavik. Yo estaba algo molesta con mi nuevo país de residencia porque ansiaba con todas mis fuerzas ver en algún momento, por fin, una aurora boreal. Las noches blancas de mi primer viaje a la isla no me habían permitido disfrutar de esa maravilla y, desde que me instalé hacía cosa de un mes, tampoco habían aparecido ante mí. No sé si yo pensaba que es algo que llega en cualquier parte de la isla o qué, pero estaba empezando a impacientarme. La mayoría de los días desde que comenzó a haber menos horas de sol al día habían sido nublados y, claro, con ese panorama no se ven. También sabía que en núcleos urbanos eran menos frecuentes y que además se reducía su majestuosidad, así que ya estaba buscando opciones para moverme a algún lugar donde, en un día apropiado, fuera más probable encontrarme con ellas. Pero mi querida Frigg, tan atenta como siempre, se me adelantó.

Ese día yo había llegado a eso de las cinco y media tras comer en la universidad y pasear un poco por las calles de la ciudad. Cuando entré en casa me encontré a mi casera y compañera de piso vestida y arreglada, como si tuviera un plan para esa tarde. De hecho, lo tenía.

—Hola, Irene —me dijo en español. Y continuó en inglés—: Si no tienes planes, me gustaría enseñarte algo —me propuso.

Yo, que no me esperaba ese plan, tuve un poco de pereza al principio. Había sido un día largo y estaba algo cansada, pero la cara de ilusión de Frigg no me permitió rechazar su ofrecimiento.

—¿De qué se trata? —le pregunté, a ver si conseguía obtener un poco más de información.

—Ven conmigo y verás —me respondió continuando con el misterio.

Así que no me quedó otra opción más que dejar mi carpeta en mi habitación y confiar en su criterio. Suerte que mi estilo a la hora de vestir era siempre bastante informal y las zapatillas y los vaqueros formaban parte de mi día a día. Los tacones y la ropa más sofisticada los dejaba para ocasiones especiales, pero tanto en mi entorno laboral como con mis amigas, solía apostar por *looks* cómodos y funcionales. Y digo esto porque el lugar al que ella me llevaba estaba a casi una hora caminando, y agradecí llevar calzado deportivo para ir más cómoda. Cruzamos la ciudad de Reikiavik caminando mientras iba anocheciendo y salimos de la zona más urbana para adentrarnos, en pocos minutos, en la naturaleza islandesa: llanuras de vegetación, montañas de fondo y la sensación de respirar un aire tan puro que podría curar cualquier herida.

El día había sido bastante soleado, por lo que las nubes no tapaban las estrellas. Un cielo que parecía de cuento, con cientos, o quizás miles, de puntos luminosos, nos recordaba que no estábamos solos en el Universo y que ahí fuera, a tanta distancia que no podemos ni asimilar, hay un sinfín de elementos maravillosos. Vi varias estrellas fugaces, lo cual ya me tenía de lo más emocionada. Solo una vez en mi vida había visto una estrella fugaz y casi ni me di cuenta. Pero ahora había identificado por lo menos cinco en cuestión de media hora. Llegamos a una pequeña pero hermosa cascada tras caminar un poco más y nos sentamos en una roca.

—En cualquier momento vendrán, estoy segura —me dijo Frigg.

—¿Quién vendrá? ¿Hemos quedado con alguien? —pregunté yo extrañada.

—Con las auroras boreales —me respondió.

Y nos quedamos allí un rato más, hablando, disfrutando del lugar, cuando entonces el cielo comenzó a disparar destellos de luces verdes. No me lo podía creer, qué espectáculo de la naturaleza. Recuerdo que le estaba contando a Frigg que había retomado un poco el contacto con Alberto, pero que yo estaba segura de que no volvería a su lado, aunque me gustaba al mismo tiempo saber de su vida y contarle la mía. Pero me callé de golpe y, con la boca abierta, empecé a disfrutar de aquello que llevaba tanto tiempo esperando. Si la magia existía, debía ser algo muy parecido a lo que estaban presenciando mis ojos. Estuve así unos minutos y, cuando normalicé un poco la situación y, además, los destellos se hicieron más débiles, atiné a dar las gracias a mi casera por haberme llevado a ese lugar tan precioso.

Ella, satisfecha con lo que me había hecho descubrir, solo sonrió y me dijo:

—Islandia es mágica, pero no ordenará por sí sola las cuestiones de tu vida. Ayúdate de los momentos de paz que te ofrecen estos instantes para mirar dentro de ti y labrarte tu propio camino.

Y con su reflexión y las auroras boreales, volvimos a casa calladas, yo muy pensativa, mientras de vez en cuando atisbaba a lo lejos algunas otras auroras boreales. Había viajado a Islandia para seis meses y ya llevaba casi dos. No debía presionarme, pero el tiempo no se detiene y me quedaban cuatro meses para absorber todo tipo de aprendizaje que aquella experiencia pudiera brindarme, porque, a mi vuelta a España, ¿qué? ¿Habría cambiado algo? ¿Tendría las ideas sobre mi futuro más claras? ¿Estaba siendo demasiado exigente y utópica pensando que medio año en el país del hielo resolvería todas las dudas de mi existencia?

¿Magia o casualidad?

Reconozco que a veces no me entendía ni yo misma. La vida es tan cambiante que abrumba. En los últimos meses me habían pasado tantas cosas que parecía una historia increíble: un divorcio como punto y final a unos meses de matrimonio que no se los deseo a nadie, una temporada de tristeza y angustia tremendas, un verano apasionante con un perfecto y casi desconocido amante y una mudanza a Islandia, donde había retomado a distancia una ligera relación de amistad con mi exmarido, que a veces me hacía pensar que jugaba con fuego, mientras apenas tenía noticias de quien sí ansiaba saber. Buen resumen, sí, señora. Mi objetivo ahora, por encima de todo, era que esta experiencia me sirviera para ordenar mis ideas, mis sentimientos y, en definitiva, mi vida. Pero tenía la extraña sensación de que todo estaba más desordenado que nunca, aunque quizás se debiera a esa sensación de caos e incertidumbre que se adueña de una en los momentos de transición. ¿No había habido un gran sentimiento de inestabilidad cuando Franco murió y España caminaba hacia una nueva y desconocida democracia? ¿No se nos apodera el miedo al «qué pasará» cuando perdemos un trabajo o dimitimos del mismo, cambiamos de amigos o nos independizamos? Pues en ese punto estaba yo, sin saber hacia dónde me conduciría todo lo que estaba viviendo en ese momento y con el corazón encogido cada vez que pensaba lo cambiante que puede llegar a ser la vida de una y cómo puede provocar que nos transformemos, no solo a nivel físico, sino también emocional.

Mis amigas estaban lejos y, aunque mantenía con ellas contacto diario a través de nuestro grupo de WhatsApp, nos mandábamos mensajes individuales y hacíamos videollamadas, no podía compartir con ellas de cerca todo lo que nos pasaba en nuestro día a día. De hecho, lo reconozco, omití la información sobre los mensajes que me intercambiaba con Alberto. Me hubieran matado. Y no porque Alberto hubiera pasado a ser el demonio en persona, que tampoco es eso. Lo que le pasó a él le ocurre a mucha gente en el mundo: se enamoran, se desenamoran y listo. Sino porque lo pasé realmente mal, me sentí muy poca cosa tras el divorcio, me culpaba de la ruptura y todo me sabía a fracaso, y seguro que no querían volver a verme así. Pero no sabía cómo explicarles que algo en mí había cambiado, que no volvería a pasar por aquello porque mi intención de retomar una relación con Alberto a nivel sentimental era nula.

No sabía cómo había ocurrido, pero esa era la realidad: ya no le veía como una pareja en absoluto y tampoco le guardaba rencor alguno. Creo que ya había pasado página sin darme cuenta, aunque hubiera momentos de pequeñas dudas o sensaciones que todavía no eran rotundas, y quizás por eso no podía, todavía, decir tajantemente que me había desenamorado

completamente de él. Sin embargo, sí tenía esa sensación de que algo irreparable se había roto entre nosotros, y cuando sabes que es imposible volver a unirlo, te quedas en paz, tranquila, y dejas de martirizarte. Pasé por la fase de la negación y el aislamiento, avancé hacia la ira, y todo lo que me recordaba a él me producía una sensación de rechazo y enfado, y ahora, por fin, creía que había llegado a la aceptación, aunque esperaba que no fuera una estrategia perversa de mi mente para intentar acercarme a él. No, seguro que no, la verdad es que, si era totalmente sincera, no sentía ya por Alberto nada que me llamara a volver a su lado, cosa que no sabía, por cierto, si él quería. Quizás habíamos vuelto a mantener contacto porque queríamos ser amigos y no dejar a un lado todo lo vivido, y punto. Bueno, por eso y porque su novia ya no estaba en su vida, probablemente, si siguiera con ella, nunca me habría escrito, y eso también me molestaba un poco. Pero como me encontraba en modo zen y con la madura intención de evolucionar, hacia delante y en positivo, pasé por alto esa cuestión.

Había mensajes de buenos días o despedidas con besos que me inquietaban porque, en cuestión de segundos, algo en mí se removía. Pero en cuanto lo pensaba unos minutos descartaba toda opción que tuviera algo que ver con una supuesta reconciliación. Sin embargo, cuando recibía un mensaje de Mario, todo era fuego, como él siempre me recordaba; todo eran ganas de más, me sabía a poquísimo nuestro contacto en el último mes, pero entendía que así debía ser. Además, seguía con mi creencia de que lo que tiene que ocurrirle alguien, de una u otra forma, acabará llegando. Si Mario era la persona de mi vida, así sería, por muchas vueltas que diéramos. Y en una de esas vueltas me vi envuelta de repente.

Aquella misma tarde en la que mis ojos pudieron disfrutar del espectáculo visual y natural de las auroras boreales regresé a casa, pensativa, con todas estas reflexiones en mi cabeza, y mi móvil comenzó a sonar. Era una llamada y era Mario. Me puse muy muy nerviosa, era la primera vez que me llamaba en el último mes, no escuchaba su voz desde que nos despedimos en la puerta de mi casa la misma mañana que cogí un tren a Madrid y un avión a Reikiavik. Me quedé tan pasmada y me costó tanto darle a la teclita verde de responder que pensé que colgaría el teléfono, pero reaccioné y me dio tiempo a cogerlo antes de que eso ocurriera.

—¿Hola? —respondí con un tono interrogativo que me salió inconscientemente, como preguntando si ocurría algo o a qué se debía esa llamada.

—Hola, guapa. —Su voz sonaba igual de sexi que siempre, tal y como la recordaba.

—¿Cómo estás? Qué bonita sorpresa tu llamada, señorito —comencé la conversación.

—Irene, no aguantaba más. Necesitaba hablar contigo, saber de ti, escucharte. Quiero que sepas que te estoy echando de menos mucho, muchísimo, más de lo que pensaba. —Entonces pareció que todo lo que llevaba deseando que ocurriera en el último mes, pasó. Ahí estaba Mario, confesándome que me extrañaba, que no se lo esperaba, pero que así era.

—Mario... No sabes lo que me alegra oírte, y saber que no soy la única a la que le ocurre lo que dices. Yo también pienso mucho en ti, ojalá te tuviera más cerca, no sé si este viaje ha sido un error para nosotros...

—Irene, para. No, no digas eso. Tú lo necesitabas y era lo que tenías que hacer. En nuestra mano está gestionarlo de una manera o de otra. Pero el viaje y tu estancia en Islandia forman parte de tu vida, era algo a lo que no podías renunciar.

—Gracias por entenderlo, Mario. Aunque a veces tengo dudas, me da la sensación de que, en vez de ordenar mi vida, esta experiencia lo está desmontando todo.

—A veces, para que algo que está a medias logre un acabado final perfecto, es necesario deshacerlo y volver a empezar. Quizás estás en ese proceso, Irene. No te agobies.

—No sé... —respondí dubitativa.

—Irene, te llamo para decirte que, si quieres, puedes contar conmigo. Para todo. Podemos tener un contacto más fluido. Tengo la sensación de que llevamos un mes reprimiéndonos, ¿no te pasa a ti? Te escribiría a todas horas, te llamaría a diario, me encantaría ser partícipe de cómo te va en tu trabajo y que me cuentes todo lo nuevo que estás viviendo por allí. Pero me he autocensurado a mí mismo. Me he prohibido llamarte, mensajarte, y he querido distanciarme para entender bien todo esto. No me podía creer que conociéndote solo desde hace tres meses tuviera todas esas sensaciones. Cuando te conocí y supe que te ibas a marchar, no me afectó porque pensé que sería una historia fugaz, un amor de verano, y luego cada uno seguiríamos con nuestra vida. Pero el cuerpo me pide más y mi corazón reclama tu fuego —me confesó seguro, contundente, y así, de sopetón.

—¿Sigues ahí, Irene? —me preguntó ante mi silencio. Me había dejado tan alucinada que no era capaz de articular palabra.

—Sí. Y sí a todo. Sí, Mario, cuánta razón... Yo también me he estado reprimiendo mis ganas de escribirte y llamarte. Me parecía, por un lado, injusto por mi parte. Primero me largo y luego te bombardeo a mensajes que igual no quieres recibir. Así lo vi. Y, por otra parte, también necesitaba reposar un poco lo rápido que ha ido todo desde que nos conocimos. No daba un duro por aquel chico con el que contacté por una aplicación de ligoteo *online*. Creí, incluso, estar enganchándome a alguien por dependencia, pero no. Este mes tan lejos de ti me ha demostrado que no es dependencia, Mario. Es que me complementas muy bien, me diviertes y me entiendes. Y me das alas y seguridad al mismo tiempo. Tengo tantas cosas que contarte...

—Pues empieza por la que más te haya impactado.

—Hace una hora he visto por primera vez las auroras boreales. Ha sido mágico. Y algo de sobrenatural deben de tener, porque unos minutos después me has llamado para decirme algo que llevaba deseando escuchar desde que pisé Islandia. Así que hoy, sin duda, ha sido mi mejor día aquí hasta la fecha. Te iré poniendo al corriente de todo lo demás, pero te lo resumo en que tengo una casera y compañera de piso adorable, que me ha ayudado muchísimo a instalarme en la ciudad, y que mi trabajo, de momento, me va bastante bien. Tengo compañeros de varias nacionalidades y salimos de vez en cuando a cenar o tomar algo.

—Vamos, que estás disfrutando, pequeña —me dijo de una manera que solo podía sonar sugerente en su persona.

—No creas que todo es maravilloso, las dos primeras semanas fueron más bien horribles, llenas de papeleos, burocracia y soledad. Lloré un poco. Bastante. Me siento muy lejos de la gente a la que quiero y eso es un poco angustioso. Pero los momentos buenos van llegando y eso me reconforta. Tu llamada ha sido la guinda del pastel para un día perfecto, eso sí.

—Me alegro, bonita. Oye, quería proponerte algo, pero entenderé que me digas que no, no quiero invadir tu espacio —me dijo.

—Dispara —respondí nerviosa.

—He visto unos vuelos muy bien de precio a Reikiavik y, si quieres...

—Sí, sí y sí. Ven —no le dejé ni terminar.

—¿Segura?

—Totalmente. Esto te va a flipar. No invades nada, Mario. Estoy deseando verte, abrazarte y enseñarte lugares espectaculares.

—Estupendo, lo miro bien y te digo. Tengo que dejarte, pero quiero que sepas que me alegro mucho de haber hecho esta llamada. Tenía miedo de encontrarme con una Irene fría y distante, pero me ha respondido el calor del fuego que llevas dentro, menos mal.

—Idiota —le respondí riendo.

—Disfruta, hablamos. Un abrazo enorme.

—Gracias por llamar, me ha encantado. Ven pronto.

Y colgamos. Me quedé como una tonta sonriendo a la nada un buen rato, sintiendo todavía la majestuosidad de las auroras boreales entremezclada con la sensación de felicidad de lo que acababa de ocurrir. Las piezas empezaban a encajar, pero todavía me quedaba mucho por reconstruir.

Abrí inmediatamente el chat del grupo de amigas y empecé a mandarles un audio eterno en el que les explicaba todo lo que me había ocurrido esa tarde. La emoción provocó que se lo contara todo muy desordenado y de una manera muy caótica, pero entendieron la historia y, en seguida, me respondieron.

Iris

¿Ocho minutos de audio? Se te ha ido de las manos, Irene.

Ahora escucho.

Eli

¿¿En serio?? Menudo bombón Mario, ¿no?

Claudia

Eh, eh, ¿qué ha pasado? No lo he escuchado aún, no hagáis *spoilers*, ¡gracias!

Eli

Te mereces a alguien así, Ire, me lo como hasta yo.

Irene

Eh, no te pases, con mi Mario no.

Claudia

Vale, vale, vale, ya estoy. ¡Es genial! Qué monada de chico, Irene. Te mereces todo esto y más.

Iris

¿Vas a permitir que te visite antes que nosotros? Muy fuerte.

Claudia

Venga, Iris, hasta tú puedes entenderlo ;-)

Eli

A mí eso también me indigna un poco, todo sea por que fluya el amor. *Love is in the air.*

Irene

Oye, ¡venid cuando queráis!

Y así siguieron un rato, a medias alegrándose por mí, a medias indignadas porque la visita de Mario sería antes que la suya propia. A mí me encantó poder compartir mi felicidad con ellas, como siempre. Ojalá las tuviera más cerca, quería abrazarlas y verlas cuanto antes.

Eli avanzaba en su romance con Óscar. Habían quedado en Zaragoza ya unas cuantas veces y la cosa prometía. El chico parecía haber encontrado ese enganche en Eli que ella suele provocar, y aunque mi amiga no le estaba poniendo las cosas fáciles, él no se daba por vencido. Por lo que me había contado, el chico le parecía un encanto, pero no se atrevía a dar ese paso hacia delante que pudiera suponer el comienzo de algo más serio. Eli lo había pasado mal con sus novios, especialmente con uno, y eso, a veces, no la dejaba avanzar. Un auténtico desgraciado se cruzó en su camino y vivió con él episodios bastante desagradables. Desde controlar sus salidas hasta permitir o prohibir que mi amiga tuviera contacto o amistad con ciertas personas, entre ellas yo misma. No le gustaba que Eli tuviera su vida independiente y no le gustaba yo, porque le hacía pensar y reflexionar sobre todas esas normas absurdas que él imponía a mi amiga. Yo le vi venir desde el principio, supe que no era de fiar ni trigo limpio en cuanto le conocí.

Cuando Eli me contó que estaba con un chico y que iba a presentármelo, yo acudí encantada al encuentro con una actitud muy receptiva, pero la primera impresión ya me dijo mucho sobre él. Serio, callado, tenso. Con una mirada oscura que me decía que algo no iba bien. No habló mucho durante aquella primera quedada y yo noté a mi amiga más cohibida de lo normal. Trataba de complacerle en exceso y, cuando salió el tema de un finde que teníamos previsto pasar juntas en Barcelona, la mirada de él lo delató. Una mirada fulminante a mi amiga, de desaprobación, y la reacción de ella, de sumisión absoluta.

Todos aquellos detalles no pasaron desapercibidos para mí, ni tampoco obvié las excusas de Eli para no salir de fiesta, los motivos estúpidos que me dio para anular el finde en Barcelona o la poca capacidad de tomar decisiones que ella empezó a tener. Todo debía consultarlo, y casi ningún plan que yo le proponía acababa haciéndose, por más inocente que fuera. Yo le comenté alguna vez mi percepción sobre el asunto, pero ella se enfadaba y se ponía a la defensiva. Fueron

unos meses algo angustiosos para mí, porque recuerdo que me sentía impotente: no sabía cómo ayudarla. Me daba cuenta de que la suya no era una relación sana ni mucho menos, el hecho de que las juergas de él, noche sí, noche también, mientras me consta que mi amiga se quedaba en casa, sin opción a hacer sus propios planes, me partía el alma. Un día me presenté en su casa cuando sabía que él no estaba y le dije cuatro cosas muy claras y de unas formas un poco cuestionables. Ella se derrumbó y me reconoció que no podía seguir así. Tenía miedo, pero no a él, sino a la soledad. Él le había hecho creer que no podría aspirar a nada mejor, ni profesional ni personalmente. La había hecho sentir tan chiquitita que ni la reconocía. ¿Dónde estaba mi amiga la guerrera, la que arrasa con todo, la que tiene luz propia? Parece que mis palabras surtieron efecto, porque esa misma semana se fue de casa, volvió a casa de sus padres y pasó una mala temporada, pero salió airosa de aquella ruptura, que, según mi punto de vista, es lo mejor que le pudo pasar. Lo que no pudo superar del todo fueron las secuelas psicológicas de lo poca cosa que le hacía sentir aquel imbécil, y tras ello tiene un miedo atroz a embarcarse en una nueva relación, aunque ella lo llama «ser una mujer independiente que no necesita una pareja para ser feliz».

Sin embargo, Óscar no se rendía y, a pesar de no conocer toda esta historia para comprender mejor las evasivas de Eli, él seguía yendo a buscarla al trabajo con un ramo de flores sin avisar, continuaba llamándola para invitarla a cenar o recordándole lo maravillosa que era y lo especial que había sido conocerla. Óscar estaba atrapado en sus redes y Eli parecía no saber cómo soltarle, o quizás no quería, porque la verdad es que luego, cuando quedaban, nos mandaba unos mensajes y unos audios encantada de la vida. Yo ya le había dicho que se dejara llevar, que cada historia es diferente, y que tenía que vivir esta. Solo esperaba que me hiciera caso.

Claudia y Raúl seguían muy pendientes de la madre de ella, aunque les estaba viniendo genial que se hubiera instalado en mi piso para recuperar su intimidad. Mi amiga estaba todavía con una excedencia, y eso le daba más tiempo para ocuparse de todo. Su madre iba mejorando y, sin sesiones de quimio de por medio, su estado de ánimo era mucho mejor. Los efectos secundarios del tratamiento habían desaparecido y había recuperado algunos kilos, que le daban un aspecto mucho más saludable, a juzgar por las fotos que me mandaba.

Iris era la que me preocupaba un poco. La notaba algo distante, a pesar de haber pasado unas vacaciones de ensueño junto a su nuevo novio oficial. Apenas participaba en el grupo y sus respuestas a mis mensajes por privado eran bastante escuetas. Estaba segura de que había algo que se estaba callando, y aunque quería pensar que se debía a la típica depresión postvacacional con vuelta al trabajo incluida, había algo dentro de mí que me decía que eso no era todo.

Después de hablar con ellas y recordar cómo me gustaría abrazarlas, me llegó un mensaje con un archivo adjunto. ¡Los billetes de avión de Mario! No había tardado ni una hora en comprarlos, y la fecha del viaje era ¡la semana siguiente!

Me morí un poco de la emoción y bajé corriendo a contarle todo esto a Frigg, que me escuchó atenta y participó de vez en cuando en la conversación. Parecía casi tan emocionada como yo por todo esto y me ofreció que Mario pudiera quedarse en casa durante la semana que iba a estar en

Islandia. Yo no había podido tener un día mejor, así que me fui a dormir contenta y satisfecha, a la par que impaciente por mi encuentro con Mario. Sin embargo, nuestra semana juntos, a pesar de tener momentos preciosos e inolvidables, no fue exactamente como yo esperaba.

Impaciente

Si no fuera imposible, juraría que la semana siguiente estuvo compuesta por días que tenían al menos cincuenta horas en vez de veinticuatro. Fue una sensación parecida a la de la semana anterior antes de coger vacaciones en tu trabajo, o a la de los últimos días que vas a tu empresa una vez que has presentado tu carta de dimisión. *Interminable* sería el adjetivo perfecto. Contaba las horas para ver a Mario aterrizar en el pequeño Aeropuerto Internacional de Keflavik, y lo imaginaba con su media sonrisa, sus hoyuelos bien marcados y vestido con unos pantalones de esos con bolsillos a los lados que tan bien le quedaban y un plumas de montaña. Lo imaginaba, incluso, con un gorro que le protegiera contra el frío, a pesar de que nunca le había visto vestido así en persona, ya que nuestros meses de romance tuvieron lugar en pleno verano. Pero sus fotos de Instagram sí me habían dado alguna pista de cuál era su estilo invernal. Sin embargo, a pesar de que mi rutina en Islandia estaba bastante llena de actividad, no veía el momento de que pasaran los días para tenerlo frente a mí.

Así que, para ocupar mi tiempo y mantener mi mente distraída, una de esas tardes le pedí a Frigg que me enseñara a cocinar algún plato típico de su tierra. Me fascinaba la cocina islandesa y ella tenía muy buena mano en los fogones. Además, me apetecía pasar tiempo con ella, porque me daba mucha tranquilidad y me transmitía una gran sabiduría. Se había convertido, además de en mi ángel de la guarda desde que llegué, en mi gran confidente. Debe ser por aquello que dicen sobre que las personas tendemos a abrirnos fácilmente con alguien desconocido, por temor a que te juzguen. Hay cosas que no cuentas a tu círculo más cercano por miedo a que algo les moleste, les parezca mal o piensen no sé qué de ti. Pero yo a Frigg la conocía desde hacía apenas dos meses y, en teoría, en otros cuatro meses más volvería a mi ciudad y quizás no la volvería a ver nunca más. Así que me había abierto a ella en canal porque me sentía cómoda y porque me daba pie a ello. Siempre me preguntaba por mis cosas y me daba grandes consejos. Todo lo que había vivido esa mujer... era increíble. Además del trance con su marido, perdió a su hermana hace muchos años, también debido a un cáncer, en este caso de mama. Por aquel entonces los tratamientos para este tipo de tumores no estaban tan desarrollados como ahora y los médicos no pudieron hacer nada por ella. Su hermana dejó huérfana de madre a su sobrina, que vivía al norte de Islandia, en Húsavik. El padre de la criatura, quien entonces tenía solo ocho años, se desentendió y, aunque la cuidó hasta su mayoría de edad, no le proporcionó todo el calor que una niña de esa edad, y especialmente ella, sin una madre a su lado, necesitaba. Así que Frigg estuvo muy pendiente de ella, la acogía largas temporadas de verano en su casa e intentaba ocuparse de

la niña hasta donde su padre no llegaba. Cuando dejó de ser pequeña, su sobrina se marchó de casa, pero tenía toda su vida en el norte de la isla y, aunque se visitaban un par de veces al año, Frigg y ella no llegaron a convivir nunca en la misma ciudad.

Mi casera es alguien que me transmitía bondad y mucha ternura. Es un alma pura, transparente, que solo necesita un poco de cariño. Es de las que da sin esperar nada a cambio, a pesar de que la vida no se lo ha puesto nada fácil. Todos tenemos cicatrices de episodios determinados de nuestra existencia, pero Frigg lleva la piel demasiado marcada. No es justo. Debería haber un tope de cosas malas que le pueden ocurrir a una misma persona a lo largo de su trayectoria y, cuando alguien alcanzara el máximo, lo lógico sería que todo lo que viniera fuera, como mínimo, neutral. Ni bueno ni malo. Pero, a pesar de todo, ella me contaba estas batallitas y episodios amargos con una sonrisa y, aunque sus ojos transmitían todo el dolor que había sentido a lo largo de los últimos años, que ya casi sumaban varias décadas, no percibí ni una sola vez en ella intención alguna de dar pena o hacerse la víctima. Al contrario. Solía tener un punto de vista muy optimista ante la vida, algo que, de verdad, yo admiraba.

En más de una ocasión me sentí egoísta, incluso mala persona, por haberme embarcado en la aventura islandesa con la vida rota por un divorcio. ¡Un divorcio! No había tenido ningún problema de salud en la vida, mis padres también estaban perfectamente, tenía amigas que me querían y me apoyaban siempre y un trabajo que me encantaba. Y me vi, meses atrás, al borde de la depresión porque un tío me cambió por otra. Me hizo daño, claro. Pero ¿cómo podía ser eso comparable a las situaciones a las que había tenido que hacer frente Frigg? ¿Cómo podía yo hundirme en la miseria por un lío amoroso cuando hay tantas personas que lo pasan realmente mal por cuestiones que de verdad sí importan? Espabila, Irene. Que la vida es mucho más de lo que tú te piensas. La vida es la grandeza de poder levantar el teléfono y tener a alguien que se plante en tu casa en diez minutos si lo necesitas. La vida es la suerte de compartir con tus padres tus años de infancia y juventud, de crecer a su imagen y semejanza, pero ser capaz de fraguarte una personalidad propia. La vida es reír hasta llorar con un ser querido, comer tu plato favorito con gran placer y sin remordimientos, por mucho que engorde, porque siempre podemos hacer excepciones y salirnos de los raíles de nuestro camino de manera puntual. La vida es descubrir lugares nuevos, rincones preciosos de este planeta que nos alberga. La vida son experiencias y pequeños momentos, como los que yo viví con Mario ese verano. La vida es valentía y requiere atrevimientos, como el de dejarlo todo para irme a Islandia. Pero lo que es seguro es que la vida de una persona no se basa únicamente en la presencia o no de otro ser a su lado. Frigg superó el fallecimiento de su hermana, la enfermedad y la muerte de su marido y la marcha de su hija a otro país. Y sigue aquí, con una sonrisa enorme y con ganas de aprender algo nuevo cada día. Cuando algo malo te ocurre, algo que realmente te hunde hasta límites insospechados, debes tomar una decisión: vivir o morir. Y no me refiero a quitarte, literalmente, la vida, que eso es horrible. Sino a VIVIR en mayúsculas, a aprovechar cada día, a exprimir cada momento o a morir en vida, encerrarte en una habitación y dejar de mirar todo lo bonito que ocurre a tu

alrededor. Frigg eligió vivir a pesar de todo y, como ella, miles de personas toman esa postura después de experiencias realmente traumáticas. ¿Cómo no iba yo a sentirme tan afortunada, con todo lo que tengo a mi lado? Y mientras mi casera y yo cocinábamos un plato de *plokkfiskur*, recordé que una de las cosas que me empujó a viajar a Islandia fue precisamente la sensación de vacío, de soledad y de no tener nada cerca que me aportase la felicidad que necesitaba. Desde luego, a veces es realmente necesario tomar distancia y ver las cosas con perspectiva. Cómo cambia la película según el ángulo desde el que se mire.

—Frigg, ¿puedo hacerte una pregunta? —le solté sin pensarlo mucho.

—Claro, cielo —me respondió.

—¿Cómo consigues tener esa visión tan positiva de la vida a pesar de los capítulos tan tristes que te han ocurrido en primera persona?

—Ay, Irene. No me queda otra opción. Con el tiempo te das cuenta de que el regalo de vivir, sentir, soñar y amar es lo más importante, por encima de las desgracias que ocurran a lo largo de la existencia. Con cada mala experiencia te vuelves más dura, pero a mí nunca se me han ido del todo las ganas de vivir. Igual es algo innato mío, otras personas reaccionan diferente, pero mi filosofía es que estamos aquí por un tiempo determinado y, pase lo que pase, tenemos que intentar hacer que ese tiempo sea lo más bonito posible.

—Ojalá todo el mundo tuviera tu fortaleza, Frigg. Te admiro mucho.

—Todo el mundo puede tenerla, si quiere. No soy un ser excepcional. Simplemente, alguien con ganas de vivir.

—Que no es poco.

—Puede..., pero el secreto está en querer. No siempre se puede poner una sonrisa, pero yo intento, al menos, no entristecer a los que me rodean. Quiero servir de algo, y si ese algo consiste en animar, dar alegría y no lástima, a quienes me quieren, estoy feliz por ello.

Y le di un cálido abrazo mientras una lágrima se deslizaba por mi mejilla. Desde luego, qué importante es relativizar las cosas. Qué importante es ponerte en el lugar de las otras personas y, sobre todo, qué importante es querer beberte la vida a pequeños sorbos, pausadamente, sin prisas, sin dramas innecesarios y con algo bonito a lo que agarrarte, siempre.

Cenamos juntas y disfruté mucho de aquella tarde con Frigg, tanto culinaria como personalmente. Me sentía realmente afortunada por haberla encontrado en el gélido país en el que vivía ahora, donde todo es precioso y el entorno resulta, sencillamente, espectacular, pero las personas tienden a ser más frías que en España. Sin embargo, Frigg parecía tener en algún rincón de su alma una parte de carácter latino, porque en seguida me tendió su mano, me ofreció su casa, me abrió su corazón y se ganó el mío.

Todavía quedaban tres días para la llegada de Mario y, además de dedicar ese tiempo a preparar cuidadosamente mis días libres de trabajo en lugares que sabía que le encantarían, mi mente iba a toda máquina pensando en cómo sería nuestro encuentro. Y entre cábala y cábala, la tarde antes a la llegada de Mario, Alberto me escribió un mensaje que me dejó un poco KO.

Alberto

Hola, Irene. Te pido disculpas de antemano por si este mensaje no te parece apropiado, pero necesito sacar de dentro y transmitirte lo que siento ahora mismo. Me equivoqué. Mucho. Lo dejé todo no sé muy bien por qué, quizás una crisis de vida o de edad inexplicable, te juro que no logro entender por qué lo hice. Lo tenía todo, te tenía a ti. Y renuncié a lo que más quería obnubilado por una locura de la que me arrepentiré siempre. Ahora te veo allí, en Islandia, tan independiente, tan tú, y me miro a mí, tan cobarde... No supe luchar por lo nuestro, y creo que es algo que nunca podré perdonarme. Ojalá esté a tiempo de hacer que las cosas cambien. Te quiero, Irene.

Tuve que leerlo varias veces para asegurarme de que no estaba soñando ni me había vuelto loca. Ahora resulta que casi un año después de dejarme, de una manera bastante fría, mientras estaba en su cama con otra mujer, Alberto se arrepentía de todo ello. Y yo no podía evitar sentirme, por un lado, aliviada al saber que él se había dado cuenta de su error. También me sentía tentada por la propuesta, tentada por decirle que nos olvidáramos de todo y volviéramos a ser Irene y Alberto. Al fin y al cabo, habían sido ocho años de relación, él había sido el amor de mi vida y con el que había dado pasos tan importantes como casarme, que es la evidencia, al menos para mí, de que sí estaba segura de que lo nuestro podría durar para siempre. Pero también me entró un miedo irrefrenable. Al día siguiente venía Mario, y ahora, después de esto, no sabía cómo reaccionar con él. Tampoco es que tuviera que programar ningún tipo de reacción a su visita, ya me saldría sola, pero tenía miedo de que esto cambiara mis sentimientos o mis ideas de futuro y que el viaje de Mario solo sirviera, en esos momentos, para alejarnos más y confirmar que mi corazón seguía perteneciendo al mismo hombre del que me había enamorado hacía casi una década en Madrid.

No contesté, no en ese momento. Y sabiendo lo que ocurrió después, me habría ido mucho mejor si le hubiera dado algún tipo de respuesta, aunque solo fuera para pedirle tiempo.

Juntos en Islandia

Allí estaba yo, con el corazón a mil por hora. Tanto que pensaba que se me iba a salir del pecho en cualquier momento. El aeropuerto de Reikiavik no es muy grande, lo que me facilitó enormemente identificar la puerta por la que deberían salir los pasajeros del avión de Mario. El vuelo llegaba teóricamente a las seis y diez de la tarde, por lo que tenía tiempo de enseñarle un poco el centro de la ciudad y, después, llevarle al sitio donde había descubierto, hacía escasos días, la mejor hamburguesa del mundo entero.

El clima no es muy amable al final del otoño en Islandia y las horas de luz diarias en noviembre se reducen a marchas forzadas. El sol no aparece hasta pasadas las nueve de la mañana, y a las cinco de la tarde es ya noche cerrada. Ya habían llegado las primeras nieves, con las que el paisaje se comienza a tornar blanco, una estampa que no había visto hasta ese momento en la isla. Las temperaturas marcan, normalmente, los cero grados, por lo que es conveniente abrigarse bien y no apetece pasar mucho rato en la calle, aunque yo veía a todo el mundo como si nada. Será la costumbre, claro.

Solo podía pensar en mostrar a Mario todos esos lugares que parecen sacados de un cuento de fantasía... Tenía esa sensación de querer hacer muchas cosas, muy rápido, casi de manera acelerada, para no dejarme nada en el tintero, pero al mismo tiempo con el deseo de que todo pasase muy despacio, para poder saborear cada momento con todos los sentidos. En total, estuvo nueve días en el país, pero en realidad pudimos aprovechar en condiciones los dos fines de semana que coincidimos, porque de lunes a viernes tuve que cumplir con mi trabajo. No obstante, había preparado una guía con cosas que hacer, una especie de lista de «imprescindibles» en Reikiavik y alrededores, para que Mario tuviera a su alcance un montón de cosas chulas mientras yo estaba en la universidad.

Entre ellas, había incluido pasear por la zona de Hallgrímskirkja, la famosa catedral de la ciudad que aparece en todas las guías de viajes. Lo mejor no es la imagen con la que te encuentras de frente al acercarte a este atractivo turístico, sino pasear por sus calles aledañas y descubrir las típicas casitas con el techo lleno de césped, las viviendas islandesas más comunes, las pequeñas tiendas locales de la zona, o sentir la calma que reina en toda el área. También le recomendaba, en esa selección de planes, la mítica escultura del *Viajero del Sol*, que representa el esqueleto de un barco vikingo y simboliza un viaje hacia el sol, la esperanza y la eternidad, además de ser un magnífico lugar para relajarse junto al océano Atlántico, con las montañas nevadas de fondo. Desde allí podría llegar hasta el Harpa, una especie de auditorio perfectamente

diseñado para ser, al mismo tiempo, un edificio vanguardista y llamativo y un lugar idóneo para acoger conciertos y otros espectáculos.

Me costó bastante hacer esta lista porque todos los lugares que incluía los quería compartir en primera persona con él, y no invitarle a visitarlos en solitario. Pero debía aceptar que, mientras yo trabajaba, había que darle la oportunidad de distraerse un poco, y en tan pocos días, teniendo libres solo las tardes, no me daría tiempo a acompañarle a todos los sitios que no podía perderse de la capital islandesa. Frigg también me había preparado algunas sugerencias, lo cual agradecí, porque se salían de las recomendaciones más habituales para turistas. Mi Frigg, siempre atenta a todos los detalles.

Para el primer fin de semana, que empezaba justo la mañana siguiente de su llegada, había preparado la visita al Círculo Dorado. De las cosas más impresionantes de Islandia, era la más cercana a la ciudad, y mi querida Gullfoss estaba incluida en este trío de destinos que formaban lo que se conocía con ese nombre: el Círculo Dorado. Se llama así porque es una ruta más o menos circular al hacerla en coche y, sin duda, es considerada de lo más bonito de la isla. Unos 300 kilómetros de perímetro que te van dejando boquiabierto momento tras momento. Un succulento aperitivo del significado de la belleza en Islandia. Para el siguiente finde la ruta sería algo más larga si la medimos en kilómetros, pero obligada en cualquier caso. Se trataba de la ruta de los glaciares que yo quise culminar en Jökulsárlón, un lago que desemboca en el mar, brindando al océano espectaculares icebergs que navegan a la deriva solo con la comandancia de la fuerza de la naturaleza. Algo simplemente maravilloso.

Con todos esos planes en mi cabeza, mientras hacía un repaso mental de lo que nos depararían los próximos días, pasó inadvertido el hecho de que empezaron a salir personas por la puerta frente a la que me encontraba, por donde debía aparecer, en cualquier momento, Mario. Pero cuando me quise dar cuenta, le tenía frente a mí. Mi distracción me había impedido verle, y ahí estaba yo, absorta en lo que sería mi futuro más próximo, mirando a las avutardas en vez de recibirle con la emoción que en realidad sentía. Así que reaccioné con sorpresa al tenerlo ya tan cerca que solo pude pegar un grito y lanzarme a sus brazos. Di un salto y me enganché a él, con agilidad, aunque creo que él no se lo esperaba, porque se le cayó la bolsa que llevaba entre las manos. Lo primero que me salió fue abrazarle con ganas, muy fuerte y mucho rato. Llevaba demasiados sentimientos retenidos en los dos últimos meses y necesitaba sacarlos de alguna manera. Los últimos sesenta días los había pasado trabajando duro para hacerme creer a mí misma que alejarme un poco de Mario era lo que más me convenía, y quizás fuese así, porque esa distancia fue lo que nos hizo convencernos a ambos de que, a pesar de no tener apenas contacto, no podíamos sacarnos mutuamente de nuestras cabezas. Pero, al fin y al cabo, lo que llevaba dentro había estado allí durante todo ese tiempo y sentía la necesidad de dar rienda suelta a todo lo que él provocaba en mí, que no era poco.

Una vez que pude cogerle, mirarle, sonreírle y abrazarle, le besé. Sin prisa, sin esos nervios atropellados que tenía hacía solo unos minutos. Él me los había calmado, él me había traído, de

nuevo, la seguridad que, en realidad, nunca dejó de estar presente en mí misma desde que le conocí.

—Qué guapo estás —le dije un poco moñas.

—Tú estás increíble, te sienta muy bien este lugar. Tienes otro brillo en los ojos —me respondió él.

A lo mejor tenía razón. Quizás yo emanaba ahora menos tristeza y transmitía más energía. Me sentía más yo, tenía la sensación de haber cambiado internamente en unas cuantas cosas. Me sigo sorprendiendo de la capacidad del ser humano de adaptarse al medio y al contexto. A veces nos creemos que será imposible hacernos a una situación que nos desagrada, nos asusta o que, simplemente, ha cambiado demasiado con respecto a nuestro mismo «yo» de hace poco tiempo. Pero, al final, siempre se acaba pudiendo.

Salimos del aeropuerto y le invité a subir en mi coche de alquiler para llevarle al centro de Reikiavik y enseñarle un poco la ciudad, si el frío nos permitía pasear a gusto. Debe ser que la llama del amor podía con todo, porque ninguno nos quejamos de las bajas temperaturas y pude completar la ruta que llevaba en mente para acabar cenando esa espectacular hamburguesa en el local que había descubierto hacía unos días con mis compañeros de trabajo.

Cuando dimos por finalizada nuestra sesión de turismo y cena, pusimos rumbo a mi casa y presenté a Frigg y Mario. Como mi cama era de matrimonio, nos quedaríamos juntos en ese ático-habitación que ya había hecho mío, ya que mi adorada casera no me había puesto ningún impedimento, es más, me había animado a que pasáramos juntos la semana en su casa. Apenas tuvimos tiempo de compartir media hora de conversación con ella, ya que se había hecho tarde, Mario estaba cansado del viaje y al día siguiente debíamos madrugar si queríamos llegar a tiempo de ver el Círculo Dorado y cenar en Sellfoss la sopa de cigalas que le tenía preparada en un restaurante que, simplemente, me maravillaba. Así que subimos a la habitación, juntos. Qué sensación más rara. Llevaba esperando esto mucho tiempo y ya estaba ocurriendo, y aun así me sentía como la protagonista de una historia que no era la mía. Qué jaleo. De cualquier forma, pasamos una noche muy bonita y pasional, en la que nos dio tiempo también a descansar para todo lo que nos deparaba el fin de semana, que no era poco.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, todavía alucinaba con aquella estampa: yo viviendo en Islandia desde hacía más de dos meses, con las rutinas de trabajo perfectamente adquiridas y con una especie de minicírculo social compuesto por Frigg y tres compañeros de trabajo con los que una vez cada semana o cada dos semanas quedaba a tomar algo tras la jornada laboral. Mario a mi lado, después de la casi inexistente relación que mantuvimos durante mis primeras semanas en la isla, tendencia que se había roto hacía unos quince días cuando ambos dimos el valiente paso de reconocer que nos moríamos de ganar de llamarnos y escribirnos continuamente y decidimos, al fin, dejar de reprimir nuestros deseos, lo que provocó un acto casi impulsivo de, ¿mi chico?, al comprarse un par de billetes de avión para venir a conocer mi nuevo mundo, mi recién estrenada realidad.

A mí se me caía la baba con Mario y creo que Frigg debió de detectar desde el minuto uno mi cara de embelesada cuando le miraba. Nos pusimos rumbo a nuestro primer destino del Círculo Dorado: el Parque Nacional de Thingvellir. Al llegar, dejamos el coche en el punto destinado al aparcamiento de vehículos y echamos a andar. Yo veía a Mario con una cara de estar flipando continuamente que me encantaba, porque si alucinaba con aquello, no sabía qué haría con las siguientes paradas. Y, efectivamente, al llegar a la cascada de Gullfoss me miró incrédulo, como si yo le tuviera que confirmar que aquello era real. El tiempo no acompañaba demasiado, la verdad, porque el escenario era todavía mucho más impresionante con el gran volumen de agua que caía en época primaveral y veraniega. Sin embargo, hay que reconocer que esas primeras nevadas le daban al lugar un toque salvaje muy apropiado y, además, el flujo de turistas se había reducido a la mitad de la mitad en comparación con cualquier otro momento del año.

—Pero, Irene, ¿esto existe de verdad? Gracias, gracias, gracias por descubrirme este lugar. — Y me cogió en brazos, emocionado y agradecido a partes iguales.

—Sabía que te encantaría, es un regalo de nuestro planeta, ¿a que sí?

—Totalmente, qué maravilla, qué fuerza, qué todo —siguió diciendo.

Y nos quedamos allí un buen rato, admirando ese espectáculo natural y respirando ese aire puro que solo podemos encontrar en lugares tan especiales como ese. Era mi tercera vez en Gullfoss y, cada vez que iba, conectaba un poco más con mi yo interior y creaba un vínculo más especial con el entorno que me rodeaba. Cuánta energía positiva me transmitía ese sitio. Ya habíamos pasado por la zona de Geysir, que también le pareció increíble, y llevábamos todo el día de turismo, por lo que ya por la tarde conduje hasta Sellfoss y le propuse una cena a base de cigalas que él aceptó encantado. Durante aquella velada salió un tema de conversación que no supe gestionar con honestidad, algo que me pasaría factura algunos días más tarde.

—Irene, ¿has conocido a alguien en Islandia? Algún chico que te haya gustado, alguien especial, o simplemente algún tío por el que te hayas sentido atraída.

—¿Qué? No, Mario. Qué dices. Primero, no me ha dado tiempo. Y segundo, mi mente ha estado demasiado ocupada acordándose de ti, ¿sabes? —Le hice un guiño al pronunciar estas palabras, pero le noté incómodo al escucharlas y yo también cambié el gesto mientras un mal presentimiento se instauraba en mi interior—. ¿Me lo preguntas porque tú sí? —No hubiera entendido una respuesta afirmativa a aquella pregunta, pues había sido él quien había dado el primer paso de llamarme y el que se había comprado dos billetes de avión para venir a verme a más de cinco mil kilómetros de distancia.

—No exactamente. Es decir, no. No he conocido a nadie, qué va. Pero sí que quiero contarte algo —me avisó.

Me puse nerviosa y un poco tensa y solo atiné a decir:

—Dispara.

—Irene, no quiero enturbiar esto, está siendo precioso todo. Volver a verte, conocer este país, estos lugares naturales, las cascadas... Pero no me siento sincero si no te cuento una cosa. No sé

si recuerdas a una chica a la que saludé la noche de San Juan en mi pueblo, una de las veces que fui a la barra a pedir unas cervezas. A ti no te la llegué a presentar, no se dio la ocasión. Bueno, ella es Sara y estuvimos juntos cuatro años, hace ya otros tantos. Nos llevamos bien y en alguna ocasión, en los últimos años, hemos quedado en momentos puntuales. La cosa es que me escribió a las dos o tres semanas de marcharte. Quería saber cómo estaba y me propuso tomarnos algo. Yo me encontraba algo confundido y chafado por tu ausencia y, bueno, tampoco quiero poner excusas. Quedamos a tomar algo y la cosa fue a más. No siento nada por ella, fue un completo instinto animal. Yo no tenía claro si volvería a verte algún día, habíamos hablado de darnos libertad, de ser flexibles e ir viendo qué iba pasando. Y no quiero engañarte, aquella noche me acosté con Sara. Después nos intercambiamos algunos mensajes, pero no hemos vuelto a vernos. Ni tengo la intención de hacerlo, la verdad.

—Entiendo —acerté a responder.

Pero, joder, me estaba molestando. Mucho. Muchísimo. Yo estaba tan feliz en mi nube de arcoíris, rodeada de corazones mientras mostraba a Mario las primeras pinceladas de la perfección de la naturaleza, pero acababa de cortarme el rollo por completo. Y, además, lo sabía. Sabía que entre aquella chica que no me entró por el ojo desde el primer momento y él había una historia que yo desconocía. Adiviné que era alguna de sus exnovias y, efectivamente, así era. Me sentía como si me estuviera pateando el estómago continuamente, tanto que se me fue el apetito de cigalas, y eso que me apetecían muchísimo. Pero ¿qué podía decirle? No había hecho nada malo, no teníamos ningún compromiso y, oye, me lo estaba contando. En realidad, más sincero no había podido ser.

—Vale, Mario. A ver, gracia no me hace ni pizca, qué quieres que te diga. Pero te agradezco que me lo hayas contado. En el fondo sabía que me exponía a alguna de estas cosas, ambos nos exponíamos a que el otro pudiera seguir con su vida o conocer a otra persona, o algo como lo que te ha pasado a ti. A que salieras una noche con tus amigos y ocurriera algo similar con cualquier desconocida que conocieras en un bar. Lo de la tal Sara me jode más, si te soy sincera. Porque es como sentir que nunca termináis de apagar lo vuestro. Pero qué te voy a decir.

—Irene, jamás volvería con ella, y ella lo sabe. Es solo sexo. Atracción. La verdad es que prefiero hacerlo con ella que con cualquier desconocida, como dices. Pero no hay nada más allá.

—Vale. Pero ¿si tú y yo tuviéramos una relación, en algún hipotético caso, seguirías dejándote llevar así?

—Eso depende de lo que acordemos. Si tú no estás de acuerdo, no —me respondió.

—Pero no se trata de que yo esté o no de acuerdo, que te adelanto que no lo estoy, sino de las ganas que tú vas a tener de hacerlo. Lo que quiero sentir es que conmigo tienes más que suficiente, no que yo te prohíbo tirarte a otras.

—Me encantas, pequeña —me dijo sonriendo. Yo no entendía dónde estaba la gracia por ninguna parte, pero le dejé seguir hablando—. Exacto, esa es la cuestión. Y yo te prometo sinceridad, siempre. Como ahora. No creo que si tú y yo tuviéramos una relación, en ese

hipotético caso, me apeteciera quedar con nadie más. Pero si en algún momento se me pasara por la cabeza, sería transparente.

—Ay, Dios mío. Esto es demasiado. Es que no sé qué decirte, bastante tengo con estar aquí, tan lejos de todo, como para estar pensando que te puede apetecer quedar con otras cuando vuelvas. No sé, Mario, deberíamos dejar las cosas como estaban hasta que yo vuelva y, luego, veremos qué pasa con nosotros. Si tenemos que acabar estando juntos, así será.

—Perdona, no quería agobiarte ni estropear el día, de verdad. Solo quería ser sincero y hablar con naturalidad del tema. Que seamos capaces de decirnos las cosas sin miedo es muy importante para mí.

—Te agradezco la sinceridad, de verdad. Lo que sí deseo es disfrutar al máximo de estos días, luego ya veremos. Vivamos el presente y, después, que pase lo que tenga que pasar.

Y me callé. Error. Podía haberle dicho: «Por cierto, ahora que sacas el tema, mi exmarido me escribió durante mis primeros días aquí y desde entonces mantenemos una relación bastante cordial, incluso cercana, en la que le cuento mis historias y, un poco, mi vida». Sí, ese hubiera sido un buen comienzo. Para continuar con algo así como: «Ah, y me escribió un mensaje declarándose y pidiéndome perdón, totalmente arrepentido por haberme dejado, hace solo tres días». Pero no lo hice. Me callé y no sé por qué lo hice, si lo tenía todo a favor: él me había contado en primer lugar algo que a mí no me había sentado nada bien, se había liado con su ex y parecía tener la mente muy abierta, seguro que lo entendía. Pero no sé qué puto miedo me entró y no se lo dije. Yo, que no le había ocultado nada a Alberto en ocho años, que mi sinceridad y espontaneidad eran unos de mis rasgos más notables. Pero igual que había cambiado en algunas cosas, según mi criterio, para bien, también me notaba, en general, algo más fría, independiente y muy mía con mis cosas. Quizás me había vuelto un poco más egoísta, sí.

La bola se fue haciendo más grande, porque si en ese momento no fui capaz de abrir la boca y explicarle mi acercamiento, totalmente amistoso por mi parte, con Alberto, no iba a entender *a posteriori* que lo hiciera después de haberlo tenido tan a huevo en esa ocasión. Así que, por un lado, mi subconsciente me hizo restarle importancia a su encuentro sexual con su ex por mi mala conciencia al callarme algo tan importante como mi pequeña historia de semiamistad con Alberto y, por otro lado, empecé a sentir que la estaba cagando más y más conforme pasaban los días. ¡Eureka, Irene! Así fue.

Mientras tanto, en España

Al mismo tiempo que yo disfrutaba de mi semana de amor y dudas con Mario en Islandia, abrigados de arriba abajo y conduciendo sobre nieve y hielo en muchos momentos, en mi país de origen mis amigas todavía vestían camiseta corta si el día salía bueno y las terrazas de los bares se llenaban de viernes a domingo de parejas, grupos de colegas y familias tomando algo que apuraban los últimos días de un tiempo inusualmente cálido para la época. Maldito cambio climático.

Mi móvil sonó y en la pantalla vi que se trataba de una videollamada. Eran ellas: Iris, Claudia y Eli. Habían quedado para celebrar que los días laborables habían finalizado y darle así la bienvenida a ese respiro al que llamamos «fin de semana».

Eli había propuesto llamarme casi nada más sentarse en la mesa, y aunque Claudia intentó poner un poco de cordura y convencerlas de que me dejaran disfrutar tranquila esos días con Mario, a Iris le pareció una maravillosa idea también la de llamarme, y ya sabemos que dos contra una termina en victoria clara de la mayoría.

La verdad es que cuando las vi en la pantalla, sonreí de inmediato y descolgué sin pensarlo, no sin tener un poco de pánico a que alguna de ellas dijera alguna barbaridad que pudiera escandalizar a Mario.

—¡Chicas! ¡Pero qué ilusión! ¿Cómo estáis? —las saludé.

—Pues disfrutando del clima mediterráneo con unas cervezas al sol, aunque creo que con paisajes menos impresionantes que los tuyos. ¡Menudas *fotazas* mandas, amiga! —me dijo Claudia. Aproveché su intervención y tuve claro lo primero que quería preguntarle a ella.

—¿Cómo está tu madre, Clau?

—Evoluciona muy bien. Aún está aquí en Zaragoza, en tu casa, pero ella se quiere marchar ya al pueblo y venir solo para las revisiones mensuales que se convertirán, después, en trimestrales. Yo le digo que aguante un poco, el mes de noviembre aunque sea, que así me siento yo más tranquila de tenerla cerca.

—Pues sí, haces bien. Es genial que todo vaya viento en popa, ¡brindis por la madre de Clau! —sugirió Eli levantando su copa, tan natural como siempre—. Iris, ¿brindas o qué? —le dijo ella misma al ver que nuestra amiga no reaccionaba.

—¿Estás bien, Iris? —le preguntó Claudia.

—Eh..., sí, perdonad. Estaba en otra cosa. —Y mientras callaba más de lo que hablaba, levantó su copa de cerveza por imitación.

—Uy, Iris, que estoy a varios miles de kilómetros, pero te conozco como si te tuviera al lado. ¿Estás bien? A mí no me ocultéis cosas por estar lejos, que os mato, ¿eh? —les dije.

—Irene tiene razón, llevas un tiempo muy rara. Desde que viniste de tus vacaciones con Iván, no eres la misma. Aprovecha que estamos todas presentes y desembucha —le insistió Claudia.

—Que no, que estoy bien —respondió ella. Y aunque ninguna nos creímos ni una palabra, no quisimos presionar más en ese momento.

Se hizo un silencio de unos segundos e Iris explotó:

—Lo mío con Iván no funciona. Pensaba que sí, pero no. No funciona. No estamos bien. Fue una cagada esto de decir que éramos novios, dar más pasos, porque... se ha jodido todo. Durante las vacaciones discutimos bastante, pero pensaba que sería la tensión del viaje. Sin embargo, la cosa no mejoró después. Apenas nos hablamos, parecemos desconocidos, o peor, uno de esos matrimonios asqueados que llevan como cincuenta años casados. Noto que le pongo nervioso, que le saco de sus casillas. Y a mí eso me cabrea y me pone al mismo nivel. Creo que hemos entrado en una rueda muy tóxica.

—Joder, Iris, ¿y por qué te lo callas? —le preguntó Eli con dulzura.

—Porque estoy siempre igual, con mis mierdas de relaciones o, mejor dicho, con mis no relaciones. No cuajo con nadie, soy un desastre. No me aguantan o yo qué sé —dramatizó Iris.

—Eh, ¿pero qué dices? La gente se conoce, congenia y deja de congeniar, pueden ser ciclos. Si pasa hasta con las amigas. ¿Quién no ha perdido el contacto con amigas que parecían que eran su alma gemela y, de repente, la cosa ya no fluye? Pues con las parejas, igual. No pasa nada, no tienes que sentir que eres tú la responsable de eso —la intentó tranquilizar Claudia.

—Claro, lo dice la que lleva con su príncipe azul desde los dieciséis —le espetó Iris.

—Oye, encontrar a la persona con la que compartir tu vida tan pronto puede parecer una suerte, pero también tiene sus inconvenientes. Es muy complicado de gestionar siendo todavía adolescentes, hay cosas que no entiendes y tienes todas las papeletas para cagarla a la mínima. No sabes nada de la vida todavía con esa edad. En fin, que no lo veo todo tan guay. Tú ya eres madura, sabes lo que quieres y lo que no quieres, aprovecha esa ventaja. Y si este tipo de relación con Iván no es lo que quieres, hasta luego. Así de simple —le dijo Clau.

—Ya, claro... No sé, no me apetece hablar de esto, la verdad. Os lo he contado para que no seáis pesadas, pero ya está, ya iré viendo —aclaró Iris, y volvió a adentrarse en su cerrazón y su amargura propias de las últimas semanas.

Yo observaba la escena en la distancia, pero hubiera dado lo que fuera por aparecer en aquella plaza al sol en cuestión de segundos y sentarme con ellas a hablar sobre el asunto. Sin embargo, la realidad era que estaba muy lejos de su lado y que mi situación sentimental había adquirido un matiz un tanto extraño tras la última conversación con Mario.

Sentía rabia, inseguridad, culpa y un poco de angustia por su confesión y por mi secreto, si es que podíamos llamarlo así. No tenía claro cómo actuar en ningún sentido: ni cómo encajar lo

suyo ni cómo afrontar lo mío. Ojalá hubiera podido explicarles todo aquello y pedirles consejo, pero Mario estaba muy cerca escuchando todo y, desde luego, ese no era el momento.

—Perdona, Ire, no te hemos llamado para amargarte el día con estas cosas —concluyó Iris.

—¡Eh, pero qué dices! Quiero estar al día de absolutamente todo, de lo bueno y de lo menos bueno. Más videollamadas de estas nos hacen falta, ya os lo digo. Así me siento más cerca de vosotras.

—Bueno, pero cuéntanos. ¿Qué tal tú por allí? ¿Le está gustando todo aquello a Mario? ¿Estáis disfrutando? —Y Eli lo preguntó mientras hacía un gesto obsceno con esta última cuestión en la que adiviné que se refería claramente al sexo entre nosotros. Las tres rieron, y yo también.

—Sí, la verdad es que es imposible que este lugar no le guste a alguien. Es increíble poder estar aquí con él. —Miré a Mario con una sonrisa cómplice mientras lo decía—. Aunque, como todo lo bueno, se acaba pronto.

—Bueno, chica, ¡que os quiten lo *bailao*! —añadió Claudia.

—Pues sí... —dije con un poco de resignación.

—Bueno, pequeña islandesa, te dejamos que sigas disfrutando del país del hielo en tan buena compañía. Solo queríamos saludarte y mandarte un poquito de amor. ¡No dejes de mandarnos fotos, vídeos y de contarnos todo! —se despidió Eli con alegría.

—¡Lo mismo digo! ¡Os quiero! Gracias por esta llamada, pasadlo genial. Iris, hablamos cuando quieras, en privado o en grupo. Estoy siempre, no lo olvides. —Y le guiñé un ojo mientras ella forzaba una sonrisa.

—¡Adióóóóóóó! —dijeron las tres al unísono mientras hacían gestos de despedida con las manos y me mandaban besos.

Y colgué con esa sensación agri dulce de querer estar en un lugar pero al mismo tiempo estar disfrutando tanto de otro. De que Iris no estuviera bien y hubiera explotado justo en ese momento, sin poder darle un cálido abrazo en persona. De desear haber podido hablar con ellas y contarles mi verdadera preocupación en ese instante: mi situación con Mario y Alberto. Pero agradecida, al mismo tiempo, de que formaran parte de mi vida y me tuvieran tan presente siempre.

Con respecto a Iris, habíamos avanzado algo: ya sabíamos de qué iba el asunto. Eli y Claudia me contaron después por privado que intentaron animarla con chorradas y más cervezas. A ratos lo conseguían y a ratos no, pero, al menos, comprendieron su carácter agrio de los últimos meses y sabían que ella acudiría de nuevo a nuestros hombros si era necesario. Eli me informaba, diariamente y casi en tiempo real, de la evolución de su vida amorosa.

En contraposición con su amiga pelirroja, vivía en un universo inversamente paralelo al de Iris. Había conocido en verano a Óscar y resulta que al chico ella le había encandilado. Se le veía muy dispuesto a cautivarla a base de detalles, sorpresas y momentos muy divertidos, y parecía que lo estaba consiguiendo. Aunque Eli, de boquilla, seguía haciendo apogeo de su libertad y

alardeaba de lo bien y tranquila que estaba soltera, las quedadas con Óscar eran casi diarias y los planes por separado entre ambos se habían reducido a la mitad. Sin duda, mi amiga estaba cayendo en sus redes y yo solo esperaba que esas redes fueran de las buenas y no de las que tienen agujeros por todas partes.

Aquella videollamada me transmitió las enormes ganas que tenían de verme, algo que no tardaría en ocurrir, ya que en Navidad pensaba hacerme un breve viaje a España para pasar las fechas más señaladas con mi gente. Yo también estaba deseando regresar, aunque en ese momento no sabía todavía que esas ganas se multiplicarían por mil debido a un suceso que aún no había ocurrido.

Y la bomba explotó

Tras visualizar el vídeo de mis amigas junto a Mario, dejé mi teléfono sobre una pequeña mesita que reinaba en la parte más amplia y despejada de mi habitación, que, como ya he aclarado en más de una ocasión, no era un sencillo cuarto dormitorio, sino más bien una estancia muy completa, diáfana, en el ático de la preciosa casita de Frigg. Así, además de su correspondiente cama y baño, dicha planta contaba con una mesa tipo escritorio justo en la pared donde la ventana me mostraba un barrio residencial y tranquilo de Islandia, rodeado de naturaleza. También había un pequeño sofá junto a una mesa bajita que utilizaba, sobre todo, para leer en mis momentos de tranquilidad o, como en este caso, para descansar y charlar con Mario mientras hacíamos tiempo antes de irnos a cenar a un restaurante de comida islandesa que nos había recomendado Frigg.

Había sido una semana muy bonita, llena de momentos de esos para no olvidar. Yo, por mi parte, había conseguido sacar de mi cabeza la confesión que Mario me había hecho al día siguiente de su llegada a la isla, y mis remordimientos por no haberle contado sobre mi amistoso trato con Alberto también se habían esfumado. De hecho, no sabía nada de mi ex desde que me mandó ese mensaje en el que me confesaba sus arrepentimientos y deseos de que todo aún pudiera arreglarse. Un mensaje al que, por cierto, no contesté porque no sabía cómo hacerlo. Por un lado, porque me había removido muchas cosas con su arrebato de sinceridad, que casi calificaría como «sincericidio», y no podía pensar con claridad nada más leerlo. Segundo, porque yo, siempre fiel a mis principios, no quería hacerle daño y no sabía cómo ser tajante a la par que cercana y no hiriente. Iba a ser verdad que esto de dejar era tanto o más complicado que ser dejado. Si nos ponemos estrictos, no, yo no le estaba dejando ni tenía que hacerlo porque no había ya nada entre nosotros. Pero para mí era como poner el punto y final definitivo a mi matrimonio, rechazando esa invitación de acercamiento sentimental por su parte que, por otro lado, no comprendía cómo se le había ocurrido proponerme después de todo lo que había pasado. En cierto modo me sentía un poco culpable por darle pie a entablar un trato tan fluido, y me enfadaba, al mismo tiempo, que pensara que tras saber que él me había dejado estando con otra mujer, y de esa manera tan fría, yo iba ahora a ponerle un camino de rosas hasta mi persona para recibirle de nuevo en mi vida con los brazos abiertos. No, querido. Que yo le hubiera amado con todo mi corazón, que le hubiera sido fiel, leal, sincera y que hubiera rabiado hasta límites insospechados por nuestro divorcio, no quería decir que no tuviera mis límites muy claros. Y él los había traspasado casi todos, incluido el de la cero empatía que mostró cuando me pidió la

separación. En fin, que toda esta vorágine de emociones tan encontradas hizo que mi mente prefiriera no responder a aquel mensaje y optara, mejor, por centrarse en el disfrute de una semana con Mario que ansiaba con todo mi corazón.

Sin embargo, la vida a veces es caprichosa y, cuando casi estábamos ya listos para marcharnos a cenar, mi móvil empezó a sonar. Cuando fui a cogerlo me quedé blanca y paralizada al ver el nombre de Alberto en la pantalla y decliné la llamada. Mario, obviamente, se quedó extrañado y me preguntó por qué no cogía el teléfono, y yo, con los nervios a flor de piel, no tuve margen de reacción para inventarme cualquier chorrada ni tampoco quería hacerlo. Así que le confesé, para su asombro, que la persona que intentaba contactar conmigo era mi exmarido. Para ello, tuve que remontarme al inicio de nuestra nueva relación de amistad y, conforme yo le explicaba todo lo ocurrido, percibía cómo Mario se quedaba cada vez más decepcionado y alucinado.

—Entonces, Irene, que yo me entere. ¿Te llevas ahora genial con Alberto?

—Mario, no es así exactamente. Hemos retomado cierta relación de cordialidad. Al ver él por Instagram que yo estaba aquí, me escribió. Hicimos un viaje juntos hace varios años a Islandia y a ambos nos caló muy hondo este país. Supongo que a él le vinieron muchos recuerdos y yo no puedo apartar de mi vida a alguien con quien he compartido tanto.

—Ya, eso lo podría llegar a entender, te lo aseguro. Pero ¿por qué has esperado una semana para contármelo? De hecho, me gustaría cambiar mi pregunta. ¿Me lo habrías contado si no hubiera sonado el teléfono ahora mismo?

—Sí, claro, pero no quería meterle a él en esta semana tan bonita que estamos viviendo, Mario.

—Ya, Irene, pero yo te conté lo de Sara. Y te pregunté cómo estaban las cosas en tu vida, y sabes perfectamente que me refería a tu vida sentimental porque te lo dije explícitamente. Te repetí varias veces que la sinceridad es la base de todo. Que yo sería cien por cien sincero contigo siempre y esperaba lo mismo de ti. Joder, te has callado que vuelves a mensajearle con tu exmarido, y has omitido también que te hizo una propuesta para volver a estar juntos, la cual, por cierto, no has llegado a responder.

—Mario, créeme, descarto totalmente esa opción. No me planteo ni por un segundo volver con él. Nuestro matrimonio se acabó, nuestro tiempo pasó y eso lo tengo clarísimo.

—Él no lo tiene tan claro, Irene. Y, entre otras cosas, es porque tú no se lo has dicho, por cierto. Es que ahora mismo empatizo casi más con él que contigo. Te propone volver y no le contestas, una semana después él no sabe nada de ti y te llama, lógicamente. No me cuentas nada de todo esto, me ocultas información a pesar de haberte preguntado por ello. No me gusta, Irene, estas son justo el tipo de situaciones por las que me cuesta tanto plantearme una relación estable con nadie. Me acabas de demostrar que eres igual que las demás, que no vas de frente. Yo pensaba que eras diferente.

—Me lo dices tú, que te has tirado a tu ex alegremente —le solté llena de impotencia y rabia

por la situación.

—Sí, en un momento en el que tú y yo no éramos nada, en un momento en el que apenas hablábamos una frase a la semana y en un momento en el que tú estabas a cinco mil kilómetros de mí sin saber si volvería a verte algún día. Y en cuanto te he visto, te lo he contado. No me compares.

—No me compares tú, que yo no he pasado de unos cuantos mensajes, lo tuyo ha llegado más lejos, qué quieres que te diga. A ver si te crees que para mí es fácil saber el buen rollo que te traes con la tal Sara, que en cuanto os pica un poco allí abajo os llamáis y le dais al mambo. Todo muy normal.

—No sé si es normal o no, no sé realmente qué se considera normal y qué no a estas alturas de la vida, pero lo que sí soy es honesto. Y precisamente es un valor fundamental que busco en alguien en la que pienso como mi pareja.

Fue un cruce de reproches muy feo, en un momento que no hubiera elegido jamás para que todo esto ocurriera. Al día siguiente teníamos planeado irnos en coche por la ruta de los glaciares y llegar hasta un sitio muy especial para mí: un enorme lago lleno de icebergs, que en esta época del año no había visto nunca y que seguro que estaría precioso y muy nevado. Sin embargo, esto lo estaba estropeando todo. Yo lo había estropeado todo con mis miedos e inseguridades. Mario se sintió muy dolido con la información que yo le había ocultado y salió de casa rumbo a un B&B desde el que me dijo que prefería pensar en todo esto. Yo me quedé rota y arrepentida, la había cagado, y lo sabía.

Me desahugué con Frigg, quien me escuchó atenta y paciente y me dio un punto de vista, como siempre, sabio y relajado.

—He arruinado nuestra semana aquí, Frigg. Qué cobarde he sido, no sé por qué me callé cuando él me contó su lío con su ex.

—A veces el miedo nos paraliza, querida. No te martirices, no es para tanto —intentó calmarme.

—He provocado que pierda su confianza en mí en un momento clave para nosotros.

—Si ese chico, Mario, tiene la mente tan abierta como dices, recapacitará y lo entenderá. Tu situación no es fácil y está claro que tu apuesta es él, se te nota en la mirada. A veces hay que aprender a interpretar los hechos y no tanto las palabras. A las palabras se las lleva el viento, ¿no decís eso en tu país? —me dijo siendo consciente de la respuesta.

—¿Cómo sabes ese refrán? —le pregunté extrañada.

—Muchos años de vacaciones en Canarias, cielo... Al final aprendí algo de español —me dijo guiñándome un ojo.

—Ahora que empezaba a recomponer mi vida, a tener las ideas claras, a coger las riendas de nuevo...

—No te apures, Irene. En la vida no dejamos nunca de caernos y levantarnos, de coger las riendas y perderlas en un segundo.

—Lo sé, si a algo he aprendido en el último año es a relativizar, a tomarme las cosas con madurez y a reposar los acontecimientos. Tengo que tener confianza y paciencia y esperar.

—Exacto. No te agobies. Mañana le llamas, os tomáis algo como dos adultos y habláis sobre todo ello.

Y así fue como ese mensaje que no respondí me fastidió un fin de semana estrella con Mario. Así fue como Alberto, sin saberlo, se había interpuesto entre alguien a quien había empezado a querer con la madurez que no tenía a los veintitrés años, cuando le conocí a él. Pero sabía que aún me quedaba algo pendiente, algo que cerrar, porque no podía seguir manteniendo la esperanza de Alberto viva, ni por él ni por mí.

Una de las cosas que Mario me reprochó en nuestra discusión tras la llamada de mi ex fue que parecía que había puertas que no quería cerrar. Y no, no quería eso, de verdad. Mi intención era mucho más inocente y se basaba, únicamente, en no hacerle el daño que él me hizo a mí. Así de simple. Pero debía hacerlo, debía pronunciarme y acabar con esto. Así que escogí la vía fácil y comencé a escribir, porque, desde luego, en aquella situación, no tenía ninguna gana de descolgar el teléfono y mantener ningún tipo de conversación de re-ruptura con Alberto, eso sí que no.

Irene

Hola, Alberto. En primer lugar, perdona por no haber contestado antes a tu mensaje, la verdad es que me dejé bastante desconcertada. Te adelanto que mi toma de contacto actual contigo no tenía ninguna intención más allá de la de mantener un buen rollo con el que ha sido mi pareja y marido durante los últimos años, no sé si he podido dar pie a que confundas la situación, pero debes entender que, después de todo lo que ha pasado, mi puerta a una reconciliación esté totalmente cerrada. Igual que he hecho yo, con mucho esfuerzo, estos últimos meses, seguro que tú también puedes reconducir tu vida hacia otro lado en el que yo no esté. Te deseo lo mejor, pero creo que hasta que tú no te sientas preparado no es prudente que mantengamos ninguna relación ni contacto. Te quiero mucho, con todo y a pesar de todo.

Y cerré un ciclo, al fin, con seguridad y decisión, pero con mucha tristeza al mismo tiempo. Porque tenerlo claro no significa necesariamente ser de piedra, pues me seguía afectando todo lo que tenía que ver con Alberto, por mucho que, a nivel amoroso, esta historia estuviera más que zanjada por mi parte.

Me había quitado un asunto de encima, uno que no me aportaba absolutamente nada bueno, a la vista estaba. Pero me quedaba todavía un tema muy importante por resolver: era sábado, Mario seguía en Islandia y en cuarenta y ocho horas cogía un vuelo de vuelta. Por lo tanto, necesitaba hablar con él, explicarle las cosas y ver en sus ojos si, igual que me había pasado a mí con mi ex, a él también se le había roto la confianza que había entre nosotros y la ilusión que

transmitían nuestras miradas. Así que le llamé y, para mi sorpresa, me cogió el teléfono a la primera.

—Hola, Irene —me respondió a la llamada.

—Hola, Mario, ¿cómo estás? —le pregunté.

—No estoy exactamente como había imaginado durante mi último sábado en este país, pero bien.

—Ya... Escucha, ¿podemos vernos? No vamos a despedirnos así antes de que vuelvas a España, ¿verdad?

—No, no sería justo. Pásame a buscar, te mando mi ubicación, estoy cerca de tu casa.

—Genial, voy para allá.

Le noté algo seco pero receptivo. Supongo que no hubiera sido normal encontrarle lleno de emoción y emanando amor por los poros de su piel, pero yo estaba bastante enfadada y decepcionada con la situación. Conmigo, en primer lugar, por no haber sido como yo era siempre: sincera y directa. Con él, un poco, la verdad, porque quizás hubiera esperado algo más de comprensión por su parte y, desde luego, nunca hubiera imaginado que su nivel de enfado o decepción hubiera llegado hasta el punto de tener que pasar esa noche en un Bed&Breakfast cualquiera. Entiendo que no se esperara aquello, pero tampoco era para tanto, creo que era normal que alguien que se había divorciado hacía menos de un año pudiera tener conversaciones con su ex, momentos de flaqueza e incluso alguna duda, que, insisto, no era mi caso.

Así que puse rumbo a la ubicación que Mario me envió y lo encontré en la puerta, con un semblante serio. Le dije que subiera al coche y salí de la ciudad para poder hablar en un entorno tranquilo y alejado de la civilización.

—¿Qué piensas, Mario? —rompí el hielo y puse la pelota en su tejado.

—Que por más que lo intento, sigo sin encajar en las relaciones tal y como las entiende la sociedad, por lo que se ve —me dijo.

—No exageres, por favor. No es para tanto. Entiende que me incomode hablar contigo de mi exmarido, y como bien hemos remarcado en diferentes ocasiones, tú y yo ni siquiera tenemos una relación, aunque estoy segura de que ambos lo estamos deseando —le pinché.

—Yo solo sé que me gustas, Irene. Que me lo paso bien contigo, que me aportas cosas muy buenas, pero la mentira es algo con lo que no puedo. Y comprobar que a la primera de cambio me has ocultado una información tan importante me hace perder la fe en las parejas y también en ti como una posible compañera de vida. Todos, absolutamente todos los casos de relaciones amorosas que conozco por mis amigos o amigas, están compuestos por al menos una parte de la pareja que engaña o ha sido engañada. Es así. El miedo al qué dirá el otro, cómo reaccionará o vete a saber el qué, nos convierte en mentirosos o, cuando menos, ocultadores de datos. Y llámame loco o utópico, pero necesito que mi pareja confíe en mí al cien por cien. Sin embargo, de verdad, no creo que eso sea posible de encontrar en nadie.

—Mario, entiendo tu decepción. Bueno, la entiendo en parte, porque creo que lo estás

engrandeciendo demasiado. Solo te diré que yo jamás engañé a Alberto en los ocho años que estuvimos juntos. Busco lo mismo que tú y me gusta lo que dices. No tengo que convencerte de nada, porque no tendría sentido. Pero te hago una propuesta: empecemos de cero, seamos amigos, disfrutemos los dos días que nos quedan juntos aquí, sería una pena desperdiciarlos. De cualquier forma, el lunes tú vuelves a España y yo me quedo aquí unos meses más. Vamos a seguir ordenando nuestras ideas, vamos a seguir comprobando si somos compatibles, sin prejuicios, sin mentiras, solo basándonos en lo que hemos conocido el uno del otro y en lo que cada uno esperamos de la vida en pareja. ¿Hay trato?

—No puedo decir que no..., estoy deseando ver ese lago de icebergs que desembocan en el mar.

—Vamos allá. —Y comencé a conducir en dirección al este mientras nos mirábamos de reojo con ganas de comernos mutuamente, a ratos, y disfrutábamos el paisaje al mismo tiempo.

Me notaba tranquila y serena, a pesar de que la semana con Mario en Islandia no había sido exactamente como la había imaginado. Comenzó con un puñal directo en mi pecho cuando me contó lo de su relación puntual con su ex, cosa que por otro lado podía imaginarme, no con ella específicamente, pero sí con cualquier otra. Hacía dos meses que no nos veíamos y que apenas hablábamos, y habría sido muy extraño que me hubiera esperado de la misma forma que si fuéramos novios consolidados. Cuando logré apartar ese hecho de mi mente y empezaba a disfrutar, en mayúsculas, de la experiencia, ocurrió el episodio de Alberto, que, la verdad, casi agradecía, porque había eliminado de un plumazo todos los remordimientos de mi cabeza y me había quitado un gran peso de encima. A veces, cuando te callas algo y sale a la luz, por mucha explosión que cause, lo acabas agradeciendo, porque cualquier cosa es mejor que el peso de la mala conciencia. Así que había sido una semana llena de turbulencias, con momentos tensos y algo desagradables que no habíamos experimentado entre nosotros hasta ahora, pero, al fin y al cabo, había sido con él, y eso lo podía todo. Había podido derretirme con esos hoyuelos tan marcados que le salían al sonreír, habíamos reído juntos y nos habíamos dado mucho amor y cariño. Llevaba, además, la voz cantante enseñándole lugares muy especiales, algo que en verano más bien era al revés, ya que fue él quien me llevó ruta tras ruta por el Pirineo y por algunas playas de la costa tarraconense. Con todo lo bueno y lo malo, aquella semana me sentí un noventa por ciento completa en Islandia, y no llego al cien por cien porque una parte muy importante de mi vida, mis amigas y mi familia, estaban todavía muy lejos de mí. Pero, desde luego, Mario me dio un gran chute de autoestima, pues el mero hecho de saber que tras dos meses sin apenas contacto seguía dentro de su mente ya me hacía sentir poderosa.

Eso sí, en estos rifirrafes con él me noté más madura, menos dramática. Y eso me hacía sentir bien. En este caso no había sido él, concretamente, quien había provocado ese cambio interno en mí. Estaba siendo mi experiencia en Islandia, ya empezaba a ver los frutos de mi loca decisión de irme lejos a vivir al país del hielo.

La despedida también fue madura, igual que nuestra capacidad de resolver nuestras

diferencias. Ya en casa, mientras Mario recogía su equipaje, le dije:

—Bueno, ¿y ahora qué? —Con una ligera sonrisa de circunstancia en mi rostro, como queriéndole decir: «Aquí estamos otra vez separándonos y despidiéndonos».

—Ahora a seguir con la vida, supongo —me respondió algo serio.

—Mario, necesito que seas totalmente sincero antes de irte de Islandia. ¿Confías en mí?

—Me cuesta, Irene. Que me ocultaras lo de tu ex... me duele más de lo que puedas imaginar. Pero, por otro lado, contigo es todo tan diferente que no sé a qué atenerme. No nos agobiemos y sigamos como hasta ahora, ¿no?

—¿Y qué significa eso? ¿Que puedes volver a quedar con tu amiga Sara? —Me salió esa pregunta envenenada automática, casi sin pensar.

—¿Y tú puedes seguir siendo la mejor amiga de tu exmarido? No es lo que podamos o no podamos hacer, Irene, que, de hecho, por poder, podemos hacer lo que nos apetezca. Se trata, como tú misma dijiste, de lo que queramos. Yo vuelvo a España sin ganas de quedar con Sara ni con nadie, pero con un lío importante en la cabeza.

—Por si te interesa, yo he dejado muy zanjadas las cosas con Alberto y le he dicho que es mejor que, si su intención es volver a reconquistarme, dejemos de hablar. Te prometo que, aunque parezca ingenuo por mi parte, yo solo quería tener una relación sana de semiamistad con el que ha sido mi pareja durante ocho años.

—Gracias por contarme esto, así me gustas más. —Y me guiñó un ojo—. Pero, como comprenderás, hasta que no nos encontremos en una situación más favorable, viviendo al menos en la misma ciudad, no me parece acertado plantearnos un futuro en común, aunque sea a corto plazo. Sigo sin poder hacerte promesas que quizás no sea capaz de cumplir, pero sí puedo asegurarte con certeza que te has metido en mi cabeza y te has asentado ahí dentro, no creo que salgas de la noche a la mañana.

—No pienso hacerlo —le dije, segura—. Yo tengo la intuición de que esto nos llevará a alguna parte, ojalá no me equivoque. Mientras tanto, seguiré aquí, viviendo mi experiencia y encontrándome a mí misma.

—Eso es justo lo que quiero que hagas. Gracias por estos días y gracias por descubrirme este país tan maravilloso. Me voy feliz, Irene, y tienes una gran responsabilidad de que así sea. A pesar de nuestros encontronazos durante estos días, la balanza se decanta hacia la satisfacción y la alegría de haber pasado aquí una semana estupenda.

Nos besamos, nos abrazamos y nos quedamos un buen rato así, unidos y disfrutando de aquel momento. Después, cogimos las cosas y le llevé al aeropuerto. Nos despedimos con muy buen sabor de boca, a pesar de todo, de los días que habíamos pasado juntos en Islandia. Lo que no sabíamos ninguno de los dos es que no sería la última vez que pisáramos juntos aquel lugar.

Hace tres años y medio

Salí en *shock* de la consulta del ginecólogo. El motivo principal de mi visita era que me dijeran si todo iba bien, ya que Alberto y yo llevábamos un año intentando tener un hijo y, de momento, no había conseguido quedarme embarazada. Sin embargo, el médico, el mismo que me hizo una ecografía hacía dos semanas y que ya vio que algo no iba bien, me dio esa mañana los resultados de unas pruebas que confirmaban lo que nunca hubiera imaginado: no podía ser madre. Sus palabras se me clavaron muy dentro, como si me estuvieran dando martillazos directos en el corazón.

—Irene, las imágenes de la ecografía ya eran poco esperanzadoras, pero el estudio hormonal que te hemos hecho confirma que es altamente improbable que tu sistema reproductor pueda fecundar y desarrollar un embrión.

Me quedé blanca, muda, y solo asentí con la cabeza. Ni siquiera, en ese momento, me dio por preguntar opciones, porcentajes, ni pedí una segunda opinión. Solo se me vino el mundo encima porque en los planes de mi vida nunca, jamás, estuvo la opción de no poder ser madre. Siempre imaginé mi futuro con una niña de mi mano, o con dos hijos, quién sabe. O en alguno de mis mapas mentales a largo plazo incluso estaba la posibilidad de no haberlos tenido, pero siempre por decisión propia y nunca porque mi cuerpo no fuera capaz de albergar y crear vida humana.

De repente, en aquella consulta, se agolparon un montón de sentimientos en mi interior, y todos ellos eran negativos. Fracaso, culpa, pena, rabia, tristeza, enfado. Menuda bomba de relojería. Salí totalmente hundida y, al llegar a casa, Alberto me recibió con una sonrisa, a la que yo respondí con un mar de lágrimas.

—Cariño, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? No me asustes —me preguntó él alarmado.

—No puedo tener hijos —logré decir sin saber muy bien cómo.

—¿Qué? ¿Te han dicho eso en el ginecólogo? A ver, explícame más, tranquila.

Y le conté lo que me había dicho el doctor en la consulta, sin poder parar de llorar y repitiendo constantemente que me perdonara, que yo sabía que él quería ser padre y que yo no le iba a poder dar esa vivencia. Alberto me cogió la mano, me pidió que dejase de hablar y me dijo, muy tierno:

—Irene, he decidido compartir mi vida contigo. Y a partir de ahí, lo que tenga que venir, vendrá. Si es un niño nacido de tu propio vientre, será maravilloso. Pero, si no, hay otras opciones igual de válidas que debemos meditar y dialogar. Tratamientos, fecundación *in vitro*,

adopción, y también está la posibilidad de vivir la vida, recorrer el mundo y no ser padres. Tranquila, Irene, esto lo gestionaremos juntos.

Y sí, consiguió calmarme un poco. Lo más impresionante es que casi me sentía peor por él que por mí misma, que ya es decir. Porque a una no le queda otra opción que aceptar lo que le viene de serie, pero él podía tener la oportunidad de ser padre de manera natural. Con otra, claro.

Después de muchas consultas y de sopesar algunas recomendaciones de los médicos, no hicimos nada. Éramos aún muy jóvenes, no habíamos cumplido los treinta todavía y dejamos que la vida fluyera. Paramos de tomar precauciones durante un período largo, pero nada, no me quedé embarazada. He de decir que nunca nos obsesionamos con el tema ni jamás me sentí presionada en absoluto. Después, lo nuestro se desgastó, por otros motivos totalmente ajenos a la maternidad, y me volví a tomar las pastillas anticonceptivas porque preferí no arriesgarme a que ningún milagro ocurriera en circunstancias cada vez más desfavorables entre nosotros. Y hoy sé que la vida es capaz de ordenar tu vida incluso cuando tú no eres capaz de hacerlo.

Vuelvo a casa por Navidad

Los meses de noviembre y diciembre pasaron sin incidentes ni sucesos notables. Mi trabajo me gustaba y las horas se me pasaban volando. Al salir, no estaba el clima para muchos planes, así que me dedicaba a mejorar mis artes culinarias en casa gracias a Frigg, que me enseñó unas cuantas recetas típicas de Islandia que estaban para chuparse los dedos.

Mario y yo mantuvimos un contacto fluido, pero yo prefería no pensar demasiado en lo nuestro y aparcar, hasta un nuevo encuentro, cualquier tipo de decisión relativa a nuestra relación. Y así, casi sin darme cuenta, ese momento estaba a punto de llegar. Acababa de aterrizar en España para disfrutar de unas merecidas vacaciones de Navidad y estaba pletórica. Tenía unas ganas inmensas de ver a mis padres, a mis amigas y, por supuesto, a él. No había pasado ni un solo día sin fantasear con una posible historia, con un futuro en común. Pero no me había ilusionado demasiado, por si acaso.

Tras bajar del tren en la Estación Intermodal de Zaragoza, mi mirada se dirigió directamente hacia el lugar donde familiares y amigos esperaban a los pasajeros. Buscaba entre todas las personas y los encontré: allí estaban mis padres, emocionados, con las mismas ganas que yo de darme un enorme abrazo que durara minutos. Y así lo hicimos. Nunca habíamos estado cuatro meses sin vernos y les había echado muchísimo de menos.

—Hija, estás más delgada —me recibió mi madre.

—Mamá, qué va, si como fenomenal. Frigg cocina de muerte y además estoy aprendiendo a preparar platos islandeses, os voy a hacer uno estos días que os va a encantar.

—Pero que no lleve tiburón ni cosas raras, ¿eh? —sugirió mi padre.

Los tres reímos y comenzamos a caminar hacia el coche, juntos, como hacía meses que no podíamos hacer.

El clima de España me parecía veraniego en comparación del lugar del que venía, a pesar de estar en pleno mes de diciembre con el invierno recién iniciado. El jolgorio de los bares me llenaba de energía, era como respirar alegría constante. Cuando entré en mi piso, me percaté de que Claudia y su madre me lo habían dejado todo en perfecto orden y escrupulosamente limpio. Encontré, además, una nota de agradecimiento junto con un par de botellas de vino de la bodega donde mi amiga trabajaba. Son un amor.

Me tiré en la cama, sola, en silencio, echando un vistazo a mi alrededor. Mis libros en la estantería, mis elementos decorativos, mis sábanas, mi sofá. Aquel mensaje de ese cuadro que hacía meses me había hecho llorar cobraba en ese momento todo el sentido del mundo. El olor a

hogar y la sensación de estar en un lugar que me pertenecía me hicieron sentir en un perfecto estado de calma que hacía tiempo que no experimentaba en mi propia casa. Supongo que el cúmulo de recuerdos con Alberto me impedían disfrutar de mi piso antes, pero ahora había pasado página y había cerrado, por fin, el capítulo del amor y el desamor que viví con mi ex. Al final iba a ser verdad eso de que el tiempo todo lo cura.

Cogí el móvil y escribí en el grupo de mis amigas, pero justo al hacer clic en el botón de «enviar mensaje», sonó el timbre. Abrí la puerta extrañada y le vi. Ahí estaba, guapísimo, con un gorrito de lana que se había comprado en su viaje a Islandia y un plumas negro que le quedaba genial. Casi parecía uno de esos modelos de ropa de montaña, qué pasada. Me miró con esa cara sonriente que te derrite al instante, porque sus hoyuelos deben estar especialmente diseñados para que pueda conseguir cualquier cosa que se proponga. No me esperaba esa visita, ya que habíamos quedado en llamarnos a mi llegada y vernos al día siguiente cuando me hubiera instalado y hubiera pasado algo de tiempo con mis padres y mis amigas.

—No podía dejar que empezaras a echarme de menos, ¿sabes? —me dijo vacilón.

—¿Yo? Si no sé qué es eso de echarme de menos, ¿no será al revés? —le seguí el juego.

—Ven aquí, anda. —Y me cogió en volandas mientras se autoinvitaba a entrar en mi piso, algo que, por supuesto, me encantó.

Pasamos la tarde en mi casa, hablando, riendo, dándonos mucho amor, y estábamos tan bien que parecía no haber pasado el tiempo. Era como si me hubiera teletransportado unos meses atrás y fuese el mes de julio, antes de mi partida, y nunca nos hubiesen separado cinco mil kilómetros de distancia durante más de cien días. Él me hacía sentir en casa y mi estancia en Islandia había conseguido que el cúmulo de malas vibraciones que me transmitía el piso que había compartido durante años con Alberto volviera a ser ese lugar en el que sentirme yo misma en todo momento. Así que las sensaciones no podían ser más acogedoras.

Esa noche había quedado a cenar con Claudia, Iris y Eli, y aunque invité a Mario a quedarse y ellas estaban deseando conocerle, él declinó la oferta y me dijo que, después de tanto tiempo, nos merecíamos una noche de chicas. En el fondo, y a pesar de que me moría de ganas de pasar tiempo con él todo el rato, agradecí el gesto, porque también estaba loca por ver a mis chicas y poder contarles de viva voz toda mi experiencia en Islandia y los progresos de mi historia con Mario. Él se fue sobre las siete y así tuve tiempo de deshacer mi maleta, ducharme y arreglarme un poco.

A las ocho y media vinieron las tres, puntuales como un clavo y en bloque, con las *pizzas* y el vino para la cena, además de un montón de abrazos y besos de bienvenida para mí. Cuando nos sentamos en la mesa no podíamos parar de hablar. ¡Teníamos tantas cosas que contarnos! Pero me percaté del semblante serio de Iris a pesar de que estábamos en un momento de celebración: mi vuelta a casa por Navidad, mis avances con Mario, la recuperación de la madre de Claudia y lo bien que le iba a Eli con Óscar.

—A ver, callad un momento, por favor —les pedí a mis amigas—. Iris, ya está, qué pasa —

asalté a mi amiga mientras ella me miraba como si hubiera invadido a puertas abiertas toda su intimidad en un segundo.

—¿Qué pasa de qué? —me preguntó ella.

—Ya lo sabes. Que he estado los últimos meses viviendo en Islandia, pero sigo siendo bastante avispada, a pesar de la distancia. Que no estás bien, que te pasa algo. Que nos lo cuentes —la increpé mientras me sentía algo violenta por estar forzándola así, pero conocía a Iris y sabía que, si no le insistíamos, podía llevarse a la tumba sus quebraderos de cabeza.

—No sé, una mala época, nada más —intentó excusarse.

—¿Cómo va esa mala racha con Iván? —preguntó Eli.

—Bueno, no sé, más o menos. Es que hay un tema que...

—Que qué, Iris, dispara, que somos nosotras, nos lo puedes contar —le pidió Claudia.

Iris rompió a llorar y, si echo la vista atrás, creo que solo la vi en ese estado una vez, cuando se murió su gatito, al que amaba con todo su corazón.

—Ey, Iris, pero qué ocurre —intenté acercarme a ella.

—Que no quiero ser madre. Que no quiero tener hijos. Ya está, ya lo he dicho —se sinceró Iris mientras nosotras tres nos mirábamos incrédulas.

—¿Y? —preguntó Eli.

—Pues que soy una mierda de persona, una mierda de novia y una egoísta —soltó ella.

—¿Qué dices? Que yo sepa, vivimos en el siglo XXI y no pertenecemos a ninguna secta ni religión extrema que base la vida de las mujeres en la procreación —dijo Claudia.

—Iris, si no quieres ser madre, pues no lo seas y punto. ¿Cuál es el problema? —le pregunté mientras se me ponía un nudo en el estómago al recordar que yo sí quería y no podía. Qué injusta es la vida.

—El problema es que me siento una mierda, porque hay mujeres como tú, Irene, que igual sí serían madres y no van a poder. No quería contar nada porque me siento imbécil y una egoísta sin escrúpulos. Y el otro gran problema es que Iván sí quiere ser padre y se piensa que simplemente no se me ha despertado el instinto maternal y que dentro de uno o dos años cambiaré de opinión. Pero no lo haré. Odio a los niños, no tengo paciencia. He vivido de cerca lo que es tener hijos con mis sobrinos, he visto cómo mi hermana deja su vida aparte, pide una reducción de jornada y va con los pelos de las piernas más largos que los de la cabeza porque no tiene ni un segundo para ella misma. No quiero eso, no lo quiero y ya está, no voy a cambiar de opinión.

—Pues vale, no cambies. Iris, que haya personas que no vayamos a poder tener hijos no te obliga a ti a tenerlos simplemente por el hecho de poder o por condescendencia con el resto. Para ser madre tienes que querer, y sentir que no te apetece no te hace peor persona —le dije.

—No puedo evitar sentirme así, Iván no me entiende, no se pone en mi lugar, y, aunque lo hiciera, él sí quiere vivir esa experiencia y no puede renunciar a ella por mí. Lo nuestro no tiene ningún futuro —nos explicó entre lágrimas.

—Cariño, Alberto me apoyó cuando supo que probablemente no seríamos padres. Lo intentamos, valoramos opciones y finalmente decidimos que nuestro amor podía con esto y mucho más, que esbozaríamos otro plan de futuro que nos pudiera llenar. Así que, si lo vuestro no funciona, es porque no estáis hechos el uno para el otro y no porque no quieras tener descendencia —intenté tranquilizarla.

—A Iván no se le ha pasado por la cabeza ni un solo segundo renunciar a su paternidad. Y yo no puedo pedirle que lo haga. Hablamos de esto por primera vez en nuestras vacaciones, salió el tema casi por casualidad, pero entonces supe que nunca llegaríamos a un entendimiento. Creo que voy a romper con él, han pasado cinco meses y esto nos está haciendo mella —nos dijo.

—Iris, debéis hablar, pero tiene que ser en serio. Debes hacerle comprender que no vas a cambiar de opinión y que seguir contigo supone renunciar a su futura paternidad. Si lo acepta, estupendo, y si no, tendréis que entenderos mutuamente y seguir vuestro camino por separado. Yo también creo que es algo lo suficientemente importante como para que suponga una ruptura, pero ya ves, aunque eso ocurra, la vida continúa y estarás bien —le expuso Claudia con toda la dulzura que la caracteriza.

—Sí, supongo. Ya está, ya lo he soltado, me he quitado un peso de encima. Hablaré con él, ya os contaré... — Y quiso zanjar el tema de conversación.

—Brindemos por nosotras, porque tenemos la suerte de haber nacido en un lugar y una época en los que podemos ser libres. Iris, de verdad, no eres mejor ni peor persona por desear o no tener hijos. Simplemente, eres libre. Por la libertad —propuse.

Brindamos y el brillo de los ojos de Iris cambió y se sintió respaldada por nuestras palabras, que eran completamente sinceras. Yo les conté un montón de anécdotas y detalles de Islandia que tenía pendientes y que no había podido explicarles por teléfono. Ellas también me pusieron al día de algunas cosas, aunque la noticia más importante que les iba a dar todavía estaba por llegar, ya que ni yo misma la sabía todavía. Pero, con el nuevo año, se abrieron nuevos horizontes y mi vida volvió a abrirse a nuevas etapas.

Una llamada inesperada

Reconozco que el calor de mi gente y mis cosas en mi ciudad poco me hacía echar de menos Islandia. Si me paraba a pensarlo, sí. Imaginaba a Frigg pasando las fiestas con su hija, su yerno y sus dos nietos, feliz y contenta de acogerlos en casa en esas fechas tan especiales. Podía también adivinar las preciosas auroras boreales sobre el cielo islandés en aquellos gélidos días de invierno. Incluso era capaz de visualizar a la población de Reikiavik, todos bien abrigados, haciendo las últimas compras navideñas en una ciudad llena de adornos en la que no era necesaria la ambientación de nieve porque eso ya lo ponía el propio paisaje. Pero la verdad es que me di cuenta de que las raíces tiran mucho, y yo las tenía bien arraigadas en mi Zaragoza natal, mucho más de lo que pensaba.

Me gustaban las comidas y cenas con mis padres en las que nos juntábamos también con tíos y primos a los que no veía tan a menudo como me gustaría. Las sobremesas o prepenas con mis amigas, brindando por un año más, este, de hecho, lleno de novedades. Redescubrir las calles del centro de la ciudad con Mario, de la mano, ilusionados por la magia que envolvía esos días todo el ambiente. Me gustaba mi vida allí, pero eso lo sabía ahora gracias a la distancia que había logrado poner de por medio al irme a Islandia. Así que, aunque me hubiera gustado que mis vacaciones duraran dos semanas más, tampoco me penaba demasiado regresar los dos meses que me quedaban de aventura en el país del hielo.

Con Mario las cosas no podían ir mejor. Nos estábamos conociendo, cada vez de una manera más oficial, incluso había comentado algo a mis padres. Ya se sabe, una madre es una madre, y ella notaba algo en mi mirada y también en la atención especial que le ponía al móvil cuando él me escribía o me llamaba.

Ya no me hacía falta preguntarle de nuevo a Mario un «¿ahora qué?» de cara a mi regreso a la isla. Ya no necesitaba volver a tener esa conversación. Había aprendido que, simplemente, las cosas pasan, y lo nuestro estaba claro que estaba pasando.

Mientras volvía del centro comercial a mi casa tras haber comprado un detallito a mis amigas, me sonó el móvil en el manos libres del coche. Respondí la llamada sin fijarme en quién llamaba y, al contestar, una voz comenzó a hablarme en inglés. Me costó unos segundos cambiar el chip, pero en seguida entendí que era el rector de la Universidad de Reikiavik. La conversación fue breve porque la propuesta fue clara y concisa: prolongar mi contrato como profesora allí durante, al menos, lo que quedaba de curso, con posibilidad de alargarlo incluso un año más. No me esperaba en absoluto esa oferta, ya que pensaba que todas aquellas plazas salían siempre por

concurso, pero resulta que si ya te han asignado un puesto allí, ellos pueden ofrecerte prórrogas para fomentar la permanencia del profesorado en la universidad en pro de los alumnos y también de la institución. «Un baile continuo de docentes no es del todo beneficioso, y hay que encontrar el equilibrio entre las ventajas de la diversidad, con la riqueza multicultural que aportan profesores extranjeros y la estabilidad de la enseñanza de calidad», me dijo la voz que había al otro lado del teléfono.

En ese momento, al pillarme de improviso, le pedí unos días para pensarlo y colgamos amablemente quedando en que en un par de días le daría una respuesta más concisa. Madre mía. ¿Y ahora qué? Por un lado, me resultaba del todo halagador que estuvieran valorando mi trabajo y que me hicieran aquella propuesta. Por otro, me preguntaba si realmente quería quedarme otros seis meses en Islandia, con todo lo que ello conllevaba. Aunque, ahora sí, mi mayor pensamiento se centraba en Mario. Yo ya había sido valiente, ya había dado el paso de irme sola a un país extranjero. Había vencido mis miedos y superado mis inseguridades. Casualidades de la vida, tres meses antes de irme conocí a alguien tan maravilloso como él, que me dio todas las alas del mundo para emprender mi vuelo, lo cual hice no por su permiso, sino por mi convencimiento. Tenía claro que había sido la decisión más acertada del mundo, pero he de reconocer que mi mente ya estaba puesta en mi regreso definitivo a España en el mes de febrero. Sin embargo, si pensaba en el asunto con ojos de dólar, allí ganaba bastante más de lo que cobraba en Zaragoza y el piso me salía muy bien de precio por el acuerdo al que había llegado con Frigg. Qué decisión.

Mario llegó con comida libanesa a mi casa, tal y como habíamos acordado el día anterior. Le recibí con una sonrisa enorme, pero ya empezaba a conocerme y en seguida notó que me pasaba algo.

—¿Estás bien? Te noto algo raro —me preguntó al pasar al salón.

—Vaya, empiezas a pillar al vuelo mis pequeños gestos —le respondí sorprendida.

—¿Qué ocurre? No me asustes —insistió para que le contara.

—No es nada malo. Siéntate —le propuse—. Me han llamado de la Universidad de Reikiavik. Me ofrecen una ampliación del contrato hasta final de curso e, incluso, hasta final del curso siguiente.

—Guau. Parece tentador —me dijo casi boquiabierto.

—Lo es. No me lo esperaba en absoluto y, bueno, no sé qué pensar, la verdad. Necesito un poco de visión externa sobre esto.

—Cógelo. Vámonos. Los dos —me soltó, y eso sí que me lo esperaba aún menos.

—¿Qué? —acerté a preguntar.

—Que si tú quieres, me voy contigo. Esta oportunidad no la puedes rechazar, y yo no quiero seguir a miles de kilómetros de ti. Puedo trabajar desde allí, me muevo por proyectos, ya sabes. Intentaré buscar alguno en Islandia o viajaré mensual o bimensualmente a España para cerrar asuntos de mis trabajos. Es viable. Pero solo si tú quieres, que me he lanzado a la piscina y estoy pensando que quizás estaba vacía y a lo mejor me estampo —me dijo divertido.

—Sí. Sí, sí y sí. ¿Vendrías? ¿De verdad? —quise asegurarme.

—La vida se trata de vivirla, ¿no es cierto? Aquí no me ata nada en concreto y tengo facilidad de movimiento por mi trabajo. Hablo inglés y, bueno, tengo ciertas dotes comerciales —me guiñó un ojo—. Además, es algo temporal y desde el primer minuto que me contaste tus planes de irte allí, casi nada más conocerte, me diste mucha envidia. De la buena, ¿eh? Pero admiré y admiro tu valentía, tu capacidad de decisión, y me has enseñado que quien quiere, puede.

—No estás mencionando que viviríamos juntos. ¿Eso no te agobia?

—No si es contigo. Irene, estoy muy a gusto y tengo la sensación de que podría funcionar. ¿Por qué no?

Y así es como, unos días antes de Reyes, los míos vinieron por adelantado. Ni en mis mejores sueños pensé que viviría algo así. Hacía cuatro años yo pensaba que mi vida ya estaba hecha. Marido, piso, trabajo fijo. ¿Qué podría cambiar? Y fíjate, básicamente, había cambiado todo. O casi todo, porque hay algunas cosas que permanecen ahí, como ellas. Claudia, Iris y Eli me hacen ver que la vida en Zaragoza puede ser estupenda, mis padres me recuerdan que volver a mi hogar es necesario. Pero Islandia y Mario me han descubierto que todo es relativo, que la felicidad puede encontrarse en muchos lugares y vivirse desde muchos puntos de vista, que decisiones correctas puede haber varias, y no solo una, y que, desde luego, quien no arriesga no gana.

Presentaciones, despedidas y reencuentros

Lo último que esperaba al contarle a Mario que me habían ofrecido quedarme de profesora de español en Islandia es que él me fuera a proponer, de una manera tan espontánea, que aceptara el puesto y venirse conmigo. Por eso, y como fue todo tan de repente, una parte de mí temía que se arrepintiera de su decisión. Que la meditara un poco más y se diera cuenta de que era una completa locura. Porque lo era. Pero igual que hacía unos meses no me había planteado ni por un segundo renunciar a mi aventura por él, ni tampoco hubiera aceptado que él me acompañara en ella desde un inicio, ahora la idea, aunque loca, me parecía terriblemente apetecible.

Los que se iban a quedar boquiabiertos iban a ser mis padres cuando les contara que alguien iba a acompañarme en mi estancia en Islandia, que, por cierto, se iba a prolongar al menos seis meses más. Supongo que aunque fuera de una manera informal y distendida, debía presentarles a Mario, para que vieran con quién iba a convivir su hija a partir de ahora. Mis amigas, por su parte, me matarían si no le conocían también antes de mi regreso a la isla. Tenía que preparar, además, todo el equipaje y ropa de primavera que iba a llevarme, porque todo lo que tenía allí era de extremo frío, que era lo que hacía durante esa época en aquel país. Así que me quedaban cuatro días en España y un montón de cosas que hacer.

Cuando quedé con las chicas a tomar algo aquella tarde les conté mis planes de futuro y, claro, alucinaron.

—Chicas, tengo un bombazo —les anuncié.

—¿Te casas? —me preguntó Eli con sorna.

—No, graciosa, igual vas tú antes, con lo bien que te van las cosas con Óscar —le respondí.

—Deja, deja, te casaste, la cagaste, ya sabes, y tú mejor que nadie para confirmarlo —me soltó sin maldad mientras me guiñaba un ojo.

—No, bueno, dejadme hablar. Es importante —les pedí.

—Venga, dinos. Últimamente no paras de darnos noticias —dijo Claudia.

—Bueno, tampoco tantas. En fin, allá voy. Me quedo en Islandia, al menos unos meses más.

—¿Qué dices, Ire? Jo, que me alegro si es bueno para ti, pero te echamos de menos aquí. ¡Y mucho! —me dijo Iris con un cierto tono de decepción.

—Lo sé, amor. Y yo a vosotras, no os imagináis cuánto..., pero me han ofrecido alargar mi contrato en la universidad y no puedo rechazarlo —les expliqué.

—¿Y Mario y tú? ¿Seguís adelante en la distancia? —se interesó Claudia.

—No exactamente. —Las tres pusieron cara triste al dar por hecho que habíamos acordado

dejar de vernos ante tal situación. Pero antes de que ninguna tuviera tiempo de darme el pésame, añadí—: Se viene conmigo.

—¿¿¿Quééé??? —gritaron las tres al unísono con los ojos tremendamente abiertos.

—Sí, es una locura, lo sé. No nos conocemos tanto, lo sé. Pero es una experiencia que queremos vivir y, además, ha sido idea suya. Y ¿por qué no? ¿Qué puedo perder?

—El tiempo —me soltó Eli de repente. Cuando Eli tenía mucho interés en algo, podía ser tremendamente hiriente. Y su interés era, en ese momento, no tenerme lejos tanto tiempo, lo sabía.

—Joder, Eli. Gracias —le dije un poco enfadada.

—A ver, Ire, que yo qué sé. Es que me parece un poco precipitado —se excusó.

—Mirad, que no nos hemos pedido matrimonio. Que solo quiero aprovechar esta oportunidad que me proponen desde la Universidad de Reikiavik y a Mario le apetece vivir esto conmigo. Si sale mal, pues cada uno por su lado. Pero mientras tanto, ¿por qué no vamos a poder disfrutar de todo esto que nos ha puesto la vida en bandeja? ¡Que nos quiten lo *bailao*! —intenté transmitirles mi entusiasmo.

—Pues también es verdad —dijo Claudia. Y las otras dos asintieron, un poco resignadas.

—Vamos, chicas, alegraos por mí, que lo necesito —les pedí.

—Que sí, boba. Si lo que pasa es que me sale la vena egoísta y te quiero aquí conmigo. Me había hecho ya a la idea de que en un par de meses todo sería como siempre y ahora resulta que igual te sientas allí para siempre, como los esquimales —me dijo Eli irónica.

—Cariño, en Islandia no hay esquimales, siento decepcionarte. Y no exageres, que no quiero quedarme para siempre. Vendré todo lo que pueda y se nos pasará esto volando. Pero me apetece mucho, la verdad —me sinceré—. Y, por cierto, para que no os quejéis, le he dicho a Mario que venga a buscarme y así le conocéis.

—Ya lo conocemos —apuntó Iris.

—Bueno, la noche que nos conocimos no cuenta —le respondí.

Seguimos hablando, de nosotras, de mí, de Islandia, del año que finalizaba. Haciendo un balance casi obligatorio de doce meses que parecían haber empezado y terminado un ciclo, al menos en vida. Pero antes de que Mario apareciera, Iris anunció algo.

—Chicas, yo también tengo algo importante que contar —nos avisó. Como esperábamos algún tipo de explicación sobre esa conversación pendiente que tenía con Iván sobre su futura (e improbable) maternidad, las tres nos quedamos calladas esperando que comenzara a hablar—. Iván y yo tenemos proyectos de vida diferentes, así que hemos decidido parar aquí lo nuestro —nos contó con un finísimo hilo de voz que mostraba claramente su emoción—. Estoy bien, eh. No me apetece mucho hablar de esto, pero os lo quería decir. Pero estoy bien, estoy tranquila y de verdad tengo el convencimiento de que es lo mejor que hemos podido hacer —nos aclaró.

Nosotras asentimos, todas nos levantamos de golpe a abrazarla y yo vi cómo un par de lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Pero la verdad es que, a la par que algo emocionada, la

vi serena, aunque pueda sonar contradictorio. Comprendía perfectamente el sentimiento de fracaso por el que ella estaba pasando, aunque no es lo mismo un matrimonio y ocho años de relación que año y poco de noviazgo intermitente y prácticamente extraoficial, sabía que Iris se había ilusionado con Iván. Sin embargo, preferí hacerle caso, dejarle su espacio y esperar a que ella misma quisiera sacar todo lo que guardaba dentro. Cambiamos de tema pronto y Claudia nos comentó que su madre se encontraba muy bien, algo por lo que brindamos y que celebrábamos. Eli, poquito a poco, había roto esa coraza que envolvía su corazón y había dejado paso a Óscar, aquel chico que conocimos por casualidad en nuestro fin de semana playero el verano pasado y que había logrado rascar y conocer a nuestra Eli, tan auténtica y alocada que enamora a cualquiera. Y así, entre recordatorios y novedades, proyectos y nuevos horizontes, pasamos la tarde, primero nosotras cuatro y, luego, con Mario también.

Cuando nos fuimos a casa eran ya más de las diez de la noche y una ola de frío se había asentado en nuestra ciudad. Así que, aunque el bar donde habíamos quedado estaba cerca de casa, yo me agarré bien fuerte a Mario y paseamos hasta mi piso lentamente, como disfrutando de cada paso que dábamos, algo que sentía que estábamos haciendo no solo en aquel trayecto, sino en la historia que habíamos empezado a escribir juntos. Los meses frenéticos y alocados de verano quedaron atrás para dar paso a una etapa más estable, más sosegada. Eso sí, lo que viví, sentí y experimenté desde el mismísimo día de mi treintaidós cumpleaños hasta que puse un pie en Islandia a finales de agosto, es una época que no cambiaría jamás por nada.

Y mientras caminábamos echando al mismo tiempo vaho por la boca, la vida me puso en una situación curiosa. Me pareció verle, pero en un primer momento quise pensar que eran imaginaciones mías. Sin embargo, conforme se acercaba, reconocí perfectamente sus andares estirados, su movimiento firme, su silueta atlética y su pelo rubio, más largo de lo que lo recordaba. Él también me miraba desde lejos, nos analizaba a mí y a Mario, nos pegó un buen repaso desde los pies a la cabeza y viceversa. Me puse nerviosa, no tanto por volver a encontrarme a escasos pasos de Alberto, sino más bien por la situación de verle justo mientras caminaba de la mano de Mario. No sabía muy bien cómo reaccionar, pero he de agradecer que mi ex me lo puso fácil: simplemente pasó de largo. Justo cuando yo estaba haciendo el ademán de pararme a saludarle (me parecía algo casi obligado), él me lanzó una mirada profunda, con un matiz triste por esa dosis de realidad que le estaba dando al hacerle ver que sí, yo había sido capaz de superar lo nuestro, de levantarme tras tocar fondo y empezar una nueva ilusión que integraba mi nueva vida en Islandia y la ilusión que sentía con Mario.

Así que fue un momento que recuerdo a cámara lenta. Fueron unos instantes inquietantes y surrealistas, ya que solo de pensar que el que fue mi marido estaba pasando a mi lado, casi rozándome, por la calle, mientras yo caminaba con mi chico, se me erizaba la piel. Alberto y yo nos reencontramos en mitad de la calle y, sin hablar, nos dijimos todo. Yo le quise transmitir mi entereza y, en el fondo, mi cariño y mi deseo de que algún día pudiéramos tomar un café tranquilamente. Él me hizo llegar una pizca de dolor y una buena dosis de resignación mezclada

con su aprobación ante lo que estaban presenciando sus ojos. Fue una manera de decirme: «Lo entiendo y te lo mereces». Y Mario, ajeno a toda esta situación que se desarrolló en apenas treinta segundos, me abrazó contra él y me besó muy fuerte, como si de alguna manera hubiera comprendido que era justo lo que necesitaba en ese momento.

Le había prometido a Mario sinceridad absoluta tras nuestro incidente en Islandia, pero hay cosas que pertenecen a la parcela más íntima de cada una, así que evité contarle aquella excéntrica casualidad. Por su parte, Alberto no me escribió ni supe nada de él en mucho mucho tiempo.

A mis amigas Mario les pareció un tío majísimo y encantador, tal y como me confesaron después por el grupo de WhatsApp, que echaba humo tras nuestra quedada. Que si qué guapo es, que si qué simpático, que si cómo te mira, que si normal que te lo lleves al fin del mundo... Me sentía muy afortunada y pensaba en cómo hacía solo seis meses mi vida era un puto caos y tuve que tirar toda mi mierda a la basura para empezar a reconstruirme desde cero. Tenía la sensación de haberlo conseguido, un sentimiento que se había visto reforzado tras mi encuentro mudo con Alberto, y eso me enorgullecía tremendamente.

Islandia, parte II

No hace falta aclarar que acepté la oferta de prolongar mi contrato en la universidad. Lo hice convencida de que era una gran oportunidad para mí, pero, al mismo tiempo, con la duda de si me estaba volviendo loca con esto de que Mario se viniera conmigo a Islandia. Hacía apenas cinco meses me soltó el rollo de que no creía en las relaciones convencionales. Poco después ambos acordamos que era una locura tratar de mantener lo nuestro a distancia, ya que nos conocíamos solo desde hacía tres meses. Y ahora, de repente, íbamos a vivir juntos, en un país extranjero, en el que apenas conocíamos a nadie. Bueno, es cierto, eso no era del todo así. Estaba Frigg, sin la cual yo no habría sido capaz de adaptarme tan bien a esta nueva etapa de mi vida. Y estaban también mis compañeros de trabajo, quienes además de comprender perfectamente mi situación, ya que muchos de ellos eran también de fuera del país, me habían acogido de una manera muy cálida. Pero no podía evitar preguntarme cómo nos iría, porque la mezcla de estrenar convivencia, en un lugar tan lejano, sin tener Mario un trabajo seguro allí y sin conocer él a absolutamente a nadie más que a mí me atemorizaba.

El día 4 de enero cogí un vuelo sola con destino a Reikiavik. Él, primero, tenía que cerrar algunas cosas en España y quería también empezar a contactar con algunas empresas desde Zaragoza para asegurarse de que, al llegar, tendría algún proyecto cerrado y no vendría sin nada apalabrado. Además, yo quería terminar el semestre según mi programación y también tenía que hacer algunos papeleos para formalizar mi estancia en la isla. Quise ser prudente y, aunque podía elegir entre aceptar acabar el curso o quedarme allí también durante el siguiente, preferí, de momento, aceptar únicamente mi contrato hasta junio con posibilidad de renovar por un año más. Hasta que no viviera en primera persona cómo iba evolucionando todo, no me quería arriesgar.

Durante el vuelo repasé la conversación que había tenido con Mario la noche anterior, en la que quise aclarar algunas cuestiones que me rondaban por la cabeza.

—Oye, Mario, me tienes un poco descolocada —comencé a decirle.

—¿Por? —me preguntó.

—No sé, creía que eso de las relaciones tradicionales no iba contigo, y ahora, de repente, me dices que te vienes conmigo a Islandia.

—Bueno, no sé qué ves de tradicional en todo esto —me respondió burlón.

—Pues también es verdad... —reconocí—. Pero lo último que quiero es que te agobies. Allí, de momento, solo me vas a tener a mí. No sé si lo has pensado —le aclaré.

—Lo sé, y no me hace falta nadie más... Irene, te parecerá una locura, pero todo este tiempo

que has estado fuera, lejos de olvidarme de ti, me ha pasado todo lo contrario. Se han multiplicado mis ganas de conocerte más, de profundizar de lleno en lo que tienes ahí dentro —dijo señalando mi pecho—. Me pareces una tía que merece la pena y me has puesto en bandeja una experiencia que solo un loco rechazaría.

—Igual el loco eres tú. Igual no me soportas en convivencia, echas mucho de menos a tu gente o te das cuenta de que ronco o me huele el aliento al despertar, y te arrepientes de esta decisión —le comenté bastante dramática.

—La verdad es que lo de roncar ya lo he comprobado y lo asumo, el aliento no te huele especialmente por las mañanas y, si no estoy a gusto allí, me cogeré un vuelo de vuelta y arreglado. He vivido en varios sitios diferentes a lo largo de mi vida por el Erasmus y por mis proyectos de ingeniería, Irene. No soy un novato en esto y me gusta la adrenalina de lo desconocido. Oye, ¿no me dirás todo esto porque eres tú la que no estás del todo convencida? —me preguntó con un cierto tono de preocupación.

—Yo estoy encantada, Mario. Y para mí es más fácil. Tengo allí mis rutinas cogidas y ver esos hoyuelos que tienes cada día me alegrará la estancia, seguro —le solté mientras le acariciaba el rostro.

—Pues entonces, decidido, ¿no? —Me abrazó y nos besamos con ganas e ilusión, siendo ambos conscientes de que algo nuevo comenzaba entre nosotros.

Aterricé en mi ya adorado Reikiavik y allí estaba ella, esperándome con una sonrisa enorme. La verdad es que había tenido una suerte tremenda conociéndola desde el primer día que llegue a este país. Me había puesto las cosas muy fáciles y su hospitalidad me había ayudado más de lo que ella podía imaginar.

—¡Frigg! ¡Feliz Año Nuevo! —Corrí a abrazarla en cuanto la vi.

—¡Feliz Año Nuevo, Irene! ¿Cómo estás? ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, ha sido tranquilo, aunque algo largo, eso no se puede evitar —le contesté—. Además, tenía muchas ganas de verte, tengo muchas cosas que contarte —le anuncié.

—¿De verdad? Espero que todo sean buenas noticias —me dijo.

—Ya lo creo... —Y empecé a contarle cómo habían transcurrido las cosas desde mi llegada a España mientras ella conducía camino de casa.

Le expliqué que Mario y yo habíamos pasado unas Navidades estupendas y que estábamos muy unidos. Le conté también mi encuentro casual y mudo con Alberto. Y lo más importante: que me habían llamado de la Universidad de Reikiavik para ofrecermé una ampliación de mi contrato, la cual había aceptado. También le anuncié que en un mes, aproximadamente, Mario vendría a Islandia para quedarse y buscaría trabajo en la isla.

—Pero, Irene, eso es maravilloso —me dijo Frigg ya en casa mientras preparábamos algo de cenar.

—Sí, la verdad es que estoy muy contenta. No me esperaba esa predisposición de Mario para acompañarme en esta aventura, ni para formalizar, en cierto modo, las cosas. —le confesé.

—A mí ese chico me da buenas vibraciones. Se ve que tiene el alma limpia —me dijo ella.

La opinión sobre Mario de Frigg me tranquilizaba y me daba seguridad, ya que confiaba plenamente en su criterio. Si ella decía que le veía buena persona, estaba segura de que algo de razón tenía.

El mes de enero se pasó volando. Era época de exámenes y tenía muchísimo trabajo. Además, estaba muy atareada formalizando toda la burocracia que me exigía la ampliación de mi contrato, y ayudaba a distancia a Mario con algunos papeleos que él me pedía. Frigg me había propuesto que nos quedáramos los dos en su ático, al menos, hasta que acabara el curso. Del verano no mencionó nada y yo ya había pensado en decirle que no contara con nosotros durante los meses de julio y agosto, ya que era plenamente consciente de que esa época sería la más rentable para ella y no quería perjudicarla en absoluto. A Mario le pareció buena idea, mi casera también le caía bien y estaba encantado de poder compartir estancia con alguien con esa vitalidad y buen fondo.

En febrero Mario se unió a mi aventura en Islandia. Ya había podido hacer algún contacto durante el mes anterior y venía con varias entrevistas concertadas, de las cuales, algunas de ellas, fueron todo un éxito y pudo empezar a colaborar en varios proyectos.

A pesar de todos mis miedos y de las dudas iniciales, solo puedo decir que pasar la primavera en el país del hielo fue una decisión de lo más acertada. Mario y yo nos entendimos a la perfección y él, con esa labia que le caracteriza, consiguió hacer amistades muy pronto. Yo le invité varias veces a venir con mis compañeros de trabajo, y alguna de ellas aceptó, pero él insistía en la necesidad de que cada uno tuviéramos nuestro propio círculo independiente para que las cosas allí nos fueran mejor. Y no le faltaba razón. La convivencia también fue estupenda, tanto entre nosotros como con Frigg. Ella se convirtió en la madre que nos faltaba en ese país extranjero y nosotros nos dejábamos querer encantados, y no solo eso, sino que también la apoyábamos en todo lo que estaba en nuestra mano. Celebré mis treinta y tres allí y me vi soplando las velas con Frigg a un lado y Mario al otro, cantándome el cumpleaños feliz en español e islandés y comiendo una tarta de chocolate que había cocinado nuestra compañera de piso. Formábamos un trío peculiar pero muy efectivo, y yo no podía imaginar nada que aumentara todavía más la felicidad que sentía con la nueva vida que yo misma me había forjado. Una vez más, estaba infravalorando la fuerza del destino.

Hace un año

Mañana es mi cumpleaños y parece que en los últimos meses he envejecido como diez años de golpe. Me caen treinta y dos y el hecho de ver cómo me acerco peligrosamente al temido cuatro, me agobia. ¿Dónde quedaron mis ganas de comerme el mundo, mi vitalidad y mi energía? En mi proceso de divorcio, supongo. Ahora entiendo esa expresión que dice la gente de que «los años pesan». Así es exactamente como me siento hoy, como si me hubieran caído de golpe y porrazo un montón de años y el peso de los mismos me empujara hacia la agonía y la tristeza infinitas. Sí, suena dramático. Sí, parece exagerado. Pero así es justo como lo siento.

Normalmente me gusta celebrar mis cumpleaños con un fiestón por todo lo alto. Para agradecer a la vida todo lo que me ofrece, para compartir buenos momentos con mi gente. Pero este año no me apetece. Mis amigas me han obligado a prometerles que mañana iremos a cenar, que saldremos y bailaremos hasta el amanecer y que fingiré felicidad aunque no tenga ganas. Pero ¿qué quieren que celebre? ¿Que cumpla treinta y dos en un año de mierda en el que me siento más sola que nunca? ¿Que mi matrimonio hace solo unos meses que se fue a pique? ¿Que tengo la sensación de estar más perdida que un barco a la deriva en medio de un océano? ¿Que mi casa, llena de recuerdos de mi vida en común con Alberto, se me come y ni aun así soy capaz de salir y hacer planes para evitar esa sensación?

Iris y Eli no paran de decirme que lo que tengo que hacer es conocer a gente nueva, y cuando dicen gente, se refieren a hombres. Que me distraiga, que me divierta. Ajá. Pues mira, la verdad es que no hay cosa que me dé más pereza. Además, ¿cómo, o mejor dicho, dónde se supone que voy a conocer a toda esa «gente»? En el trabajo los tengo a todos más vistos que el tebeo. Mi círculo de amigos es fundamentalmente femenino y los únicos tíos que lo componen son los maridos de amigas. Y no, no me voy a apuntar a clases de baile a la desesperada. Pero ellas insisten en que ahora lo que se lleva es chatear. Ligar por Internet. El flirteo *online*. Venga ya. Sí, yo me quedé en una etapa anterior en la que todo eso aún no existía y lo normal era salir, hablar con uno y con otro, y si conectabas con alguien, pues eso que te llevabas. Pero ahora ya no tengo veinte años, tengo treinta y dos (oh, Dios), y no salgo cada fin de semana ni tengo ganas de convertirme en una divorciada loca cierrabares. Sin embargo, hoy estoy entre deprimida, amargada y un poco enfadada con el mundo. Y esa rabia me está provocando una curiosidad tremenda por conocer de primera mano una de esas aplicaciones que mis amigas, expertas en este mundo, me han recomendado. Pero lo primero que me invade es la vergüenza de que alguien conocido pueda identificarme en los mundos del ligoteo *online*. Lo segundo que siento es un

escepticismo absoluto sobre el hecho de que yo vaya a encontrar aquí a un tío medianamente normal. Pero como lo tercero que me embriaga ahora es el aburrimiento, allá que voy.

Nada más entrar en la aplicación, con mi perfil ya creado pero sin haber puesto ninguna foto todavía, me llegan tres mensajes de tres chicos diferentes. Uno me propone un trío. Bloqueado. Otro me escribe: «Ola wapa, k tal? As entrao nueva aki?». Pero qué horror, ¿tenemos quince años de nuevo o es que realmente escribe así de mal en su vida diaria? Bloqueado. Un tal Mario me saluda amable y me dice que le ha llamado la atención mi descripción. Seguro que es otro bicho raro como los dos anteriores, pero ha pasado el primer filtro, así que le contesto, sin ninguna confianza de que después de tres frases quiera seguir hablando con él. Y, por supuesto, con el convencimiento absoluto de que jamás quedaré con un desconocido en persona, que fíjate la de cosas extrañas que pasan por ahí con esto de las citas a ciegas concertadas por este tipo de aplicaciones. Desde luego, ha sido un error esto de la *app* busca-ligues, me voy a dormir y seguro que mañana me levanto más lúcida y me borro esta cuenta. Adiós, queridos treinta y un años, habéis sido un auténtico desastre y habéis puesto el listón muy bajo al siguiente año, que espero que mejore ligeramente mi vida. Para comprobarlo, tendré que esperar.

Epílogo

La verdadera magia del país del hielo (un año después)

Terminó el curso escolar en junio y sí, Mario y yo decidimos quedarnos un año más. Las cosas nos iban bien, él trabajaba en diferentes proyectos y hacía buenos contactos. Es lo que tiene la suma de un currículum perfecto, un gran nivel de idiomas y su desparpajo natural. Y yo estaba contenta en mi trabajo y, claro está, me sentía realmente feliz viviendo esa experiencia con él. Quién me lo iba a decir a mí el día que el sopor y la rabia me empujaron a entrar en aquella web de ligues.

El segundo año en Islandia fue igual, o mejor si cabe, que el anterior. Hicimos un cambio importante: nuestra residencia. En el mes de junio dejamos la casa libre para que Frigg pudiera utilizarla como alquiler vacacional en verano y nosotros pasamos aquellos meses descubriendo la isla y también, cómo no, aprovechamos para pasar en España varias semanas y recargar pilas con nuestra gente. Al regresar en septiembre decidimos que nos alquilaríamos una vivienda para los dos. El experimento de vivir con Frigg había sido maravilloso durante unos meses, pero ahora el cuerpo nos pedía más intimidad e independencia, y nos sentíamos plenamente preparados para ello.

Y ahora, a punto de cumplir mis treinta y cuatro y de vivir mi segundo cumpleaños en la isla, he comprendido la verdadera magia del país del hielo. Yo me conformaba con ver cómo esta experiencia me había cambiado. Para mí era suficiente con el ejercicio de crecimiento personal que me había brindado este lugar, con la capacidad de independencia que me había proporcionado la aventura y, por supuesto, con el hecho de que todo ello hubiera provocado, de una u otra manera, que Mario y yo termináramos por cruzar nuestros caminos y convertirlos en uno solo. Para mí las auroras boreales ya eran pura magia en sí mismas, y esos paisajes, esas cascadas, esos volcanes. Todo. Pero hace apenas unas horas he comprobado que esa magia de la que tanto he hablado existe, y es real. Llevo ya un buen rato esperando en casa, nerviosa, la llegada de Mario para mostrarle que, efectivamente, los milagros existen y esta isla es un lugar perfecto para comprobarlo. Por fin, él entra en casa y yo le recibo con una succulenta cena, receta que Frigg me enseñó en su día, y una botella de vino en la mesa.

—¡Hola, guapa! —me saluda él, de buen humor.

—Hola, cariño —le respondo.

—¡Anda! ¿Celebramos algo? Veo mucho empeño puesto en esta cena, ¿no?

—En realidad, sí —le digo nerviosa.

—Uy, cuánta intriga. ¿De qué se trata? —me pregunta extrañado y curioso.

—Ábrelo. —Y le ofrezco una caja de cartón, que él abre cuidadosamente. Al ver lo que hay en su interior, me mira y noto cómo sus ojos se le vuelven vidriosos. Su gesto cambia por completo y me sonrío, se levanta, me abraza y me pregunta:

—Pero, Irene, ¿no me contaste que esto era prácticamente imposible?

—Sí, las palabras del médico fueron exactamente que sería un milagro que esto ocurriera. Y parece que ha llegado. O es este lugar, que hace que todo se convierta en realidad, no lo sé. El caso es que, Mario, estoy embarazada, vamos a tener un bebé.

Ambos lloramos de felicidad. Dejamos de tomar precauciones hace seis meses porque, a pesar de las dificultades y de todo lo que le dije a Mario que me contaron los médicos, nos apetecía dejarnos llevar. Nos acercábamos a los treinta y cinco y una ya no está para dejar que el tiempo pase tan alegremente si quiere formar una familia. Yo tenía pocas esperanzas y en mi interior siempre estaba mi opción B, que consistía básicamente en someterme a algún tratamiento de fertilidad a nuestro regreso a España, que estaba programado para después de que acabara este curso. Pero la vida se nos había adelantado, una vez más. Y mi vientre ya albergaba un bebé, nuestro futuro hijo. Fue entonces, y solo entonces, cuando comprendí realmente que por muchos planes que hagamos, por mucho que intentemos organizar y estructurar nuestra vida al milímetro, hay cosas que se escapan a nuestro alcance. Para bien y para mal, la vida te pone cosas, situaciones, personas y emociones en el camino que no tenías la certeza de experimentar o conocer, y debes aprovechar las buenas y afrontar las malas, que las hubo, las hay y las habrá. Así que ahora, justo en este momento, comienza el verdadero viaje de nuestras vidas. Pero eso es otra historia, una que, quizás, algún día, comparta del mismo modo que he hecho con toda mi etapa de desamor, dolor, superación y lucha que aquí doy por finalizada. Ese episodio de mi vida en el que creí perder todo sin darme cuenta de que, en realidad, estaba ganando más de lo que mi mente alcanzaba a comprender. Como me dijeron varias personas en esta isla, entre ellas mi querida Frigg, Islandia tiene magia. A mí, sin duda, me marcó para siempre. Evolucioné y crecí en muchos sentidos; sentí, crecí, me emocioné, me puse a prueba y exploré mis límites. Al fin y al cabo, es de esto de lo que va la vida, ¿no? De vivir.

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, habrás comprendido que Islandia es un país mágico, pero, desde luego, este libro no hubiera sido posible sin toda la magia que a mí me rodea. Tengo suerte de tener muy cerca a personas tan maravillosas.

Gracias a mis padres, que no solo apoyan todos mis proyectos, sino que alimentan mi ambición, mis sueños y mi ilusión.

A Pablo, que siempre me da su versión más honesta de la realidad. Tantos años caminando juntos son el fruto de mucho amor, cariño y dedicación mutua.

A Estefanía y Sandra, que comparten con tanta emoción mis vivencias. Me inspiran, me acompañan y llevan muchos años estando siempre a mi lado, para reír o para llorar, lo que toque en cada momento. Cualquier parecido con los personajes de este libro es pura coincidencia... ;-)

A mi familia, de sangre y política, por estar siempre tan pendientes y dispuestos a ayudar en lo que haga falta. Mención especial a mis tías Elena y Ami, que se han convertido en mis mayores seguidoras. También a Oli, que no es familia de sangre ni política, pero familia al fin y al cabo. Una parte muy importante de mí (y muy buena) es lo que es hoy gracias a ti.

A Nerea, por sus consejos, su visión crítica y su ayuda para que este libro tenga la calidad que se espera de él. Y por su amistad, por supuesto. Lo que unieron las buenas noticias que no lo separe nadie.

A esas amigas con las que una no habla todos los días pero que, en realidad, siempre están. Nati, Blanca, María, Paula. Este libro, en el que la amistad juega un papel tan importante, tiene también vuestra esencia.

A las cinco estrellas que hoy brillan en el cielo con tanta intensidad. Cuatro son humanas y una es felina, pero las cinco, con su presencia y también con su ausencia, me han enseñado cosas tan importantes en la vida que se me hace imprescindible mencionarlas.

A mi niña, mi luz, el amor más puro que he sentido jamás. Por enseñarme a redescubrir la vida cada día y hacer que vuelva a experimentarla desde la mirada de la inocencia.

Biografía



Cristina Meraki es el seudónimo de Cristina Pérez, una joven inquieta y soñadora nacida en Zaragoza en mayo de 1989. Estudió Periodismo en la Universidad San Jorge y trabajó durante varios años en diferentes medios y agencias de comunicación, pero su vocación docente hizo que, hace algunos años, diera un giro en su carrera para convertirse en profesora de Lengua y Literatura.

Siempre le ha gustado sumergirse entre las páginas de los libros y, aunque lee diversos géneros, tiene especial predilección por el romántico. Su pasión por las letras y su gusto por la lectura la llevaron a pasarse al plano de las teclas y empezar a crear sus propias historias. *Hay magia en el país del hielo* es la primera novela de esta joven, que combina dos de sus aficiones preferidas: los viajes y la escritura. Esta es una novela de amor, sí. Pero también es un relato de superación, de amistad y de emociones. Un canto a la vida, un viaje a través de las letras que consigue teletransportarte a lugares preciosos y rozar

sentimientos, a veces, olvidados o desconocidos.

Hay magia en el país del hielo
Cristina Meraki

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Cristina Meraki, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27204-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones

[Hasta las estrellas y vuelta](#)

Iria Núñez

[Solo una aventura](#)

Calista Sweet

[Un lugar llamado Etenim](#)

Amanda Laneley

[Musas](#)

Cristina Aleixandre

[Quiero perderme en tu piel](#)

Moruená Estríngana

[¡Ese chico es mío!](#)

Elena Garralón

[Perdida en tu memoria](#)

Trilogía perdida 1

Moruená Estríngana

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

